

EL SECRETARIO ÍNTIMO.



EL  
SECRETARIO ÍNTIMO,

POR

JORGE SAND

TRADUCIDO POR

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL GLOBO

DIRIGIDO POR JOSE CATETANO CONDE

1876



---

## EL SECRETARIO ÍNTIMO.

---

### I

En una hermosa mañana marchaba lentamente por el camino que va de Lion á Aviñon un jóven de buen aspecto.

Se llamaba Luis de Saint-Julien, y llevaba de derecho el título de conde, pues era de una de las mejores familias de la provincia; sin embargo, iba á pié con un pequeño saco á la espalda; su traje era más que modesto, y sus piés se hinchaban de hora en hora metidos en sus empolvadas polainas de cuero.

Este jóven, educado en el campo por un cura bueno y caritativo, era honrado, tenia talento y bastante instruccion para aspirar á la plaza de preceptor, bibliotecario ó secretario íntimo. Tenia buenas cualidades, y casi podríamos decir virtudes, pero en cambio no estaba exento de defectos, aunque no tenia vicio alguno. Era bueno y romántico, pero orgulloso, desconfiado y susceptible como todos aquellos que no tienen esperiencia de la vida, ni conocimiento del mundo.

Si este rápido bosquejo de su carácter no es bastante para escitar el interés del lector, de seguro se interesarán por él mis lectoras, cuando sepan que tiene hermosos ojos, manos blancas, dientes más blancos aún, y rizados cabellos negros.

¿Por qué vagaba á pié aquel jóven? En apariencia al ménos no tenia me-

dios para ir en coche. ¿De dónde venia? Ya lo diremos á su tiempo. ¿A dónde iba? El mismo no lo sabia.

Su pasado y su porvenir se podian reasumir, sin embargo, en pocas palabras; venia del país de la realidad é iba á lanzarse á la ventura al alegre país de la quimeras.

En los ocho dias que llevaba de camino habia sufrido heroicamente la fatiga, el sol, el polvo, y el espanto insuperable que va siempre triste y silencioso tras las huellas de un hombre sin dinero. Pero una rozadura en el tobillo le forzó á sentarse al borde del camino cerca de una casilla donde habian establecido recientemente un relevo de postas.

Hacia un momento que estaba allí descansando, cuando vió pasar una berlina de viaje, seguida de una calesa y de una silla de postas, que parecia conducir la servidumbre ó la familia de algun personaje de alto rango.

Ocurriósele á Julian montar en la trasera de uno de aquellos carruajes, pero apenas se subió, cuando el postillon, echando de través una mirada ejercitada en esta clase de observacion, vió la silueta del delincuente que corria con la sombra del carruaje sobre el blanco polvo del camino. Se paró al momento, y le mandó imperiosamente que bajase del carruaje.

San Julian saltó á tierra ligeramente, y se dirigió á las personas que estaban en el carruaje, creyendo en su honrada confianza que solo un postillon grosero podia desoir su peticion; pero las dos personas que ocupaban el carruaje eran una lectora y un mayordomo, gentes esencialmente altaneras por su estado, y se la negaron con impertinencia.

—;Sois unos lacayos insolentes!—exclamó San Julian lleno de cólera,— y mereceis ir en la trasera de los coches de las personas distinguidas.

San Julian hablaba en voz alta y fuerte, el camino era montuoso, y los tres carruajes marchaban lentamente y sin ruido sobre una arena fina y caliente.

La voz de Julian y la del postillon, que le insultaba por complacer á los viajeros de la silla de postas, fueron oidos de la persona que ocupaba la berlina, sacó la cabeza por la portezuela para mirar lo que pasaba detrás de ella, y San Julian vió con gozo infantil el busto más bello de mujer que jamás se haya imaginado, pero apenas tuvo tiempo de admirarla, pues desde que ellale miró, el jóven bajó tímidamente los ojos. Entonces, esta mujer tan hermosa, dirigiéndose al postillon y á sus criados con fuerte voz de contralto y con acento extranjero, les reprendió ágricamente é interpellando con familiaridad al jóven viajero.

—Ven acá, muchacho,—le dijo;—sube al pescante de mi coche, y deja

un rinconcito para mi perrita blanca. Vamos, despáchate, y guarda tus cumplimientos y tus reverencias para otro día.

San Julian, estenuado de fatiga y de emocion, subió al pescante, colocó á la perrita sobre sus rodillas, y el carruaje partió á galope.

En el relevo siguiente, San Julian se bajó, temiendo abusar del permiso que le habian concedido y mezclándose con los postillones, los caballos y los mendigos que rodean siempre una parada de postas, pudo contemplar á su placer á la bella viajera. Esta no se ocupaba ya de él, y regañaba á sus lacayos con tono medio sério, medio jocoso.

Julian no habia visto en su vida persona mas extraña. Era alta, esbelta, sus hombros anchos y desarrollados, su cuello blanco y varonil; aparentaba tener unos treinta años, pero tal vez no tendria mas que veinticinco; era una mujer un poco fatigada; pero su palidez, sus mejillas algo delgadas y el círculo azulado que rodeaba sus grandes ojos negros, la daban una expresion de voluntad pensativa, de inteligencia y de firmeza melancólica. Sus facciones, de líneas purísimas, podian competir con los camafleos más perfectos de la antigüedad.

La riqueza y la coquetería de su traje de viaje asombraron ménos á Julian que sus extrañas maneras. Parecía ser de un génio vivo y de buen fondo, pues arrojaba el dinero á los pobres á manos llenas. Llevaba consigo en su propio coche á otras dos personas, que San Julian no se ocupó en mirar, tan absorto estaba en la contemplacion de la desconocida viajera.

En el momento de volver á partir, se inclinó de nuevo, y buscando á San Julian con la mirada, vió que se aproximaba con el sombrero en la mano, para despedirse.

—¿Qué es eso,—le dijo,—te quedas aquí?

—Señora,—respondió Julian,—voy á Aviñon, pero tenia...

—Pues bien, allí te dejaré yo antes de que sea de noche,—le dijo con su voz varonil,—vamos, sube otra vez.

Llegaron en efecto antes de la noche.

Mil veces tuvo intencion San Julian de echar una mirada furtiva dentro del coche en donde solo con volverse podia ver su interior, pero no se atrevió, pues comprendía que hubiera sido una curiosidad grosera. Solamente lo que hacia era bajarse en todos los relevos para poder mirar con disimulo á la bella viajera, examinar sus facciones, escuchar sus palabras, escudriñar su conducta afectando un aire indiferente y distraido, pues no queria dirigir ninguna pregunta para satisfacer su curiosidad á sus criados. Permanecia en grande ansiedad, al ver el contraste de su carácter mezcla de altivez

y franqueza y se dirigia á sí mismo estas preguntas. ¿Es una reina ó una cortesana?—¿Cómo saberlo?—¿Qué me importa?—¿Por qué me intereso tanto por una mujer que he visto hoy por vez primera y que no volveré á ver ya mañana?

La viajera y su séquito entraron con gran estrépito en la principal hostería de Aviñon.

San Julian se apresuró á bajarse de su asiento á fin de marcharse vivamente y de no parecer un mendigo parásito.

Pero á la vista del posadero y de sus ayudantes, que corrian al encuentro de la viajera, se paró, encadenado por una invencible curiosidad, y oyó estas palabras que le quitaron un enorme peso de encima del corazón.

—Esperaba á Vd., y creo que quedará contenta.

San Julian, tranquilo sobre su penosa conjetura, se resolvió á hacer su primera locura. En lugar de ir á buscar, como otras veces, un hospedaje oscuro y frugal en un extremo de la ciudad, pidió un cuarto en el mismo hotel que la princesa, á fin de volverla á ver, aunque no fuese más que un instante, y á riesgo de gastar más dinero en un día que en el resto de su viaje.

Todos en la hostería le agasajaban, pues le creian del séquito de la princesa, y los ricos son venerados en todas las posadas del mundo.

Después de haberse arreglado y aseado un poco, bajó á sentarse en uno de los bancos del pátio, no apartando la vista de la ventana por donde creia iba á asomarse la princesa.

En efecto, abriéronse las ventanas, y dos personas colocaron un sillón y una banqueta al balcón, y la princesa fué á estenderse negligentemente en el primero, fumando un cigarrillo de papel perfumado, mientras que un hombrecillo flaco y empolvado trajo una silla, se sentó á su lado, y desplegando lentamente un papel, empezó á leer con tono respetuoso una *Gaceta* italiana.

Sin dejar de fumar los cigarrillos que ya encendidos, le presentaba una camarera que por la elegancia de su traje hubiera San Julian tomado por una marquesa, la alteza ultramontana le dirigió una mirada que le hizo ruborizarse hasta lo blanco de los ojos; después se volvió hácia la camarera y sin miramiento por los pulmones del abate que leia hasta perder el aliento:

—Gineta, ¿es ese el muchacho que encontramos esta mañana en el camino?—preguntó.

—Sí, alteza.

—¿Ha cambiado de traje?

--Alteza, me parece que sí.

--¿Vive aquí?

--Así parece, alteza.

--¿Por qué os parais, abate?

--Porque creí que V. A. no se dignaba oír la lectura de los periódicos.

--¿Qué os importa?

El abate continuó su lectura. La princesa pidió alguna cosa á la camarera, pues esta vino con un antejojo. La princesa echó los gemelos á Julian.

Éste, como ya hemos dicho, era de una hermosura delicada é interesante; pálido por la fatiga y el pesar, su fisonomía expresaba una lánguida ternura.

La princesa devolvió los gemelos á Gineta, diciéndole: *Non é troppo brutto*. Volvió á mirarle luego, con aire de satisfaccion. El abate seguia leyendo.

San Julian no habia podido más que sacar de su saco de viaje una blusa de cutí, un pantalon blanco y una fina camisa; pero esta blusa, sujeta al talle, dibujaba un talle delgado y esbelto como el de una mujer; su camisa abierta, dejaba ver un cuello de nieve medio oculto por sus largos cabellos negros, una gorreta de terciopelo negro puesta á un lado, le daba aire de page enamorado y poeta.

--Ahora que no está cubierto de polvo,---dijo Ginetta,---parece una persona decente.

--¡Hum!--dijo la princesa, dejando caer su cigarrillo sobre el periódico que leia el abate, que se incendió vivamente,---debe ser algun pobre estudiante!

San Julian no oia lo que decian las dos mujeres, pero vió que se ocupaban de él, pues no trataban de ocultarlo, y su vanidad se ofendió al ver de qué modo le trataban como si no fuese hombre, y como si no fuera posible comprometerse con respecto á él. Para evitar aquella impertinente investigación, entró en la sala de los viajeros, é iba ya á sentarse á comer cuando sintió que le tocaban en el hombro, y volviéndose bruscamente vió á su lado al pobre y flaco personaje que estaba hacia un momento en el balcon.

El abate le llevó á un rincón, y despues de muchas ceremoniosas reverencias, le preguntó si queria cenar con su alteza serenísima la princesa de Cavalcanti.

San Julian se quedó estupefacto al principio, mas luego creyó que era una burla irónica y de mal género, y armándose de toda su sangre fria, respondió:

—¡Ciertamente, señor! Cuando ella misma me haga el honor de invitarme.

—Caballero,—replicó el abate inclinándose hasta el suelo,—cumpló mi cometido, y....

—¡Oh, no, no, me basta!—replicó San Julian, creyéndose siempre burlado por la princesa.—Entre las personas de nuestro rango, la señora princesa Cavalcanti sabe bien que no se emplea un abate como embajador. Yo quiero tratar con un personaje más importante que Vuestra Señoría, ó recibir una carta firmada por la ilustre mano de su alteza.

El abate no hizo la menor objecion á tan singular pretension; su rostro no expresó la menor observacion personal sobre la negociacion que desempeñaba. Saludó profundamente á Julian, y se separó de él diciéndole que iba á llevar su respuesta á la princesa.

San Julian volvió á sentarse á la mesa, convencido de que acababa de destruir una mistificacion. Tenia tan poco conocimiento de lo que era el mundo, que sus sorpresas no eran de larga duracion.

—Parece,—se decia á sí mismo,—que estas cosas suceden en la sociedad.

Habia vuelto á caer en su habitual gravedad, cuando salió de ella, á consecuencia de oir pronunciar confusamente al extremo de la mesa el nombre de Cavalcanti.

—¿Caballero,—dijo dirigiéndose á un comisionista que á su lado tenía —¿quién es la princesa Cavalcanti?

—¡Bah! —dijo el comisionista acariciando su rubio bigote con el aire desdeñoso de un hombre que todo lo sabe en este mundo.—¿La princesa Quintilia Cavalcanti? Maldito lo que de ella me ocupó; una princesa como otra cualquiera. Raza italiana cruzada de alemana. Ella era rica y la hicieron unirse á no sé qué principillo de Austria, que ha consentido en obtener su fortuna, aun cuando ella no lleve su nombre. Esto es frecuente en Italia; yo he estado allí y es un país que conozco como las palmas de mis manos. La princesa viene ahora de París y regresa á sus Estados, que consisten en un principado eslavo que puede producir muy bien un millon de renta. ¡Vaya una gran cosa! Nosotros tenemos en el comercio fortunas más considerables, aun cuando meten ménos ruido.

—¿Cual es el carácter de esa princesa Cavalcanti?

—¡Su carácter!—dijo el comisionista; con despreciativa ironía;—¿que diablos le importa á V. de su carácter?

San Julian se disponía á contestar, cuando el dueño de la hospedería, tocándole en el hombro, le invitó á seguirle.

—Caballero—le dijo con aire consternado,—entre V. y S. A. la señora princesa Cavalcanti, pasan cosas bien extraordinarias.

—¿Cómo, qué dice Vd...?

—¡Digo, caballero, que S. A. ha invitado á V. á cenar con ella y que us-



ted ha rehusado! Así ha sido V. la causa de que ese excelente abate Excipion haya sido severamente reprendido. La princesa no quiere creer que él haya desempeñado convenientemente su comision, y le echa la culpa del ultraje recibido. Por último, S. A. me ha mandado que le pida á V. una esplicacion de su conducta.

—Esto es demasiado,—exclamó Julian.—¿Con que esa dama quiere burlarse de mí y no debo evitarlo?

—La señora princesa es muy absoluta,—dijo el hostelero á media voz,—pero...

—La señora princesa de Cavalcanti puede ser todo lo absoluta que quiera,—respondió Julian;—pero no está aquí 'en sus Estados, y no conozco ninguna ley francesa que la conceda el derecho de obligarme á cenar con ella contra mi voluntad...

—Por el amor de Dios, caballero, no lo tome V. así. Si la señora princesa recibiera un insulto en mi casa, sería capaz de no volver á ella. ¡Una princesa que pasa por aquí todos los años y que en los dos dias que se detiene en mi casa hace quinientos francos de gasto!... Caballero, por Dios se lo pido, vaya V. á cenar con ella. La cena será completa. Está hecha por mi propia mano. Hay faisanes trufados que el mismo rey de Francia no desdeñaría, helados que...

—Vaya, déjeme V. en paz...

—Verdaderamente,—dijo el hostelero con aire consternado y cruzando las dos manos sobre su grueso abdomen,—que no sé cómo está el mundo. ¡Hé aquí un jóven que rehusa cenar con la princesa más hermosa de la tierra por temor de que se burlen de él! ¡Ah! ¡si la señora princesa supiera que esta es la causa de vuestra negativa sí que podría decir con razon que los franceses son ridiculos!

—Bien mirado,—se dijo Julian,—yo soy un toufo en desconfiar así. Después de todo aunque intentaran burlarse de mí, tambien puedo yo tomar la revancha. Pues bien, dijo al hostelero, vaya V. á presentar mis excusas á la señora princesa, y dígale que obedezco sus órdenes.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó el hostelero.—No tendrá V. de qué arrepentirse; va V. á comer las mejores truchas de Vancluse...

Y partió rápidamente loco de alegría.

San Julian, queriendo darle tiempo para que desempeñara su comision, volvió al comedor. Entonces reparó en un hombre alto, pálido, de hermosa presencia, que vagaba alrededor de las mesas y que parecia cuidarse tan solo de las conversaciones de los demás.

San Julian pensó que era un polizone, pues aun cuando nunca habia visto ninguno, como era tan desconfiado, tomaba á cualquier curioso por un espía. Nadie, sin embargo, tenia menos aspecto de espía que el individuo en cuestion. Era reposado, melancólico, distraido, y hasta parecia dotado de cierta candidez.

En el momento en que pasó al lado de San Julian pronunció entre dientes el nombre de Quintilia Cavalcanti.

Después volvió alrededor de la mesa y empezó á hacer preguntas sobre la princesa.

—A fe mia caballero,—respondió la persona á quien se habia dirigido,—yo no podria decir á V. nada de particular, pero puede preguntarle á ese jóven que está cerca de la estufa, pues es uno de sus criados.

Profundo rubor cubrió el rostro de San Julian, que volviéndose bruscamente, se dispuso á salir del comedor; pero el caballero pálido, con singular insistencia le detuvo de un brazo, y saludándole con una política, concedida sin duda á la necesidad, le dijo:

—¡Caballero, tendria V. la bondad de decirme si la princesa Cavalcanti viene directamente de París?

—Lo ignoro por completo, caballero,—respondió secamente San Julian,—pues ni siquiera la conozco.

—Caballero, pido á V. mil perdones, pero me habian dicho...

San Julian se separó de él saludándole bruscamente. El viajero pálido volvió junto á la mesa.

El comisionista, que como todos los de su clase era un solemne bromista, creyó llegada la ocasion de hacer una de las suyas. Demasiado sabia él que San Julian no conocia á la princesa, toda vez que era á él á quien le habia dirigido aquel preguntas parecidas á las que el viajero pálido hacia sobre la princesa, pero juzgó del caso divertirse á costa de este último.

—¡Vive Dios!—le dijo,—que estoy seguro que no se ha equivocado V. Conozco muy bien á ese muchacho: es el ayuda de cámara de la Sra. Cavalcanti.

—Si V. conociera el carácter de los criados italianos, sabria V. que nunca dicen nada gratis; si V. le hubiera ofrecido un par de francos...

—Con efecto, pensó el viajero á quien interesaba en extremo satisfacer su curiosidad; y sacando un Luis de su bolsillo, corrió detrás de San Julian.

Este esperaba en el peristilo que el hostelero viniera á buscarle para conducirle á la habitacion de la princesa.

El viajero pálido se le acercó de nuevo, pero con más desembarazo que la primera vez, y tomando su mano le deslizó en ella una pieza de veinte francos.

San Julian, que no comprendia nada de esto, tomó el dinero y lo miraba teniendo su mano abierta y extendida con la actitud de un hombre estupefacto.

—Ahora, amigo mío, sírvase V. responderme,—dijo el viajero pálido.—¿Cuanto tiempo ha permanecido en París la princesa Cavalcanti?

—¡Cómo! ¿Todavía?—exclamó furioso Julian arrojando al suelo la moneda de oro.—Decididamente estas gentes están locas con su princesa Cavalcanti.

Y rápidamente se dirigió al patio, faltándole poco, tal era su rabia, para abandonar aquella casa, en la cual creía que todo el mundo estaba de acuerdo para burlarse de él,

En este momento el hostelero le tomó por el brazo, diciéndole con apresurado tono:

—Venga V., caballero; todo está arreglado; el abate ha recibido una reprimenda y la princesa le está á V. esperando.

## II.

En el momento de entrar en la habitación de la princesa, San Julian recobró ese aplomo que llegamos á conseguir cuando las circunstancias han desalojado á nuestra timidez de sus últimas trincheras. Apretó la hebilla de su cinturón, colocó su gorra en una mano, alisó con la otra sus cabellos y entró completamente resuelto á sentarse, con su blusa de cutí, á la mesa de la señora Cavalcanti, ya fuese princesa ó actriz.

Se hallaba esta paseando por su habitación y hablando con sus compañeros de viaje.

Así que vió á San Julian, dió dos pasos hácia él y le dijo:

—Vámonos, caballero, que se ha hecho V. bien de rogar! ¿Teme V., por ventura, comprometer su nobleza sentándose á nuestra mesa? No hay ninguna que no tenga su principio, caballero, y me parece que la de V...

—La mía, señora,—respondió San Julian interrumpiéndola sin miramiento alguno,—data del año 1107.

La princesa, que estaba lejos de sospechar las prevenciones de San Julian, lanzó una estrepitosa carcajada.

La vivaracha Ginetta, que estaba arreglando unos adornos de su ama, hizo otro tanto, y el abate, al ver reír á la princesa, se riyó á su vez, aunque sin saber por qué.

El único personaje que no tomó parte en esta risa general, fué un corpulento individuo que llevaba un traje color de chocolate, con todo el pecho bordado de oro, enormes bigotes y aspecto de gallo de combate. Agitaba sus ojos de halcón al ver el aplomo de San Julian y el buen humor de la prin-

cesa; pero San Julian, que de todo desconfiaba, le pareció ver que se cambiaban miradas de inteligencia.

—Vamos á la mesa,—dijo la princesa al ver humear la sopa.—En cuanto se haya calmado algun tanto nuestro apetito, suplicaremos á este caballero que nos cuente las hazañas de sus antepasados, y á fe que es bien sensible para nosotros, soberanos legítimos, que todos los franceses no tengan las ideas de éste. Así nos vendria de allende los Alpes ménos *influenza* contra la seguridad de nuestra aristocracia.

San Julian se puso á comer con gran aplomo, mirando con aparente desenfado á las personas que le rodeaban.

—Si yo me encuentro sentado á la mesa de una Alteza Serenísimá,—decia para sí,—el honor no es tan grande como me imaginaba, porque hé aquí personas que ella ha tratado todo el dia como á lacayos, y que sin embargo comen con ella como yo.

La princesa acostumbraba á hacer sentar á su mesa, pero solamente cuando viajaba, á sus principales servidores; estos eran el abate, que era su secretario; la lectora, dueña silenciosa, que era la encargada de trinchar; el intendente, y Ginetta, su favorita; otros dos criados de rango inferior servian á la mesa y otros dos ayudaban al hostelero á subir los platos.

—Lo ménos es la querida de un príncipe,—pensaba San Julian,—y á fé que es bastante hermosa para poderlo ser.

Y seguia mirándola, aunque bastante desencantado con esta suposicion.

La princesa estaba bastante encantadora, contemplada á la claridad de las bujías; el color de su tez, algo bilioso durante el dia, era de noche de una blancura mate admirable.

A medida que avanzaba la cena, sus ojos adquirian un brillo deslumbrador; su palabra era más breve y más incisiva, su conversacion deslumbrante y espiritual; pero exceptuando Ginetta, que como una niña mimada hablaba sin cesar, remedando bastante bien el tono y los ademanes de su señora, los demás convidados la secundaban muy mal. El abate y la lectora aprobaban con la mirada y la sonrisa cuanto decia la princesa, pero sin atreverse á abrir la boca; en cuanto al primer escudero parecia unir á un carácter bastante áspero en aquel momento, una estupidez ya crónica.

La princesa parecia estar de humor á propósito para conversar, pero en vano trataba de obtener alguna palabra de aquel maniquí de bordadas costuras.

San Julian se sentía con fuerzas para sostener la conversacion con ella, pero no se atrevia á hacerlo. Decidióse, por fin, y afrontando con valor esa

mirada glacial que todos lanzamos en idénticas circunstancias sobre aquél que todavía no ha pronunciado una palabra, hizo su debut con una franca y atrevida contradicción á un aforismo burlon de la princesa.

Sin reparar que disgustaba al bordado escudero, que no comprendía bien el francés, siguió hablando en esta lengua. La princesa, que la poseía perfectamente, le respondió en francés también, y durante un cuarto de hora todos los comensales escucharon su diálogo con religioso silencio.

A los veinte años se pasa rápidamente del desprecio al entusiasmo, y nos sentimos tan inclinados á augurar favorablemente de las personas, que siempre es exajerada la admiración que concedemos á la menor apariencia de sabiduría.

San Julian, dominado por el gran talento que la princesa desplegó en la discusión, no estaba lejos de caer en tal exceso, por más que en ciertos momentos viniera á turbar su imaginación la idea de una escena hábilmente ejecutada por burlarse de él. Casi creía que aquella pequeña corte italiana no era más que una compañía de cómicos ambulantes, y se decía:

—La primera dama hace el papel de esa princesa de tan precioso nombre; el ayudante de campo no es más que un tenor sin voz y sin facultades; ese mayordomo sordo y mudo está tal vez acostumbrado al papel de estatua del Comendador; la Gineta es una verdadera Zerlina, y en cuanto á ese abate estúpido, es sin duda alguna algún banquero judío enganchado por la *prima donna* y que paga el gasto de toda esta tropa.

Después de la comida, la princesa, dirigiéndose á su primer escudero, le dijo en italiano:

—Lucioli, id de mi parte á hacer una visita á mi amigo el mariscal M... que reside en esta ciudad. Informáos de su casa y decidle que la fatiga y la incomodidad del viaje me han impedido invitarle á comer; pero que os he encargado de expresarle mis amistosos recuerdos. Id pronto.

Lucioli, aunque descontento de una misión que podía ser no más que un pretexto para alejarle, no se atrevió á replicar y salió.

En seguida el abate se presentó á preguntar á su alteza si tenía alguna orden que darle, y habiéndole contestado negativamente, saludó y se marchó.

San Julian, no sabiendo que continente tomar, iba á retirarse también; pero la princesa le llamó diciéndole que le había gustado mucho su conversación y que deseaba hablar con él.

San Julian tembló de la cabeza á los pies. Repugnábale la idea de una mujer de rango angusto entregada á la galantería, y tal mujer le parecía

más odiosa cuanto más temible era por los encantos y los medios de seducción que la rodeaban. Miró fijamente á la princesa italiana y se mantuvo de pié cerca de la puerta en una actitud orgullosa y fria.

La princesa Cavalcanti no pareció notarlo: hizo una seña á Ginetta y entregó un libro á la lectora. En seguida la doncella reapareció con un tocador portátil de laca japonesa, sacó de un saquito de terciopelo bordado un gran peine de concha incrustado de oro, y desatando la redcilla de seda que retenia los cabellos de su ama, se puso á peinarla lentamente y de una manera coqueta, que parecia no tener otro objeto que hacer brillar ante los ojos de San Julian el opulento lujo de aquella magnífica cabellera.

La verdad era que tal vez no existia otra tan bella en Europa. Era de un negro intenso, sedosa, igual, luciente como el terciopelo y tan larga y profusa que caia hasta el suelo, y cubria todo el cuerpo como un manto de hermosura.

San Julian no habia visto jamás nada semejante, á no ser en sus fantásticos ensueños. El peine de la doncella se sumergía en aquellas ondas de ébano, tan pronto haciendo voltear las ligeras trenzas sobre las espaldas de la princesa, como dejándolas descansar sobre su pecho semejantes á fajas de azabache; y luego, reuniendo todo aquel tesoro bajo el peine, le hacia brillar á la luz como un rio de cristal.

Con su tánica de damasco amarillo, bordada de oro, su jubon y sus calzones de muselina blanca, su faja de seda, rodeada á la cintura y cayendo hasta las rodillas; con sus babuchas bordadas, sus anchas mangas perdidas y su cabellera flotante, la hermosa Quintilia parecia un princesa griega. Máxima ó Aida no hubiesen sido nombres demasiado poéticos para aquella belleza oriental del tipo más puro.

Durante este tocado inútil y voluptuoso, la dueña leía y la princesa parecia no escuchar, ocupada en dar brillo á sus uñas enjugándolas luego con un rico paño de batista guarnecido de encajes.

San Julian no podia mirarla sin una admiracion que en vano trataba de combatir. Para conjurar aquel encanto hubiese querido escuchar la lectura; pero se leia en un libro aleman y no entendia una palabra.

—Juanillo,—le dijo la princesa sin mirarle,—¿comprendeis eso?

—No, señora.

—Mistress White,—añadió la dama, volviéndose á la lectora,—leed el testo latino.

Y dirigiéndose al jóven, repuso:

—Supongo que habreis estudiado, caballero.

Luis contestó con una inclinacion de cabeza, y la lectora empezó el testo latino.

Era una obra de metafísica alemana muy á propósito para producir vértigos.

La princesa interrumpia de tiempo en tiempo la lectura, y sin dejar sus femeniles ocupaciones de tocador, contradecía y discutia la lógica del libro con una inteligencia increíble en una mujer, y recogia con un golpe de vista tan atrevido las sutilezas de aquel misterioso análisis, que San Julian no sabia que pensar.

Invitado á dar su opinion sobre los ensueños del ascético alemán, desplegó todo su corto saber; pero comprendió muy pronto que era muy poca cosa en comparacion del de Mad. Cavalcanti. Esta le censuró dulcemente, le combatió con benevolencia y acabó por escucharle con atencion abandonando la controversia escolástica, y confiándose solamente á las luces naturales de su razon y á las inspiraciones de su conciencia.

Quintilia, viéndole en buen camino, le dejaba hablar; é invenciblemente el jóven se entregó á ese bienestar intelectual que se siente cuando se exponen de un modo luminoso las ideas propias.

Poco á poco se alejó de la puerta, abandonando la actitud reservada que la vergüenza le habia impuesto, y estaba precisamente en la más bella de todas sus argumentaciones, cuando se apercibió de que se hallaba apoyado en el mismo tocador de Mme. Cavalcanti, frente á frente de ella y bajo el inmediato influjo de sus bellos ojos negros. La princesa habia dejado de lustrarse las uñas y rechazado el peine de Gineta; y envuelta en sus cabellos habia cruzado las piernas y apoyado las manos en las rodillas. En esta graciosa postura oriental, le miraba con una sonrisa de angélica dulzura, unida á cierta contraccion del entrecejo que denotaba un marcado interés.

San Julian, espantado del peligro que corria, se detuvo casi casi turbado en medio de una frase; pero en vano quiso dar una expresion feroz á su mirada, que dejó brotar una llama amorosa y casta que hizo sonreír á la princesa.

—Basta,—dijo esta á la lectora.—Mistress White, podeis retiraros.

Luis no comprendió nada: se le iba la cabeza. Veia con temor aproximarse el momento decisivo y pensaba en el ridiculo papel que iba á representar rechazando los amores de la más bella de las mujeres. Sin embargo, juraba no servir jamás los despreciables placeres de una mujer, aunque llegase á ser el más miserable de los hombres.

De pronto la princesa le dijo con sencillez:

—Buenas noches, mi querido niño: supongo que tendreis necesidad de reposo; yo tambien me estoy durmiendo. Y no es que vuestra conversacion sea para dar sueño, no; por el contrario, me ha agradao mucho y desearia prolongar el placer de este encuentro. Si vuestros proyectos de viaje concuerdan con los mios, os ofrezco un lugar en mi carruaje. Veamos, ¿á dónde vais?

—Lo ignoro, señora; soy un aventurero sin fortuna y sin asilo; pero por miserable que sea, nunca consentiré en estar á cargo de otra persona.

—Lo creo,—dijo la princesa con una bondad grave;—pero entre dos personas que se estiman puede haber un cambio de servicios, honrado y provechoso para los dos. Vos teneis talento, y yo necesito los talentos de otro; podemos sernos útiles mutuamente. Venid á verme mañana temprano: es posible que no nos separemos tan pronto despues de habernos entendido tan bien.

Y diciendo estas palabras, tendió su mano al jóven y le estrechó la diestra con la digna familiaridad de una gran dama.

Al bajar la escalera, San Julian oyó los cerrojos de la puerta, que se cerraba detrás de él.

—¡Vamos!—se dijo;—¡soy un loco y un necio! Mme. Cavalcanti es la más bella, la más noble, la mejor de las mujeres.

### III.

San Julian apenas pudo dormir. Los acontecimientos de aquel dia se presentaban á su memoria como un capítulo de novela, y cuando despertó al dia siguiente, creyó que todo aquello no era más que un sueño.

Teniendo que ir á ver á la princesa, que debia partir temprano, se vistió de prisa y se dirigió alegremente á sus habitaciones, libre ya de las injustas sospechas de la víspera.

Encontró á Mme. Cavalcanti pronta á partir. Ginetta le preparaba el chocolate, en tanto que ella hojeaba un tratado de Economía política.

—Hijo mio,—dijo á San Julian,— he pensado en vos y sé á qué altura habeis llegado en vuestros estudios: no es demasiado ni demasiado poco. ¿Habeis estudiado en particular alguna materia de que no hablamos ayer?

—No, señora. Vuestra alteza me ha demostrado que en todo sabe más que yo, y por lo tanto, no veo en que pueda serle útil.

—Sois precisamente el hombre que busco; quiero reducir el número de mis servidores y acertar en la eleccion: deseo reunir en una sola persona las

funciones de mi lectora y de mi secretario. A la primera la caso ventajosamente con un hombre, con el cual quiero divertirme, y el otro es un necio del que haré un excelente canónigo, con mil escudos de renta. Los dos quedarán contentos y vos los reemplazareis á mi lado. Reunireis los sueldos de los dos, mil escudos por una parte y cuatro mil francos por otra, y además habitación, mesa, etc.



Este ofrecimiento, encantador para un hombre sin recursos, como entonces lo era San Julian, le asustó más que le sedujo.

—Perdonad mi franqueza,—dijo despues de un momento de vacilacion,—pero tengo orgullo, soy el único vástago de una noble familia, y aunque el

trabajo no me avergüenza, temo llevar una librea aceptando los beneficios de un príncipe.

—No es cuestion de librea ni de beneficios,—repuso la princesa;—las funciones que os confío os colocan en mi intimidad.

—Es una gran honra, sin duda; pero tambien la señorita Ginetta está admitida á la intimidad de vuestra alteza.

—Comprendo; temeis ser mi lacayo. Tranquilizaos, caballero, yo aprecio las almas altivas y jamás las hiero. Si me habeis visto tratar como á un esclavo al pobre abate Scipion, es porque se ha encargado de un papel que yo no le habia destinado. Reflexionad, hijo mio, fiad en mi delicadeza; y de todos modos, el dia que deje de trataros honrosamente, ¿no sereis dueño de dejarme?

—Señora,—respondió el jóven,—no puedo contestaros de otro modo que poniendo á vuestros piés mi adhesion y mi gratitud.

—Los acepto con amistad,—repuso Quintilia, abriendo un gran libro con broches de oro;—¿quereis escribir en esta hoja nuestro convenio, con vuestro nombre, vuestra edad y vuestro país? Yo firmaré.

Cuando la princesa hubo firmado aquella hoja y una copia que el jóven guardó en su cartera, ella hizo llamar á todos sus servidores, desde el ayudante de campo hasta el jokey, y mientras tomaba chocolate, les dijo con lentitud y en un tono absoluto:

—El abate Scipion y mistress White dejan de formar parte en mi casa, y los reemplaza el señor conde de San Julian. Ni White ni Scipion dejan por eso de ser mis amigos, y no se trata para ellos de desgracia, sino de recompensa. Hé aquí á M. de San Julian: que se le trate con respeto, y no se le llame más que señor conde. Que todos mis servidores me permanezcan adictos y nada les faltará en su vejez. Retiráos.

Y consultando su reloj, añadió:—Quiero partir dentro de media hora.

El auditorio se inclinó y salió en silencio.

Las órdenes de la princesa no habian producido la menor apariencia de disgusto ó de estrañeza en aquellas gentes. El firme ejercicio de una autoridad absoluta tiene un carácter de grandeza, al cual es difícil sustraerse, ni aún cuando uno se encierre en límites estrechos, y San Julian sintió que el respeto se apoderaba de su alma.

Volvió á su cámara para tomar algunos objetos, y bajaba la escalera con un saco de viaje debajo del brazo, cuando el viajero pálido que la víspera habia demostrado tan estraña curiosidad, corrió á él y le saludó, dirigiéndole mil excusas sobre su impertinente desprecio.

San Julian hubiera querido evitarle; pero no fué posible. Tuvo que cambiar con él algunas frases de política, esperando quitársele de encima; pero se engañaba. El viajero pálido, asiendo su brazo, le dijo con tono patético y solemne que tenia una cosa importante que comunicarle y un inmenso favor que pedirle.

San Julian, que á pesar de su desconfianza, era buen muchacho, se resignó á oir las confidencias del viajero pálido.

—Caballero,—le dijo éste,—tomadme por un loco; pero en nombre del cielo no me toméis por un insolente y responded á la pregunta que os hice ayer noche. ¿Quién es esa princesa Quintilia Cavalcanti?

—Os juro, caballero, que lo sé tanto como vos,—repuso San Julian;— y para probaroslo, voy á referiros cómo he hecho conocimiento con ella.

Cuando hubo terminado su relato, que el viajero escuchó atentamente, éste exclamó:

—Esto es extraño y romancesco y me confirma en la opinion de que esa dama es mi bella desconocida de la Opera.

—¿Qué es lo que decis?—preguntó San Julian con extrañeza.

—Ya que habeis tenido la bondad de referirme vuestra aventura,—repuso el viajero,—voy á contaros la mia. Estaba hace seis semanas en el baile de la Opera, en París, cuando reparé en una máscara tan llena de extravagancia, de gentileza y de gracia, que me sentí completamente enamorado. La llevé á un palco, y me mostró su semblante; un semblante expresivo, el más bello que he visto en mi vida. La seguí mientras duró el baile; aunque despues de hacerme mil coqueterías, pareció esforzarse por escapar: un momento consiguió eclipsarse; pero guiado por esa segunda vista que nos da el amor, la alcancé en el peristilo, en el momento que subia á un elegante carruaje. La supliqué que me escuchase, y entonces me dijo que pertenecía á un elevado rango, que tenia consideraciones que guardar y que pondria condiciones á mi felicidad. Juré aceptarlas todas, y añadió que la primera seria dejarme vender los ojos. Consentí, y así que estuve en el carruaje me ató el pañuelo sobre los ojos riéndose como una loca. Cuando el coche se detuvo me cogió de un brazo con mano firme y me condujo tan lentamente que no se como no me caí en el camino: al fin, me empujó con rudeza y caí asustado sobre un sofá; al mismo tiempo me quitó la venda de los ojos y me encontré en un rico gabinete, en que todo anunciaba el gusto de las artes y la elevacion de las ideas. Dejóme examinarlo todo con curiosidad, y hojeando sus libros comprendí que era una mujer instruida, que sabia el griego, el latin y el francés. Era italiana y parecia haber vivido en lo más elevado de

la sociedad; tal era la nobleza de sus maneras y la elegancia de su conversacion. Os confesaré que me volvía loco de orgullo y de alegría, al mismo tiempo que me aterraba la distancia que existía bajo todos conceptos entre aquella mujer y yo. Tanto como había estado atrevido en el baile, me volví humilde cuando ví que se trataba de una persona de rango superior. Mi timidez la gustó sin duda, pues se hizo locuaz y provocativa.

San Julian se puso colorado, y el viajero le dijo con gravedad:

—Tal vez me encontráis fátuo, caballero; pero os juro que estoy diciendo la verdad pura. Yo no tengo aire de hablador ni de maldiciente, ¿verdad?

—No por cierto,—respondió San Julian;—pero continuad.

—Era una extraña criatura, grave y burlona, alta y digna, y ¿os lo diré? un poco desvergonzada. Despues de haberme impuesto severamente silencio por una palabra atrevida, me decía las cosas más risueñas y ménos castas del mundo.

—¿De veras?—exclamó San Julian con disgusto.

—Lo mismo que os lo digo. Pues bien; á pesar de sus excentricidades, y tal vez á causa de ellas, me enamoré como un loco, no con ese amor ideal y puro de vuestra edad, sino con un amor inquieto y devorador como un deseo. En fin, caballero, fuí aquella noche el más feliz de los hombres, y solicité con ardor el favor de verla al dia siguiente; concediéndomelo á condicion de que no trataría de saber su nombre ni su casa. Juré respetar su voluntad, y vendándome de nuevo los ojos, me condujo al carruaje, que se puso en marcha para detenerse al cabo de media hora. Cuando ponía el pié en el estribo, una mejilla perfumada rozó mi rostro y una voz, que nunca olvidaré, deslizo á mi oído estas palabras: *Hasta mañana*. Me arranqué la venda; pero la portezuela se cerró violentamente y el coche partió como un rayo. Me encontraba en una de las más sombrías alamedas de los Campos Elíseos, y muy pronto dejé de oír el ruido del coche, aunque hice algunos esfuerzos por seguirle. Helaba, hacia frio y tomé el partido de volver á mi casa.

—¿Y al dia siguiente?—preguntó San Julian.

—No la volví á ver hasta hace un momento en una de las ventanas que dan al patio de la posada: es la princesa Quintilia Cavalcanti.

—¿Estais seguro, caballero?—preguntó el jóven, triste y consternado.

—Tengo una prueba,—dijo el viajero sacando de su pecho un elegante reloj y abriéndole;—mirad esta cifra; ¿no es la de Quintilia Cavalcanti, con esta abreviatura PRA., es decir, princesa?

—¿Cómo teneis ese reloj?—preguntó San Julian.

—Por una extraña casualidad; tenía uno absolutamente igual y lo había puesto sobre la chimenea del gabinete á donde fui conducido por mi enamorada. Cogiéndolo precipitadamente, tomé por inadvertencia el que ella había dejado junto al mio, y solo al cabo de algunos dias me apercibí de la cifra gravada en el interior.

—No sé si sueño,—dijo San Julian mirando el reloj;—pero me parece que he visto hace un momento uno parecido en manos de esa mujer.

—¿Un reloj de platino de Rusia, trabajado en Oriente, con incrustaciones de oro esmaltado?

—Creo que sí.

—Pues bien, ábridle y encontrareis el nombre de Cárlos Dostau. ¡Hacedlo en nombre del cielo!

—¿Cómo quereis que vaya á pedir á la princesa que me enseñe su reloj? Y por otra parte, ¿qué ganaríais vos?

—¡Oh! Quiero reprocharle su coquetería: no se juega así con un hombre de buena fe, que se ha sometido á tan misteriosas precauciones. Es preciso desenmascarar á esa infame coqueta, ó más bien, es preciso que me cumpla sus promesas y siempre guardaré silencio sobre esta aventura; pues á pesar de todo, aun estoy enamorado como un loco.

—Lo comprendo,—dijo friamente San Julian.

—Hé aquí el coche que va á partir,—exclamó el viajero;—quiero verla al pasar, lanzarle mi nombre al rostro, aterrarla con mi mirada... Pero, por favor, caballero, id antes á decirla que quiero hablarla, que soy Cárlos de Dostau: sabe mi nombre, y por otra parte, tiene mi reloj.

El mayordomo de la princesa vino á llamar á San Julian; éste obedeció, y encontró al paje, á la dueña y á los demás instalados ya en los carruajes y prontos á partir.

La princesa apareció en seguida con Ginetta, cubiertas ambas con grandes velos negros, para librarse del polvo del camino.

La princesa había levantado el suyo; pero cuando vió un carruaje rodeado de curiosos, pareció contrariada y dejó caer el velo sobre el rostro.

En aquel momento el viajero pálido se lanzaba para verla; pero ya era tarde.

Entonces, no atreviéndose á dirigir la palabra á aquella mujer, cuyas facciones no distinguía, tomó el brazo de San Julian y le dijo:

—Por favor, decidle mi nombre:

San Julian cedió maquinalmente, y dijo á la princesa:

—Señora, hé aquí M. Cárlos Dostau.

—No tengo el honor de conocerle,—respondió la princesa.

Y siguió adelante, diciendo á sus servidores:

—Vamos, señores, en marcha.

A este tono absoluto, los servidores de la princesa apartaron los curiosos, y Quintilia subió á su coche sin que el viajero pálido pudiese hablarla.

San Julian le vió apretar los puños y lanzarse con ansiedad sobre un banco para mirar dentro del carruaje.

—¿Quién es ese hombre que tanto mira?—dijo contrariada la princesa, reclinándose en el fondo del coche, cuya delantera ocupaban San Julian y Ginetta.

—No sé, señora,—respondió Ginetta con candor, levantando su velo.

—Es M. Cárlos de Dostau,—dijo San Julian indignado.

—¿No es un relojero?—repuso la princesa con tanta calma que San Julian no pudo saber si era una pregunta de buena fe ó una burla sangrienta.

La princesa levantó tambien su velo, se volvió hácia Dostau y le dijo en tono frio é imperativo:

—Caballero, hacéos atrás; no se mira así á una dama.

Dostau se puso pálido como la muerte y permaneció inmóvil.

El coche partió á escape.

—¿Qué insolentes son estos franceses!—dijo Ginetta al cabo de un momento.

—¿Por qué?—preguntó la princesa, que habia ya olvidado el incidente.

—¿Vamos!—pensó San Julian,—¡ese Dostau es un malvado ó un loco!

Las maneras tranquilas de la princesa le subyugaron bien pronto y le pareció haber soñado la historia de Dostau.

En tanto, los caballos devoraban el camino y Aviñon desapareció entre las nubes del horizonte.

#### IV.

Las jornadas de este viaje pasaron como un sueño para San Julian.

La princesa se habia hecho hombre para hablarle. Tenia un arte infinito para sacar de cada cuestion todo el partido posible, para simplificarla, esclarecerla y revestirla en seguida con toda la magnificencia de su pensamiento vasto y brillante. Todas sus opiniones revelaban un alma fuerte, una voluntad inquebrantable, una lógica inflexible y severa.

Este carácter viril aturdia al jóven conde.

Una sola cosa le afligia y era no ver en ella más sensibilidad: un poco

más de ternura, un poco ménos de razon la hubieran hecho más seductora sin quitarla nada de su poder.

Pero San Julian no sabia aún precisamente si se engañaba augurando de la belleza de la inteligencia mejor que de la bondad del corazon. Tal vez aquella alma tan casta tenía aún una faz más que mostrarle, un tesoro más que darle á conocer. Solamente se asustaba de encontrarla más dispuesta á la crítica que á la simpatía cuando se apartaba de la realidad positiva para empeñarse en la persecucion de algun ensueño sentimental.

Por otro lado, complaciale aquella frialdad de imaginacion, que, segun él, debió tener su fuente en un hábito de costumbres rígidas y sábias. La familiaridad casta de maneras y de lenguaje acababa de anular la mala impresion que en un principio habia recibido con los modales atrevidos y la buena familiaridad de la princesa. ¿Cómo armonizar, por otra parte, los principios de orden y de nobleza que á cada momento emitia con unas costumbres desordenadas é indignas? La depravacion en un alma tan elevada hubiera sido una monstruosidad.

Poco despues le parecia que aquella mujer ocultaba su bondad como una flaqueza; pero que el fuego de la caridad abrasaba su alma. Solo se ocupaba de teorías filantrópicas y se indignaba de ver sobre su camino tanta miseria sin socorro. Imaginaba entonces medios para remediarla y se sorprendió de que no hubiesen dado con ellos.

—Pero,—decia con cólera,—esos miserables bastardos que con el título de reyes gobiernan el mundo, tienen otra cosa que hacer que socorrer á los que sufren. Ocupados en frívolos placeres, se divierten pueril y mezquinamente, hasta que la voz de los pueblos hace crugir sus tronos, por tanto tiempo sordos á las quejas.

Entonces hablaba de la dificultad de mantener la inteligencia entre los gobernantes y los pueblos y no la encontraba insuperable.

—¿Pero qué pueden hacer,—añadió,—esos idiotas coronados?

Y despues de haber examinado y criticado luminosamente los sistemas de todos los gobiernos de Europa, cuyos secretos parecia haber penetrado con una mirada, levantaba sobre bases filosóficas su sistema de gobierno absoluto.

—Los grandes reyes hacen los grandes pueblos,—decia,—todo se reduce á este sencillo aforismo: pero todavía no ha habido grandes reyes en la tierra; no ha habido mas que grandes capitanes, héroes de ambicion, de inteligencia y de brabura, mas ni un solo príncipe que sea á la vez atrevido, leal, instruido, fino y perseverante. En todas las biografías ilustres la natu-

raleza vacila casi siempre. No hay, por tanto, que decir que es preciso abandonar la obra y desesperar del porvenir del mundo. El espíritu humano no ha alcanzado todavía el límite en que debe detenerse: todo lo que es concebible es ejecutable.

Después de hablar así caía en profundos ensueños y sus cejas se fruncían ligeramente. Sus grandes ojos sombríos parecían hundirse en sus órbitas, y la ambición iluminaba su hermosa frente. Se la hubiera creído hija de Napoleón.

En aquellos momentos San Julian tenía miedo por ella.

—¿Qué es la caridad, qué es el amor,—se decía,—que son todas las virtudes y todas las poesías y todos los sentimientos piadosos y tiernos para un alma abrasada por esas inmensas ambiciones?

Pero si la veía arrojar á los pobres el oro de su bolsa y hasta sus mismos vestidos; si la oía, con voz amistosa y eco maternal interrogar á los enfermos y consolar á los afligidos, más se conmovía con estas muestras de bondad familiar si hubiesen sido grandes acciones hechas por otra mujer.

Un día un postillon cayó bajo sus caballos y fué gravemente herido. La princesa se lanzó la primera á su socorro, y sin temor de manchar su vestido con la sangre y el polvo, sin miedo de ser alcanzada y herida por los piés de los caballos, en medio de los cuales se arrojó, le socorrió y le asió con sus propias manos. Hizolo con tanto celo y cuidado que San Julian habria creído que habia en ellos afectación si no la hubiese visto reprender seriamente á su paje, que se quejaba de un arañazo, rechazar con cólera á los mendigos que presentaban ante sus ojos falsas heridas, y dejar pasar, en una palabra, todas las ocasiones de desplegar una caridad inútil y crédula.

Llegan, al fin, á Montengale, y la princesa, haciendo abrir su carruaje, mostró de lejos á San Julian las torres de una bonita fortaleza en miniatura que dominaba su capital.

La ciudad, blanca y bonita, estaba situada en el fondo de un valle delicioso. La guarnición, compuesta de quinientos hombres, llegó al encuentro de su graciosa soberana; los doce cañones de los fuertes tronaron alegremente, y los magistrados pronunciaron su inevitable arenga en las puertas de la ciudad.

Quintilia parecía recibir estas ovaciones con cierta sonrisa. Sin embargo, se tomó el trabajo de hacer á San Julian los honores de un pequeño principado con una alegría llena de gracia. Tuvo el talento de no demostrar despecho por la ridiculez de los magistrados, por la mezquindad de sus fuerzas militares y por la pequeñez de sus dominios. Rióse de ello graciosa-

mente; y en medio de todo, no perdió ocasion de hacer notar al jóven los efectos de una sábia administracion.

San Julian, que nunca habia visto otra cosa que las torrecillas de su castillejo hereditario y sus rústicos contornos, estaba lleno de admiracion por aquella apariencia de monarquía. La belleza del cielo, los ricos colores del paisaje, la elegancia coqueta del palacio, construido, segun el gusto oriental, sobre dibujos de la princesa, el tono de los señores de su pequeña córte, los trajes ricos y algo anticuados de los altos dignatarios de su casa, todo esto tomaba á los ojos del jóven campesino un aspecto de esplendor y magestad que le hacia considerar su destino como un sueño.

Llegada á su palacio, Quintilia fué de tal manera rodeada de reverencias y de cumplimientos que no pudo ocuparse de instalar á su nuevo secretario.

Cuando San Julian quiso ir á descansar, los criados, midiendo su consideracion por su traje, le enviaron á una bohardilla. El jóven no paró atencion en esto: delicado de complexion y poco acostumbrado á la fatiga, se durmió profundamente.

A la mañana siguiente fué despertado por Ginetta.

—Señor conde,—dijo la jóven, con el aplomo de una persona que comprende toda la dignidad de sus funciones,—vos no estais bien aquí. Su Alteza no sabe dónde os han alojado; pero como ayer no tuvo tiempo de ocuparse de vos, os ruega espereis aquí un dia ó dos, tomad vuestro alimento, salid lo ménos posible, no os dejéis ver de nadie, no hablad á nadie y estad seguro de que se ocupa en instalaros de una manera que os dejará satisfecho.

Despues de este discurso, Ginetta le saludó y salió magestuosamente.

San Julian se conformó en todo á las prescripciones de su soberana.

Un viejo ayuda de cámara le llevó manjares escogidos, le sirvió respetuosamente, y sin dirigirle la palabra, y le entregó algun dinero. Este fué el solo recuerdo que tuvo de la princesa durante tres dias.

En la noche del tercero, cuando empezaba á inquietarse un poco de aquel abandono, oyó, al mismo tiempo que el sonido del reloj que marcaba la media noche, los ligeros pasos de una mujer, apareciendo Ginetta.

—Venid, caballero,—le dijo con respeto, pero con una mirada burlona; —Su Alteza Serenísima me manda conducirnos á vuestro nuevo domicilio.

San Julian la siguió á través de las galerías del palacio. Despues de numerosas vueltas abrió una puerta, cuya llave llevaba en la mano; pero cuando San Julian iba á franquearla, un hombre demudado por lá cólera se arrojó ante él gritando:

—¡A dónde vais?

—¿Qué os importa?—respondió atrevidamente Ginetta.

A la claridad vacilante de la bujía que llevaba la doncella, San Julian reconoció al escudero ó ayudante de campo Lucioli, que fijaba en él miradas de furor.

—Tengo el mando de esta parte del castillo,—dijo,—y no pasareis sin mi permiso.

—Pues aquí teneis uno que vale tanto como el vuestro,—repuso la doncella presentándole un papel.

Lucioli lo miró, lo estrujó entre sus manos con enojo y lo tiró al suelo prófiriendo una horrible blasfemia.

Enseguida desapareció, lanzando á San Julian una nueva mirada de ódio.

Esta segunda escena despertó todas las dudas del jóven.

—O estoy loco,—se dijo,—ó esta conducta es la de un amante despreciado que ve en mí su sucesor.

Esta idea le turbó de tal modo que llegó temblando al fin de la escalera.

Cuando Ginetta se volvió para entregarle la llave de su departamento le vió pálido y vacilante.

—¿Qué?—le dijo la doncella,—¿teneis miedo?

—No de Lucioli, señorita,—respondió friamente San Julian.

—¿De qué, entonces?—exclamó la jóven con ingenuidad;—mirad, caballero; estais en vuestro cuarto; la princesa os hará saber mañana cuándo podrá recibiros; un servidor particular responderá á vuestra campanilla. Buenas noches, señor conde.

Y le lanzó una mirada equívoca, en la cual San Julian no pudo distinguir la malicia ingénua de un niño, de la burla provocativa de una coqueta. Entró en su cuarto lleno de confusiones y temiendo hacer consigo mismo el papel poco airoso de un fátuo.

La habitacion estaba decorada con un gusto exquisito y las tapicerías eran tan nuevas, que San Julian, á pesar de sus escrúpulos, no pudo ménos de pensar que aquel alojamiento se habia preparado expresamente para él. La austera sencillez de sus adornos, la sobriedad de los objetos de lujo, lo escogido de los de arte, estaban completamente en armonía con sus gustos y su carácter. Los cuadros representaban los poetas que el jóven prefería y sus libros favoritos llenaban un armario de espejo. Sobre una mesa habia una rica *Biblia* abierta por un salmo que muchas veces habia citado con admiracion durante el viaje.

—Es imposible que todo esto sea efecto de la casualidad,—se dijo;—pero ¿quién soy yo para que esa dama se ocupe de mí, y me honre con una amistad tan delicada. ¡Quintilia! ¡Me estimaría ya bien poco y debería el mundo cubrirme con sus sangrientas burlas, si tratase de cambiar este santo cariño por una noche de amor! ¡Qué orgullo sería el mío si aspirase á ser el solo amante de una mujer como ella?... ¡Vamos, sin duda estoy loco!

A la mañana siguiente se atrevió á tirar del cordon de la campanilla, ménos porque tuviese necesidad de un criado como por un sentimiento de curiosidad. Dos minutos despues vió entrar al paje de la princesa.

—¡Calle! ¡Eres tú, Galeoto?—dijo el jóven con sorpresa.

Galeoto era un mocito de diez y seis años, tan pequeño que parecia no pasar de doce. Su fisonomía fria y móvil, su aire atrevido y petulante, su traje teatral, su cabellera rubia y rizada, realzaban el más bello tipo del paje mas espigadillo que ha llevado jamás el abanico de una dama.

—Sí, yo soy,—respondió con altivez;—la princesa me pone á vuestras órdenes; pero escuchad: no olvidéis jamás que me llamo Galeotto *degli Strati-gopoli*, descendiente de príncipes eslavones, y soy igual á vos en todo. Si la pobreza ha hecho de mí un aventurero, jamás podrá hacer un lacayo. Sabed, pues, que soy aquí vuestro amigo y vuestro compañero. Obedezco á la princesa y la sirvo de rodillas porque es mujer y bella, pero á vos, jamás consentiría....

—Yo no necesito un criado,—replicó San Julian;—pero necesito un amigo. Ya veis que la casualidad me viene perfectamente, ¿no es cierto?

Galeotto le tendió la mano y una sonrisa amistosa éntreabrió sus lábios.

—Ya me habia anunciado su alteza,—dijo,—que nos entenderíamos y que seríamos amigos. La princesa no quiere que tengamos contacto con los lacayos. Jóvenes como somos y pobres como éramos hace poco, tampoco tenemos necesidad de ellos; pero, en cambio, necesitamos mutuamente consejo y compañía: hé aquí porque nuestras habitaciones están contiguas y puestas en comunicacion por medio de dos campanillas. Vais á verlo.

El paje salió y poco despues una campanilla oculta en los cortinajes del lecho de San Julian, dejó oír un penetrante sonido. El jóven comprendió y se apresuró á salir de su cámara, encontrando á Galeotto en la puerta de la suya.

—Mi amo, dijo San Julian,—he oido que habeis llamado y aquí me tenéis.

—Ahora,—repuso el paje,—volvamos á vuestro cuarto y os ayudaré á vestir.

San Julian hizo un gesto.

—Eso es de la más alta importancia,—repuso Galeotto;—yo cumplo mi misión: dejadme hacer.

Y sacó de su bolsillo una llave de plata con la cual abrió un cofre de cedro que servía de cómoda en la cámara de San Julian, del que sacó unos vestidos de forma particular, ante los cuales el jóven francés hizo un gesto de repugnancia.

—Sois un necio, mi buen amigo,—le dijo el paje;—temeis estar ridículo con este traje de comedia; para eso no debíais haberos puesto bajo la dominación de una mujer. ¿Olvidais que aquí hacemos los primeros papeles, despues del mono y del lóro? Yo hice lo que vos cuando me quitaron mi sotana raída para ponerme este justillo de seda, estos calzones y estas plumas, que me dan el aire de una cacatua. Lloré, grité, quise desgarrar la ropa y tirar la gerra á un tejado; pero la Ginetta, que es una muchacha de talento, me enseñó la lección y os aseguro que hoy me encuentro muy á mi gusto. Vamos, querido, entregáos á las mujeres para saber lo que es bueno: allí donde ellas reinan nadie es desgraciado.

—Galeotto,—dijo San Julian, cediendo de mala gana á las instigaciones del paje,—os confieso que si es así, esta córte no me gusta mucho. Vos sois espiritual, brillante, y esta vida debe complaceros. Por otra parte, no habeis alcanzado aun la edad en que se hace sentir la necesidad de un papel más sério: teneis ya la nobleza del hombre; pero aun no habeis dejado la alegre ligereza del niño. Yo, en cambio, soy ya viejo, y mi carácter es melancólico: una vida de fiesta no puede convenirme; no sabria complacer á las mujeres y quisiera mejor vivir á la manera de un hombre.

—¡Admirable princesa!—exclamó Galeotto abotonando al jóven el justillo.

—No quisiera por eso más que vos llevar un mosquete sobre un baluarte ó fumar en un cuerpo de guardia,—continuó el conde,—no mesiento á propósito para esa vida ruda, enemiga del desenvolvimiento de la inteligencia.

—¡Sublime talento el de su alteza!—repuso el paje, sujetándole bajo las rodillas unas ligas bordadas de plata.

—Pero en cambio,—continuó San Julian,—quisiera desempeñar aquí algun trabajo útil, y tener el derecho de consagrar al estudio mis horas de holganza.

—¡Viva su alteza serenísima!—exclamó el paje.

—¿Qué teneis para gritar así? Sin duda no me escuchais.

—Al contrario, os escucho perfectamente, y si al escucharos doy estos

gritos es porque veo la perspicacia de su alteza. Todo lo que vos me decís ahora, me lo dijo ella anoche, y ya comprendereis que despues de haberos conocido tan bien, tiene demasiado talento para apartaros de vuestra ocupacion. Todo lo que podríais desear os lo ha preparado; ha penetrado en el fondo de vuestro pensamiento y ha asido vuestra alma en el sonido de vuestra



voz. Esperad algunos dias, y si no estais contento de vuestra suerte, entonces ahorcáos, pues será prueba de que teneis spleen. Ahora, miráos y decidme si la eleccion de este traje no revela en nuestra soberana el sentimiento del arte y el conocimiento del corazon.

—Veo que sois burlon,—dijo San Julian;—pero no estoy de humor de burlas.

—¿Sois susceptible?

—Un poco, lo confesor

—Pues haceis mal; pero no me burlo. Miráos al espejo: me voy para que no os ruboricéis.

San Julian permaneció de pié ante el espejo sin pensar en mirarse. Poco á poco se examinó, con repugnancia primero, con sorpresa despues y al fin con cierto placer. Aquel justillo negro, aquel ancho cuello rizado, y los cabellos lisos cayendo sobre las sienes, armonizaban tan perfectamente con el rostro pálido y la expresion tímida del jóven filósofo, que no se le podia concebir de otro modo despues de haberle visto así.

Nunca San Julian se habia apercibido de su belleza; por el contrario, estaba acostumbrado á considerar la delicadeza de su persona como un desfavor de la naturaleza y como una organizacion despreciable. Por la primera vez, viéndose semejante á los tipos que habia admirado en algunos cuadros, extrañó no encontrar su traje ridículo y su figura desgraciada. Una satisfaccion ingénua se extendió por su rostro, y su contemplacion le absorbió de tal modo que permaneció más de un cuarto de hora en éxtasis ante su imagen, olvidado de todo y como si tomase el espejo en que se retrataba como un bello cuadro colgado ante él.

Dos figuras que aparecieron en segundo término destruyeron su ilusion. Volvióse y vió detras de él á Galeotto y á Ginetta, que le aplaudian riendo alegremente. Algo confuso por haber sido sorprendido, el conde se recostó en la pared y cruzándose de brazos, esperó que su risa se hubiese calmado; pero su rostro triste y su expresion de desprecio no pudieron reprimir el primer arranque. El paje saltó sobre el lecho apretándose los riñones y la muchacha se dejó caer sobre un sillón con la gracia de una gata que retoza.

Pero de pronto se levantó, y cruzando los brazos sobre el pecho, se recostó en la pared, frente á frente de San Julian y en la misma actitud que él: luego le miró de alto á bajo con una atencion seria.

—Vamos, no es mala figura,—dijo volviéndose hácia el paje;—la pierna un poco delgada, pero eso importa poco.

San Julian, un poco picado, se enrojecia de cólera y de vergüenza cuando se oyeron dar las once. El paje y la doncella, saltando como dos lebreles al sonido de la trompa, le agarraron cada uno por un brazo y exclamaron:

—¡Vamos, vivo, á vuestro puesto!

Y antes que tuviera tiempo de oponerse le arrastraron á la cámara de la princesa.

## V.

Quintilia estaba tendida sobre ricos almohadones y fumaba latakia en un largo chibuk cubierto de pedrerías: llevaba aquel traje levantisco á que parecia ser tan aficionada y que tanto realzaba su hermosura. Aquellas sedas de la India sembradas de flores estaban bordadas de piedras preciosas y los diamantes brillaban sobre sus hombros y sus brazos. Su birrete de terciopelo azul celeste, colocado sobre sus cabellos flotantes, estaba bordado con rara perfeccion de perlas finas, y un rico puñal brillaba en su faja de cachemira. Un jóven ovis domesticado dormía á sus piés; y apoyada en el codo, rodeándose de las nubes odoríferas del latakia, con los ojos medio cerrados, la princesa parecia sumergida en uno de esos éxtasis cuyo secreto solo conocen los pueblos de Levante.

Ginetta se puso á prepararle el café y el paje se apresuró á llenar su pipa; San Julian permaneció de pié en medio de la cámara, sobrecogido de admiracion.

Quintilia, medio oculta entre las nubes de ópalo que en torno de ella flotaban, distinguió al fin á su secretario particular, que esperaba mudamente sus órdenes.

—¡Ah! ¿Eres tú, Giuliano?—dijo tendiéndole su hermosa mano;—¿te encuentras bien en tu nuevo aposento? ¿He alcanzado á darte gusto en tu pequeño palacio? Pues á tu vez, tienes ahora que complacerme en lo que te encargue; pero de eso hablaremos mañana. Hoy te presentaré á mis cortesanos: cuida de tener buen continente. Veamos tu traje: anda un poco. ¿Qué te parece, Ginetta?

—Yo soy absolutamente de la opinion de vuestra alteza.

—¿Y á tí, Galeotto?

—Si esa señorita no hubiese dicho nada,—respondió el paje,—yo diria algo; pero no encuentro una respuesta más delicada y espiritual que la suya.

—Ginetta,—dijo la princesa sonriendo,—os prohibo atormentar á Galeotto. Por otra parte, esas burlas no agradan al conde, y será necesario que con él reporteis un poco vuestras bromas.

—Señora,—dijo San Julian, que temia pasar por un pedante,—dejadlos que se burlen de mí: soy un pobre campesino sin gracia ni talento, y tal vez sus sarcasmos contribuirán á formarme.

—Será vuestra amistad quien se tomará ese trabajo,—repuso Quintilia; —pero aun no me has contado tu historia, y no sé á qué casualidad debo que el señor conde de San Julian me haya seguido á Iliria. Veamos, ¿qué escapada habeis hecho? ¿Por qué deuda de juego, por qué estocada, por qué niña arrebatada ó seducida habeis abandonado vuestro país?

Y hablando así, tomó la pipa de manos del paje y le besó la frente con indolencia.

Esta familiaridad no turbó á Galeotto, que parecia acostumbrado á su papel de niño; pero hizo enrojecerse las mejillas del tímido San Julian.

—Vamos,—dijo la princesa;—aun tenemos que esperar una hora hasta que se abra la audiencia; ¿quieres contarnos tus aventuras?

—¡Ay, señora!—respondió San Julian;—mejor quisiera que me mandáseis leer un cuento de las *Mil y una noches* ó uno de los episodios del *Quijote*: eso os divertiria más que los oscuros sufrimientos de un héroe tan vulgar y de un narrador tan mediano como yo.

—Creo comprender tu repugnancia,—repuso la princesa,—temes ser oído con indiferencia y te engañas. No se trata por mi parte de satisfacer una curiosidad frívola; quiero leer en el fondo de tu corazón, á fin de que mi amistad conozca el medio de hacerte feliz. Si dudas del interés con que espero tus palabras, esperaré á que la confianza te impulse. De mi cuenta corro merecerla.

—Sería un imbécil y un ingrato,—respondió San Julian,—si dudase de la benevolencia de vuestra alteza despues de las bondades que me ha prodigado: creo tambien en la amistad de mi jóven compañero y en la discrecion de la señorita Ginetta. Por otra parte, no hay ningun misterio en mi historia, y los infortunios domésticos que he sufrido no pueden agravarse ni disminuirse por la publicidad.

Galeotto tomó la mano de San Julian y le hizo sentar sobre el tapiz: el jóven conde comenzó su historia en estos términos:

—He nacido en Normandía, de padres nobles, pero arruinados por la revolucion del último siglo. Mi madre, al partir para el extranjero, confió mi educacion á un sacerdote que la debia algunos favores y que por gratitud se encargó de mí. Seis años tenia cuando me instalé en el presbiterio de una pintoresca aldea de mi patria. El cura, aunque jóven todavia, era un hombre austero y ferviente como un cristiano de los primeros tiempos. Inteligente é instruido, quiso estender el círculo de mis ideas tan léjos como era posible sin traspasar el límite de la fe; sus juicios sobre todas las cosas eran severos, pero tranquilos; sus principios inflexibles y la extremada

pureza de su conciencia le daban el derecho de ser firme y absoluto con los malvados. Era asimismo poco susceptible de entusiasmo, á no ser cuando combatía el vicio con vehementes palabras ó rechazaba la hipócrita ostentación de los falsos devotos.

A pesar de esta noble necesidad y del horror que sentia por el maquiavelismo religioso, este hombre respetable era poco comprendido y poco amador.

Se le acusaba de intolerante y se le confundia con esos fanáticos que, bajo la túnica del levita, ocultan el ódio y la envidia de los corazones helados. Pero eran injustos con él, os lo aseguro.

Era el más casto, y al mismo tiempo el ménos displicente de los sacerdotes. La firmeza, el espíritu de orden y el amor á la justicia, que eran los principales rasgos de su carácter, daban á sus maneras una serenidad patriarcal.

La casa estaba rigurosamente dispuesta; su hermana, digna y excelente mujer, distribuía sus limosnas con discernimiento, y en cuanto á él, tenia tambien vigilada su parroquia que ningun malhechor ni vagabundo iba á turbar el reposo de las gentes honradas.

Esto era lo que hacia decir á los filántropos imprudentes que se conducia más bien como juez inflexible que como apóstol misericordioso, sin comprender que hacia la guerra al vicio y que no odiaba en los hombres más que la mancha de sus pecados.

Yo amaba en él todas sus cualidades y principalmente este virtuoso rigor que iluminaba todas las dudas de mi conciencia y vencía todas las dificultades de mi cariño.

Guiado por él, me sentía capaz de ser virtuoso como él. Sus consejos, sus exhortaciones y sus elogios me inundaban de una alegría celeste, y no temia buscar en un noble orgullo la fortaleza que necesita el hombre para dominar las seducciones culpables.

Él animaba este sentimiento de propia estimacion y me hacia considerarle como la más segura garantía contra la depravacion de un siglo sin creencias.»

En este punto de la relacion de San Julian, la Ginetta dejó caer su abanico, y sus miradas vagas, que tanto expresaban el sueño como la preocupacion, turbaron un poco al narrador.

Galeotto sonrió y le dijo:

—No os dé cuidado, mi querido Fenelon; esa frívola Cidalina no sirve más que para recortar papel y lavar perritos falderos.

La princesa impuso silencio al paje, y San Julian continuó:

—«Cuando entré en la adolescencia, un sentimiento desconocido vino á turbar mis sueños y mis plegarias. Me confesé con mi preceptor, no como con un sacerdote, sino como con un amigo, y él me respondió con franqueza, revelándome atrevidamente todos los secretos de la vida.

—«Si estuviérais destinado á la virginidad del sacerdocio,—me dijo,—trataria de prolongar vuestra ignorancia ó de extinguir por el temor los ardores de vuestra jóven imaginacion; pero el gérmen de las pasiones se revela en vos con demasiada energía para que trate de retiraros del mundo, donde teneis marcado vuestro lugar. No se trata más que de dirigir bien las pasiones, para que sean fértiles en nobles pensamientos y en acciones hermosas.

«Entonces intentó definirme las dos especies de amor que pierden ó purifiquen las almas: el amor de los sentidos, que sin el otro amor solo produce el embrutecimiento del espíritu, y el amor del corazon, que aproxima los séres virtuosos y produce la union santa del hombre y de la mujer. Me habló de esta compañera de Adán, de este rayo del cielo enviado al reino del primer hombre como la más bella corona que Dios podia poner á la obra de la creacion, y me habló tambien de ese sér degenerado que en nuestra sociedad corrompida desmiente su celeste origen y enerva al hombre con la ponzoña de la lujuria, fruto amargo y perdurable del árbol de la ciencia.

«Los retratos que me hizo de la mujer pura y de la mujer viciosa imprimieron en mi corazon, todavía niño, dos imágenes indelebles: la una divina y coronada, como las vírgenes de nuestras iglesias, de una santa auréola; la otra, odiosa y aterradora como un sueño funesto. Que esta candorosa idea con corona está hoy para mí fuera de duda; y sin embargo, no he podido perder enteramente esta impresion obstinada de mi primera juventud. La fealdad del cuerpo y la del alma me parecen siempre irreparables á primera vista; y cuando encuentro la belleza del rostro sirviendo de máscara á la corrupcion del corazon, me siento sobrecogido de terror como ante el aspecto de un desquiciamiento en el órden eterno del universo.

«A la vuelta de los Borbones, mis padres regresaron de la emigracion, y yo dejé con sentimiento el presbiterio para ir á vivir en el castillo de mis antepasados.

«Mi padre sacrificó sus últimos recursos para entrar en posesion del castillejo que llevaba su nombre; pero no pudo rescatar más que una pequeña parte de las tierras que le rodeaban y el entretenimiento de una vasta casa

y de un parque, sin recursos acabó de hacer nuestra existencia precaria y triste.

«Sin embargo, yo me lisonjeaba, en un principio, con la esperanza de gozar una felicidad nueva para mí en la intimidad de mi madre, de cuyas caricias en mis primeros años me acordaba con amor. Era todavía bella, á pesar de sus cincuenta años, y á un talento natural unia bastante instruccion; pero, por una inconcebible fatalidad, nuestras opiniones diferian sobre muchos puntos. Es verdad que mi madre, de carácter fácil y dulce, daba poca importancia á nuestras discusiones y parecia no reparar en la penosa impresion que me causaba; pero era cruel para mí encontrar en una mujer que hubiera querido rodear del más santo respeto, una ligereza de principios tan diferente de lo que yo esperaba.

«Poco á poco la frivolidad con que mi madre trataba mis más queridas creencias y la especie de piedad burlona que tenia por mi carácter, me hicieron más trevido y traté de atraerla á mis ideas; pero entonces me impuso silencio con altanería y me reprochó ágricamente lo que llamaba el pedantismo de la intolerancia.

«Mi padre no se mezclaba jamás en nuestras cuestiones; dormido casi siempre en su sillón, solo tomaba interés en su partida de piquet, que jugaba todas las tardes con mi madre, y siempre que no se opusieran á sus costumbres perezosas, se acomodaba bien con todo el mundo.

«Un amigo de la casa me hizo, casi á pesar mio, el triste favor de darme á conocer algunas faltas de mi madre respecto de su esposo y me aconsejó no despertar tan imprudentemente sus recuerdos y tal vez los reproches secretos de su conciencia con la rigidez de mis principios. Le di gracias por su aviso y lo aproveché. Comprendí que no tenia el derecho de discutir, porque era abrojarme el de censurar la conducta de mi madre; pero entrando en el camino de un frio respeto, sentí desvanecerse en mí aquella santa afeccion de que habia concebido la esperanza.

«Me hice retraido y melancólico y el enojo se apodó de mí. Tomé en este aislamiento del alma una actitud de reserva que acabó de enagenarme el corazon de mis padres, y habiéndome castigado duramente dos y tres veces, á la última tomé mi partido.

«Me marché durante la noche, dejándoles una carta de excusas, y prometiéndoles que, cualquiera que fuese mi fortuna, jamás tendrian que avergonzarse de mí. Me puse en camino al azar, tristemente y casi sin recursos, esperando en la Providencia y un poco en mi valor. Vuestra alteza sabe lo

demás, y gracias á su bondad no he tenido que soportar más tiempo las fatigas y privaciones de mi viaje."

—Veo que eres un hombre honrado y con noble corazón, mi querido Giuliano,—dijo la princesa,—pero déjame hablarte con franqueza y reemplazar á la madre que has abandonado. Temo que, sin conocerlo y á pesar tuyo, estés dominado por ese espíritu de obstinación y ese orgullo que se reprocha con razón al clero francés. Tú has sufrido la influencia de las cosas en lo que tiene de bueno principalmente; pero también en lo que tiene de peligroso: tu cura de aldea era sin duda un hombre virtuoso y parco; pero tal vez los que le acusaban de falta de indulgencia y de misericordia no dejaban de tener razón. Tu madre me parece una buena mujer á quien deberías haber respetado con sus defectos y sus cualidades, y yo te estimaría aun más si hubieses ignorado ó enterrado en el olvido las faltas de su juventud. Cuidado, hijo mío; ese carácter absoluto, esa fría costumbre de condenar en silencio y de huir para siempre de todo lo que no nos parece bien, puede hacernos culpables y peligrosos para nosotros y para los demás. Te has hecho sufrir á tí mismo; has turbado la dicha posible de tu familia, y sin duda tu madre, por frívola que sea, habrá llorado tu partida y sus motivos. ¿Le das, por lo menos, noticias tuyas?

—Sí, señora,—respondió San Julian.

—Pues bien; hazlo siempre, y que el tono de tus cartas le haga olvidarle cruel de tu ausencia. Por lo demás,—añadió la princesa levantándose y tendiéndole la mano,—habeis hecho bien en decirnos todo eso, señor conde, pues así conocemos mejor el respeto que debemos á vuestras desgracias.

Y añadió dirigiéndose al paje y á la doncella:

—Hijos míos, vosotros teneis demasiado talento para no comprender que el corazón de San Sulian no es de la misma edad que el vuestro: es, pues, necesario no tratarle como á un compañero de infancia. Y tú, amigo mío, debes también ser condescendiente con su juventud y tratar de distraerte con ellos. Todos nuestros esfuerzos se reunirán para hacer tu porvenir mejor que el pasado: si no lo conseguimos será que la amistad es impotente ó que tu alma no sabe olvidar.

Habia llegado la hora en que la princesa, por primera vez después de su regreso, debía presentarse ante su corte reunida, y tomó el brazo de San Julian para levantarse. Luego puso sobre su túnica de seda un gabancillo de terciopelo bordado de oro y forrado de piel de malta; el paje tomó su abanico de plumas de pavo real, y le entregó á San Julian un libro con ricos broches en el cual debía inscribir las peticiones presentadas á la soberana.

Ginetta, que tenia privilegios particulares, se confundió con tres grandes señoras austriacas que por derecho de nobleza tenian el cargo honorífico de damas de honor de la princesa. No les gustaba mucho á éstas ver á una veneciana sin nacimiento marchar á su lado y quitarles á lo mejor de las manos la cola del manto ducal; pero la princesa tenia voluntades absolutas, y hubiera prescindido de sus nobles damas más bien que contrariar á su joven favorita. En cambio, ningun hombre de la córte protestaba contra su presencia en las salas de recepcion.

Cuando la princesa hubo saboreado los homenajes de sus aduladores, les presentó su secretario particular, el conde de San Julian, y en el tono de su voz comprendieron todos que no era verdaderamente un sucesor del abate Scipion, que era necesario conducirse con él de una manera distinta.

San Julian se aturdió y casi se asustó con los protestas de amistad que le llegaron de todas partes, pues estaba muy lejos de conceder tan alta importancia á su papel.

—¡Oh!—se dijo,—¡Dios mio! ¿estas gentes no me tratarian mejor si fuese el esposo de la princesa; y sin embargo, deben saber con qué traje llegué aquí? ¿Será que los verdaderos nobles son tan raros como los verdaderos talentos?

El mismo dia se celebró el matrimonio del ayudante de campo Lucioli con la antigua lectora mistress White. San Julian se sorprendió al ver á aquel hermoso joven casarse con una vieja de rango oscuro y de ningun talento; pero nadie participó de su sorpresa. La dueña iba ricamente dotada por la princesa, y Lucioli podria en adelante satisfacer su estrecha vanidad y desplegar un lujo insolente. Estaba reconciliado con su situacion, y encontraba en el talante de Quintilia más indulgencia de la que podia esperar.

En efecto, la princesa presidió esta ceremonia con una sangre fria imperturbable, y viendo su aire austero y maternal, era imposible pensar que se ocupase en burlarse de una victima audaz é insolente. Ni aun en el más oscuro rincon de la capilla se atrevió nadie á dejar ver la más ligera sonrisa.

Los lábios de Quintilia estaban inmóviles y apretados como los de un matemático que resuelve un problema.

San Julian desconfió, sin embargo, de esta afectacion, y cuando despues de media noche la princesa volvió á sus habitaciones con él, Ginetta y Galeotto, no se sorprendió de la escena que allí tuvo lugar.

Ginetta, tapándose la boca con el pañuelo, parecia esperar con una

impaciencia dolorosa la señal de su libertad, cuando Quintilia, dejándose caer en el divan, le dió el ejemplo de una risa inextinguible y casi convulsiva. El paje hizo coro, y San Julian permaneció estático contemplándolos hasta que, calmadas un poco las risas, un fuego graneado de amargos sarcasmos y de observaciones cáusticas le hizo comprender que acababa de representarse la más majestuosa de las farsas de que puede ser víctima un amante despreciado.

—No me gusta eso,—dijo el paje cuando volvieron juntos á su habitacion;—ó Lucioli es un pobre nécio á quien se ha engañado sin piedad, ó es un miserable que se consuela con el dinero y á quien valdria más arrojar á la calle.

—Parece,—repuso el paje con tono algo sério,—que criticais la conducta de nuestra bienhechora, y á mi vez debo deciros, señor conde, que no me gusta eso.

—Poneos en mi lugar,—respondió San Julian un poco confuso;—¿no pensaríais, viendo cosas tan extrañas, que la princesa es muy cruel con los que se han atrevido á elevarse hasta ella, ó muy inconstante con los que ella misma ha elevado un momento?

El paje respondió con una carcajada, y luego, poniéndose sério,—dijo:

—Amigo mio, ni la adhesion ni la prudencia admiten el espíritu de análisis.

## VI.

Al dia siguiente, la princesa llamó á San Julian y se encerró con él en su gabinete. Estaba ocupada con mil proyectos: queria hacer grandes economías en sus gastos, fundar un nuevo hospital, reducir las riquezas de su capilla, escribir un tratado de economía política y otras mil cosas más.

San Julian se asustó al ver lo que queria realizar, y pensó un momento que la vida del hombre no bastaria para hacer tanto. Sin embargo, ella le presentó tan rectamente los puntos principales, añadiendo aplicaciones tan precisas y luminosas, que pronto el jóven comenzó á ver claro en lo que primero habia tomado por una locura de mujer. Cuando le despidió confióle una tarea bastante considerable, de que le dió cuenta á la mañana siguiente y del cual pareció satisfecha, por más que tuviese que hacer numerosas anotaciones.

Muchos meses se emplearon en preparar y realizar este trabajo. Durante este tiempo la princesa estuvo encerrada en su palacio; las fiestas y las

recepciones se suspendieron, las calles permanecieron silenciosas y los jardines no se iluminaron con la luz de los hachones.

Quintilia, vestida con una larga túnica de terciopelo negro, con los hermosos cabellos sueltos bajo un velo, parecía olvidar el tocador, el fausto y el ruido de que era generalmente tan ávida. Sumergida en serios estudios y en útiles reflexiones, no se permitía otra distracción que fumar por la tarde en una azotea con sus íntimos confidentes, á saber: el paje, el secretario particular y Ginetta.

Algunas veces se paseaba con ellos en una bella góndola por el hermoso río Celmar, que atraviesa el principado; pero la alegre locura estaba desterrada de sus distracciones. Sus proyectos del día siguiente, sus trabajos de la víspera la ponían en relación inmediata y continua con San Julian. La intimidad que de esto resultó tenía algo de apacible y fraternal que la hacía superior á la amistad, sin que por eso se pareciese al amor. San Julian, por lo ménos, lo creía así; pero su alma estaba dominada y todas sus facultades absorbidas por un solo pensamiento. Si las horas en que la princesa le desterraba de su presencia no hubiesen sido asiduamente empleadas en el trabajo, dedicando solo algunos cortos momentos al descanso, le hubiesen parecido verdaderamente insoportables.

Desde que apuntaba el día estaba á su lado y no lo dejaba hasta la noche. La princesa tomaba con él algunos refrigerios, refrigerios cortos y casi napoleónicos, y si alguna vez se reposaba de sus fatigas intelectuales con algunas ideas dulces, siempre asociaba á ellas su jóven protegido. Hablaban de artes, á que era muy aficionada; escuchaba á veces algunas sencillas y dulces poesías que el jóven la dedicaba, y otras hablábase de los placeres de una vida laboriosa y arreglada, y de los encantos de una amistad casta y pura.

San Julian la escuchaba con delicia, y al ver su frente serena, su mirada maternal, olvidaba que una pasión tempestuosa y fatal podía nacer respecto de aquella mujer. Persuadíase de que en él habíanse cumplido los más bellos votos que un alma noble puede hacer, y creía haber alcanzado para siempre una felicidad sin nubes y sin remordimientos.

Es verdad que algunas veces, cuando se encontraba solo, después de aquellas dulces conferencias, su cabeza se inflamaba, su corazón latía violentamente y su emoción se trasformaba en un sufrimiento vago; pero un sentimiento piadoso sucedía á estas agitaciones. El jóven daba gracias á Dios por haberle sacado de una condición dolorosa para colmarle de tales alegrías, y derramando lágrimas unía el nombre de Quintilia al de María,

la Virgen de los cielos. Cuando habia aliviado su corazon en estos éxtasis, volvía con ardor á la tarea que su soberana le habia confiado y se entregaba anticipadamente al placer de obtener sus elogios.

Completamente separado de la córte exterior de la princesa, no tenia relaciones más que con Galeotto y la Ginetta. Su carácter tímido y un poco altivo, sus ocupaciones serias y continuadas, y sobre todo, el sentimiento de bienestar interior que le hacian mirar como inútil todo lo demás, se oponian á toda comunicacion entre él y el resto de los hombres. Vivía en tal aislamiento de todo lo que no era Quintilia, que apenas sabia los nombres de las personas que encontraba en el interior del palacio, y por lo mismo, una pasion real, devoradora, tenaz como ninguna, encendiöse en él sin que lo conociese, á la sombra de esta confianza peligrosa; pero la imaginacion del jóven era tan poca y tenia tan poco conocimiento del amor, que no creía en sus tormentos y los experimentaba sin comprenderlos.

Seis meses pasaron así.

Una tarde se dió por terminado el trabajo. La princesa habia estado aquel día más grave y más reflexiva que nunca, y con su mano escribió la última página de un registro que San Julian acababa de presentarle.

En tanto que escribía, Ginetta, que sin hacer ruido habia entrado en la habitacion, esperaba con una especie de ansiedad á que hubiese acabado, y sus ojos negros y vivos interrogaban tan pronto la puerta, donde vió San Julian una punta del capotillo de Galeotto, como la frente sombría y el entrecejo fruncido de la princesa. Al fin, esta dejó la pluma con aire distraido, apoyó la frente en sus manos, volvió á tomar la pluma, trazó precipitadamente algunas cifras, formó el registro, le cerró y le arrojó lejos de sí. Luego, siempre con la pluma en la mano, se levantó, se volvió á Ginetta, y le clavó la pluma en un grueso bucle de sus cabellos negros.

La doncella lanzó un grito de alegría.

—¿Se ha concluido esto ya, señora?—exclamó,—¿vuestra hermosa mano va á dejar la pluma, y á dejar el cetro y el abanico? ¿Va el placer á romper la piedra del sepulcro en que le habiais enterrado? ¿Me permitís arrojar al viento esta negra pluma que habeis puesto en mis cabellos y que parece pesar como plomo?

—Haz con ella un auto de fe,—respondió Quintilia,—ya no trabajo más este año.

—¡Viva la libertad!—exclamó Galeotto entrando de un salto, á riesgo de enojarla;—es necesario que vengan á hincar una rodilla ante mi soberana, y á rogarla que rompa los círculos de hierro de su escudero.

—Remonta tu vuelo, mi bella mariposa,—dijo la princesa besándole en la frente.

—¡Por la Virgen!—dijo el paje levantándose,—¡hace más de seis meses que vuestra alteza no hace ese honor á su pobre enano! ¡Ya estamos salvados; renacemos, nos despojamos de las crisálidas, resucitamos! ¡Aleluya!

—¡Quememos la maldita pluma!—dijo Ginetta.

—No,—repuso el paje apoderándose de ella,—pongámosla en el birrete del señor secretario particular, y tirémoslo todo al Celina, el pedante, su tintero, su pluma y sus registros.

—No,—dijo la princesa,—á vuestra vez respetad el trabajo, la reflexion, la economía. Mi buen Giuliano, ya volveremos á encontrarnos entre el polvo de los libros. Ahora, quememos nuestras ropas negras y descansemos; riamos con esos muchachos; seamos jóvenes como ellos... Galeotto, haz iluminar la fachada del palacio; Ginetta, da libertad á mi cabellera y quita de mis dedos esta última mancha de tinta.

Ginetta frotó las manos de la princesa con esencia de limon, y en tanto, el paje abrió las ventanas y dió la señal de la iluminacion. Luego arrastró á San Julian á la azotea, y dándole un magnifico ramillete de flores, le dijo:

—Llevadlo á su alteza; poneos á sus piés y tratad de que tenga para vos una dulce mirada. Dejad, sobre todo, ese aire consternado. ¿De qué os extrañais? ¿Pensábais que nos habíamos convertido para siempre, y que todo ira siempre segun nuestros gustos y nuestras ideas? Pues aprended á conocer la amistad. Podria vengarme hoy de todos los fastidios que me habeis hecho pasar; pero, al contrario, voy á ayudaros á levantar vuestro crédito, que vacila.

—Verdaderamente, os juro que no comprendo una palabra,—repuso San Julian, tomando el ramillete maquinalmente.

—Id, id,—replicó el paje, empujándole,—si sois hábil no perdereis el tiempo ni la ocasion, pues hé aquí que comienzan las músicas y los fuegos.

Los acordes de cien instrumentos resonaban en efecto, y los petardos y los cohetes volaban por los aires.

—¿Qué es todo ese ruido?—preguntó San Julian.

—Es mi obra,—dijo Galeotto,—es lo que debe salvar ó perder á los aduladores, hacer volar á los unos como águilas, ó chapuzar á los otros como gansos.

San Julian, empujado por el paje, se aproximó á la princesa con aire confuso.

Quintilia se habia ya trasformado en otra mujer distinta de la que veia

seis meses. Tenia los cabellos perfumados, la frente cubierta de piedras preciosas y un bello y magnífico atavío. Su cuerpo habia cambiado de actitud y su rostro de expresion. Estaba indudablemente mucho más bella, más jóven y más seductora que con su túnica de terciopelo negro y su aire pensativo.



Pero San Julian la hubiera amado mucho mejor con su traje severo: sus sospechas desvanecidas volvieron á despertarse, y su confianza y su ale-

gría palidecian á medida que la belleza de Quintilia se hacia más espléndida.

—Una rodilla en tierra,—le dijo el paje al oido,—y tratad de besar su mano.

San Julian creyó que se burlaba, y poco faltó para que acusase á Quintilia de ser cómplice de una mistificacion preparada contra él. Dejóse caer sobre el banquillo de terciopelo que estaba á sus piés, y palpitante de emocion alzó hasta ella una mirada que parecia ser un triste y duro reproche. Pero en lugar de burlarse de él, como creia, Quintilia le tomó las manos.

—¡Ah!—exclamó:—¡flores en la mano de Giuliano! Dáme, dáme; me traes precisamente las flores que más me gustan.

Quintilia, diciendo estas palabras, besó á su secretario íntimo en las dos mejillas. Era la primera vez, y el jóven lo esperaba tan poco, que se turbó y le fué imposible comprender lo que pasaba en torno suyo.

Fuegos artificiales encendidos en los estanques y una gran cena que pareció improvisada, pero que Galeotto y Ginetta habian preparado hacia mucho tiempo, prolongaron la fiesta hasta muy entrada la noche.

San Julian siguió primero maquinalmente á Quintilia, pues estaba todavía bajo la impresion delirante de aquel beso, y no se cuidó más que de contemplar su belleza con el nuevo atavío, y en admirar la gracia y el talento que demostraba con los que iban á cumplimentarla.

Sin embargo, poco á poco aquella multitud de cortesanos que se colocaba entre la princesa y él le puso de mal humor, pareciéndole odioso aquel ruido y aquel movimiento á que Quintilia era tan aficionada. Tuvo intencion de dejar el salon y retirarse á su cuarto, pero un sentimiento de celos le retuvo cerca de la princesa.

## VI.

—Amigo mio,—le dijo Galeotto á la mañana siguiente,—estuvisteis anoche soberanamente ridículo.

—¿Por qué?

—¡Triste, pálido y con aire consternado! ¡Guardado! La princesa quiere divertirse, y si no os divertís, sois perdido.

—¡Perdido!—exclamó San Julian,—¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque la fastidiáis. ¿Cómo? Porque olvidará hasta vuestro nombre.

—¿Dónde estamos, Dios mio?—exclamó San Julian con un invencible sentimiento de tristeza,—¿es esto un sueño? ¿Se puede cambiar tanto en doce horas?

—No conocéis el mundo,—repuso el paje,—no sabeis que con nada se puede contar, y que es necesario estar preparado á todo y poseer veinte disfraces distintos para estar pronto siempre á ponerse el que convenga.

—Pero explicadme á Quintilia; ¿qué me importa lo demás?

—¿Quintilia!—exclamó el paje bajando la voz,—¿que os explique á esa mujer?... Amigo mio, tengo diez y seis años; no me faltan intriga, ambicion, ni cierta inteligencia: veo, espero y no intento comprender; obedezco, adivino lo que me van á mandar, y me parece que esto es algo para mi edad. Encontrar la razon de lo que veo, de lo que espero y de lo que hago, en no pertenecer á mi inexperiencia ni á mi juventud; vos soy, señor filósofo, quien debiera darme la llave de esos enigmas, en torno de los cuales doy vueltas como un planeta, sin saber á dónde me lleva mi sol.

—No os pido más que una cosa,—dijo San Julian, mirando tristemente á Galeotto,—veo que hay en ella dos mujeres distintas; una verdadera y otra artificial; una que ha nacido tal como es, y otra que los hombres y el siglo han formado; ¿cuál de las dos es la obra de Dios?

El paje dejó ver en sus lábios una contraccion nerviosa, como si fuese á decir un chiste único.

San Julian adivinó las dos sílabas que le vagaban en los burlones lábios de su camarada, y un estremecimiento doloroso recorrió todo su cuerpo.

Pero el paje se levantó, y cambiando de tono, con la facilidad de cortesano que parecia incierta en él, dijo:

—Vuestra pregunta, amigo mio, no tiene sentido comun. El sentimiento y la metafísica han turbado vuestra inteligencia. ¿Es que nosotros hemos nacido para algo? Ya es bastante haber nacido caballero, canciller ó rey. No es Dios quien preside estas distinciones, y mediante nuestro carácter, son la educacion y la casualidad quienes andan en ello. Si fuera frenólogo os diria qué protuberancias del cráneo de su alteza acusan las contradicciones que encontráis en ella; pero, no siendo más que un ignorante, prefiero admirar sus cabellos negros, y recibir en mi pobre frente el beso de sus lábios ducales.

Acordándose del beso que habia recibido, San Julian se estremeció, y se puso casi instantáneamente rojo y pálido.

El paje lo notó, y deteniéndose ante él con los brazos sobre el pecho, dijo:

—Amigo mio, estás enamorado, estás perdido.

—¡Enamorado!—dijo San Julian con turbacion,—¡no; no lo estoy! Amo á mi soberana con veneracion...

—¡Cállate; te extravías,—repuso Galeotto.—Ya no estamos en los tiempos de la caballería. Hoy un gentil-hombre, lo mismo que un pastelero, puede casarse con una princesa. Tú estás enamorado; pero estás loco.

—Dejáos de burlas, Galeotto...

—No me burlo; ayer, cuando recibisteis aquel beso en las mejillas, perdisteis las fuerzas hasta poneros malo. Para un hombre que no quisiera más que un porvenir, no hubiera sido de un efecto excelente, pues esa timidez ha tenido aquí más éxito que la fatuidad de Lucioli. No se os casará con una dueña, ni se os enviará á tomar los aires del campo con cincuenta mil francos de renta y una mómia viviente como mistress White; pero se os pondrá un collar dorado al cuello, y se os dejará envejecer, haciendo la rosca sobre una alfombra entre el perrillo faldero y el áxis domesticado.

—Pero, ¿qué papel importante haceis vos aquí?—exclamó San Julian algo picado.

—Ninguno,—contestó el paje;—pero yo no estoy enamorado, y cuando me dan un beso en la frente, no olvido que soy un juguete, un pequeño animal domesticado, un niño condenado á no crecer. Así, pues, esperando ser hombre y que se aperciban de ello, devuelvo á la Ginetta los besos que me dan. Haz como yo, Giuliano; Ginetta es una guapa muchacha.

San Julian sintió una especie de desvanecimiento, y apoyándose en el brazo de su sillón, exclamó con angustia:

—¡Oh, Dios mio! ¿A dónde me habeis conducido? ¿En qué antro de corrupcion me habeis arrojado?

Galeotto respondió con una carcajada á este místico apóstrofe.

San Julian le miraba con sorpresa y con una especie de temor. Educado en el campo, lleno de inocencia y de candor, no podia comprender la precoz depravacion de aquel hijo de la civilizacion.

—¡Tan jóven y tan bello!—continuó mirándole con un dolor que aumentó la risa del paje,—¡con una frente tan pura, y teniendo ya el corazon tan seco, tan frio, tan calculador! ¡Habiendo prescindido ya del entusiasmo, del amor, del sentimiento!... ¿Qué amais, qué deseais, viejo de diez y seis años.

—El oro y el poder,—respondió el paje,—el oro para tener buenos caba-

llos, ricos vestidos y mujeres hermosas, mujeres de las cuales no tendré que enamorarme hasta el punto de romperme la cabeza en caso de abandono; mujeres de esas que tienen bastante talento para darnos un momento de embriaguez, único bien que la mujer puede dar, engañadora y lasciva como es por naturaleza; el poder, para humillar á los necios y á los estúpidos que me desprecian y odian, para hundir en el polvo las frentes orgullosas que se bajan para mirarme. Sí, sí, el oro y el poder, todo el que no es un imbécil ó un loco debe ceñirse á esto y despreciar lo demás.

—¿De quién habeis aprendido esas doctrinas?—exclamó San Julian,—¿son vuestras, ó son de Quintilia?

—¡Oh! ¡Siempre á caballo en la misma idea! ¿Qué me importa Quintilia? ¿Creis acaso que quiero pudrirme en esta caricatura de reino? ¿Creéis que esta parodia de Czarina, estos fantasmas de cortesanos, estas fortalezas de caramelo, este aparato militar digno de una comedia, este palacio que podia servir de adorno en la mesa de un banquero y estos empleos que despreciaria el lacayo de un par de Inglaterra, pueden atraerme y seducirme? Esto es bueno para vos, que os creéis en las cimas de las grandezas humanas, y que tomáis el teatro de Polichinela por la Scala ó por San Carlos. Menos feliz que vos, no se conducirme de otro modo; siento que el mundo es demasiado pequeño para mi actividad, y me ahogo en este horno donde nos asamos como pobres castañas que una mujer saca del fuego en provecho del diablo. Vamos, Giuliano, seguid vuestra vocacion y no os espanteis de la mia. Yo soy quien debiera extrañarme y reirme é interrogar estupefacto á las estrellas al ver un cenador como el vuestro; porque vos, amigo mio, sois una excepcion, una rareza, una maravilla en este siglo de cálculo y de egoismo. Tal vez seréis un ángel delante de Dios; pero en cuanto á los hombres, de seguro que os señalarian con el dedo si supieran lo que sois

—¿Qué soy, pues,—exclamó San Julian con sorpresa

—¿Quereis que os lo diga? ¿No os incomodareis?

—No.

—Pues sois un necio.

—¿Y qué es Quintilia?

—¡Oh! ¡Eso os lo diré el día que nos encontremos á cien leguas de aquí!

### VIII

Preparábase en el palacio una gran fiesta: nunca San Julian habia visto tal lujo y tan cuantiosos gastos. Nadie podia acercarse á la princesa si no

iba á hablarle de colgaduras, de trajes ó de músicos. El pobre secretario particular, extraño á todas estas cosas, vagaba pálido y triste en medio de todo este desórden, envuelto en la polvareda de los preparativos del baile.

Tres dias pasaron sin que viese á la princesa y cayó en una negra melancolía, llorando sus dulces ilusiones perdidas.



Acordóse de él el dia de la fiesta, y le hizo llamar para entregarle el traje que debía llevar: dióle gravemente las instrucciones más frivolas: le

preguntó su opinion sobre el cóрте de unas mangas que Ginetta le estaba probando, y luego olvidó su presencia y le dejó salir sin hacer alto en ello.

El baile fué magnífico.

Gracias á la más extraña de las invenciones de la princesa, la cóрте representaba una inmensa colección de mariposas é insectos. Era admirable la exactitud de los trajes y de las alas, y hasta la provincia de cada animal se vió reproducida en el rostro del personaje encargado de representarle.

El abate Scipion, trasformado en saltamontes, brincaba con su traje de gasa verdoso; el antiguo escudero Lucioli iba vestido de langosta; su esposa, la vieja *mistress White*, representaba la torpe y pesada mariposa podaligra; Galeoto era la brillante mariposa Argos, con sus brillantes alas multicolores; la Ginetta, con su corselete tornasolado, era una mosca cantárida, y San Julian estaba disfrazado de *autyope*, con unas grandes alas de terciopelo negro, guarnecidas de oro.

Era la princesa quien habia elegido y distribuido los trajes, despues de consultar veinte sabios y de revolver todos los tratados de etimología de su biblioteca. Así es que se la veía rodeada de abejas, de moscardones, de mosquitos, de mariposas, de capricornios, de hormigas y de dragones volantes.

Quintilia se distinguía por la riqueza y la sencillez de su traje. Habia escojido por emblema el *cocuyo* luminoso; sus alas de plata mate caian á lo largo de su espalda, y llevaba por tocado dos marabús blancos, que representaban las antucas.

Los salones estaban adornados de flores; y escalas de seda, ocultas entre guirnaldas, pendian á lo largo de los muros. Los más atrevidos trepaban por ellas, se balanceaban entre las columnas y luego se lanzaban de una á otra, agitando sus alas transparentes.

Quintilia, rodeada de lisonjas y de homenajes, se entregaba sin reserva al placer de ser admirada, y San Julian no dudaba de que aquellos seis meses de calma y de retiro habian sido una verdadera farsa.

—¡Insensato!—murmuraba.—¿Cómo he podido creer que esta mujer tenía en el corazon otra cosa que vanidad y orgullo? ¿Cómo he podido ocultarme la galantería y la corrupcion que aquí renace? ¿Qué habia de pensar verdaderamente en proyectos filantrópicos y en nobles ideas, cuando el más ardientes de sus deseos era esta enervante fiesta?

Y á pesar de estas tristes reflexiones, la seguía con ansiedad, la espiaaba con sus miradas y no se alejaba de ella un solo momento. Cuando parecía ocuparse de un hombre más que de otro, su corazon parecía querer sal-

tar del pecho, desvaneciase su cabeza y estaba tentado á provocar un escándalo, pero luego se detenía para darse cuenta de sus propias impresiones y asustarse de sentir amor al mismo tiempo que aversion.

Los movimientos del baile descomponian un poco el tocado de la princesa, que se dirigió á su tocador para arreglarlo. No quiso llamar á Ginetta, pero en el momento de entrar en su gabinete vió detrás de sí una figura pálida: era San Julian que la habia seguido. En el delirio de sus celos se habia imaginado verla cambiar una seña con Lucioli y habia perdido la cabeza.

—¿Qué quieres, Giuliano?—dijo Quintilia;—pareces tonto ó enfermo. ¿Tienes algo que decirme? ¿Puedo hacer algo por tí?

—Si importuno, señora,—respondió el jóven,—mandadme salir.

—No, siéntate en ese divan mientras arreglo mi tocado, y si quieres decirme algo, habla.

San Julian se sentó y guardó silencio. Quintilia, de pié ante el espejo y volviéndole la espalda, compuso tranquilamente su adorno. Cuando hubo concluido se volvió hácia él, y tomándole una mano con la mayor bondad, e dijo:

—Tú tienes algo, tú sufres; estás enfermo ó eres desgraciado. Habla.

San Julian inclinó su cabeza sobre las manos de Quintilia y las cubrió de lágrimas.

—Estás enamorado,—dijo la princesa.

—¡Oh! ¡señora!

—Tengo razon, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿De quién?

—Jamás me atreveré.....

—¿Es de Ginetta?

—No, señora.

—Entonces... ¿es de mí?

—Sí, señora.

—Pues bien, tanto peor para tí,—replicó la princesa con una impaciencia vecina de la cólera;—tanto peor para los dos.

—Perdonadme, señora,—dijo San Julian temiendo haberla ofendido, —soy un necio y un insolente. Vais á arrojarme; pero me anticiparé á vuestro mandato: todo lo que me atrevo á desear es una palabra compasiva antes de perder la felicidad de veros.

—No sabes lo que dices, San Julian. Yo no te arroje, y si te marchas

será contra mi gusto. Me crees ofendida y te engañas. Si te amase, te lo diría, y si te lo decía, te haría mi esposo.

San Julian bajó los ojos y balbuceó algunas palabras.

—Vamos, no tomes ese aire desesperado. Todos los jóvenes son fátuos ó románticos, tú no eres fátuo, pero eres romántico; te crees enamorado de mí y no lo estás. ¿Cómo lo has de estar si no me conoces?

—Pues bien, señora, teneis razon; no os conozco, y si os conociera, me curaría radicalmente ó haría eterno mi mal, os acusaría hasta matarme; sí, os odiaría hasta el punto de huir de vos. No sé lo que sois: tan pronto os juzgo un ángel de Dios, como os comparo á Catalina II...

—Salvo los asesinatos, los envenamientos y otras miserias semeiantes, que despues de todo no constituirian una gran diferencia,—dijo la princesa con ironía.

Y tomando su abanico de plumas, se sentó en el divan, y añadió:

—Continuad, señor conde; escucho vuestras palabras.

—Burlaos, despreciadme,—dijo el jóven con desesperacion;—tratadme como un loco, puesto que lo soy. ¿Qué me importa vuestra cólera ni vuestro desprecio? Cuando voy á perderos, puedo deciroslo todo, sin arriesgar nada.

—Decidlo.

—Pues bien, señora; os diré que es necesario que yo parta. Me tratáis con confianza, y no soy digno de ella; me colmais de bondades... y soy ingrato. En vez de echarme á vuestros piés y de amaros en silencio, tengo celos, os sospecho otros amantes, os espío, pregunto á todos, me desespero y quisiera matar á los que os miran. ¡Burlaos, señora! Hace tres días que estoy loco y hay momentos en que me atrevería á pedir os cuenta de mi dolor, yo... ¡un lacayo!... Porque ya sé, señora, que soy vuestro lacayo...

—Os engañais,—repuso la princesa;—yo no quiero humillaros; no sois mi lacayo ni lo sereis jamás: creia haberme explicado con claridad, respecto á este punto. Por otra parte, aun cuando lo fuérais, habria un caso en que tendrías el derecho de hablarme como lo haceis; ¿sabeis cuál?

—Hablad, señora; hablad sin temor.

—Os lo diré sin cólera y sin desprecio. Seria cuando yo os hubiese alentado, siquiera no fuese más que durante cinco minutos. ¿Es demasiado?

—Vuestra burla es sangrienta, señora. No; no habeis alentado mi passion; no me habeis dirigido una mirada ni una sonrisa que me dé derecho...

—A ménos que hayais interpretado mal los testimonios de una leal amistad... Pero os habia tomado por un hombre capaz de juzgar con rectitud...

—Señora, señora, sois injusta. Me habeis interrogado, habeis provocado mis confesiones... Todo el mal está en no haber mentido cuando me preguntásteis si érais vos de quien estaba enamorado.

—El mal no consiste en decirlo, sino en estarlo.

—¿Y creéis que se puede mandar al corazón?

—¡Tal vez! Si yo fuera hombre, sería el amigo de Quintilia, la comprendería, la adivinaría...

—Pues bien, dejadme comprenderos,—dijo San Julian cayendo de rodillas;—tal vez pueda ser vuestro amigo, al mismo tiempo que vuestro súbdito.

—Señor conde,—contestó la princesa levantándose;—á nadie doy cuenta de mis acciones. Hace mucho tiempo que he aprendido á despreciar el juicio de los hombres. Ya sabéis la divisa de mi blason: *Dios solo es mi juez*.

Y salió, dejando á San Julian de rodillas.

## IX.

Apenas quedó solo, San Julian volvió en su desesperacion, y ocultando el rostro entre las manos, exclamó:

—¡Desgraciado! ¡loco! ¿Es posible que hayas hecho lo que has hecho, que hayas dicho lo que has dicho? ¿Has sido durante seis meses el rey del mundo, y héte aquí despreciado, arrojado... ó lo que es peor todavía, tolerado como un estudiante nécio, relegado entre los subalternos, por encima de los cuales te se habia elevado! ¡Oh! ¡Huyamos, huyamos de estas angustias, de estas incertidumbres, de estas sospechas!...

Y diciendo esto, permanecia inmóvil en su sitio l'orando como un niño.

—Te afectas demasiado,—le dijo tranquilamente Galeotto que habia entrado sin que le oyesen;—escucha una buena noticia. Su alteza te prohíbe salir del palacio y te manda presentarte á ella mañana despues del baile.

—¡Qué!—exclamó San Julian;—te ha dicho...

—Lo que te digo y nada más; pero me parece que es bastante claro para que se adivine lo que ha pasado. Te has atrevido á declararte... y su alteza se ha enfadado sériamente á lo que parece. Despues de todo, mejor es eso que la calma de la burla; ha vuelto al baile con aire sombrío, y aunque se ha puesto á danzar con el duque de Gurek, se ha notado su contrariedad. ¡Oh! ¡Los príncipes son un centro de atraccion magnética! ¡Ser príncipe es magnífico! Pero hay algo mejor, y es ¡ser paje y reirse de todo!

San Julian no le escuchaba. Galeotto le cogió por un brazo y le arrastró á los jardines.

—Escucha,—le dijo,—soy tu amigo y quiero servirte. ¿Estás realmente enamorado?

—No lo sé,—respondió San Julian,—¿se puede amar á quien no se conoce?

—Bueno, me gusta oírte hablar así; tienes ideas mejores que las que te atribuía.

—Explicáte en nombre del cielo.

—¿Quieres ser amante de la princesa?

San Julian hizo un gesto de horror.

—¿Quieres,—continuó el paje,—ser el rey de este pequeño dominio, el señor de esos cortesanos? No es gran cosa; pero vale más que nada. Sin embargo, con una mujer como Quintilia, se puede agradar, pero no gobernar; se puede ser su amante, es decir, su servidor, pero no se pasa de ahí. Ahora, considera si vale tanto cuidado y tanta pena un papel en que muchos te han precedido y en que otros muchos te seguirán.

Este discurso enfrió de tal modo la imaginacion del pobre secretario, que se sintió capaz de hablar el mismo lenguaje que Galeotto.

—Antes de contestarte,—dijo,—debo reflexionar; pero para reflexionar con seguridad, me hacen falta noticias más detalladas que las que tengo. ¿Puedes y quieres tú dárme las?

—Sí, pues me dá lástima tu posicion; pero guárdate de venderme, porque tomaré mi revancha.

San Julian se estremeció.

—Bueno,—dijo,—cuéntame la historia de Mad. Cavalcanti.

—Eso no.

—¿Cómo! ¿Rehusas?

—Sí, porque nada sé, y creo que nadie lo sepa. Te diré lo que ha llegado á mis oídos y lo que presumo. Quintilia fué casada á los doce años por medio de poderes, y llegó á ser viuda sin haber visto á su marido. El caballero encargado de casarse con la princesa, representando al esposo, se llamaba Máx, por abreviatura, y era bastardo de no sé que reyecillo de Alemania. Tenia doce años, como la princesa, y así es que, apenas concluyó la ceremonia, los novios se pusieron á jugar á las muñecas. No sé por qué razon, el bastardo Máx pasó tres años en la córte de Cavalcanti. Al cabo de este tiempo fué desterrado y casi arrojado á palos por los padres de la princesa; pero ésta, luego que se vió viuda y huérfana...

—¿Llamó á Máx?—exclamó San Julian.

—Creo que no; le olvidó, amó á uno de sus pajes, y luego... ¿qué se yo? ¿Piensas que haya amado verdaderamente á alguno?

—¡Voy á volverme loco!—exclamó San Julian;—¡Galeotto, habla, habla ó te obligaré á batirte conmigo!

—Bueno,—repuso el paje,—creo que todos estamos locos. ¿Qué te he dicho? Lo que te podia decir. ¿Crees que, excepto la Ginetta, hay aquí nadie que pueda tener mejores noticias que yo? Pues bien, yo no sé nada, no veo nada; aquí nadie habla, por la razon sencilla de que nadie piensa. Se cree en las intrigas de la princesa, ó no se cree: esto es todo. Nadie tiene motivos para apreciar su virtud, y nadie tiene talento para aprovecharse de sus vicios. Si es la más perversa ó la más austera de las mujeres, nadie lo sabe. Tales criaturas debian estar marcadas con un cero en la frente para demostrar que están fuera del orden comun de la especie humana.

—Pero ¿por qué?—exclamó San Julian.

—Porque ni dicen, ni hacen, ni piensan, ni sienten nada como los demás. Porque son seres falsos, enigmas sin nombre, geroglíficos diabólicos; porque no son hombres ni mujeres; porque son problemas.

—Tal vez teneis razon,—dijo San Julian.

—Los seres aman ó no aman; hoy hacen un papel, mañana otro; no tienen edad, ni carácter, ni sexo...

—Vos odiais á esa mujer,—dijo el conde.

—Ni la odio ni la amo, no existe para mí. Es una cabeza coronada; me reclino ante la diadema y creo que el cerebro no sirve para gobernar un convento.

—Yo creo que os engañais, creo que sirve para mandar un ejército. Pero en todo caso, aunque sea susceptible de heroismo, ¿qué nos importa á nosotros, sinó somos generales ni reyes?

—Si yo fuera general ó rey,—repuso el paje,—no seria más absoluto en mi gobierno. Pero tranquilizaos, los hombres tirarán de la rienda al bello sexo y la ley sálica se hará una medida de seguridad universal. Y digo medida de seguridad, porque con esas mujeres coronadas nadie está cierto de despertar todas las mañanas.

—Por lo ménos,—dijo San Julian algo asustado,—no creo que con esta se puedan abrigar tales temores.

—¿No la has ofendido hoy mismo gravemente? Pues trata de obtener su perdon, ó más bien aléjate, porque puede ser...

—Galeotto, habla claro. ¿Es capaz de asesinar? Pruébamelo, y no la amaré, no sufriré.

—Seria franco contigo si tú lo fueras conmigo; pero no lo eres.

—¡Cómo!

—Creo que me estás haciendo hablar de cosas que sabes mejor que yo.

—¿Me tomas por un espía?

—No; pero soy prudente: no creo nada, porque temo ser engañado, y pienso mal de todo, porque si me engaño nada pierdo, y si acierto, no habré pasado por todo.

—Pues ¿en qué he merecido tu desconfianza? ¿Has visto traicion en mí?

—No, y no te acuso; pero digo esto, porque tal vez no eres tan cándido como aparentas. Vamos, habla con franqueza; ¿eres el amante de la princesa?

—Por mi honor, que no lo soy.

—Ginetta dice lo mismo, pero es tan embustera... Además, parece inverosímil que no lo seas. Te recoge en el camino, despide á Lucioli, le casa con una vieja, pasa seis meses encerrada contigo...; y vuestros graves trabajos no se habrán interrumpido alguna vez con distracciones mal dulces! Vamos, amigo mio, no lo entiendo. Muchas veces me he reido de tu emocion, de tu timidez, y tal vez entonces te divertias á mi costa.

—¿Y cómo? ¿Y por qué?

—Porque te habia dejado ocupar una plaza, que tal vez hubiera debido ocupar yo. Francamente, ¿no podia ser yo su amante?

—Te contestaré lo que hace un momento me decias: ¿sé yo si lo eres?

—¿Vive Dios! No lo soy, y lo siento.. Fia en mí, San Julian; ya ves que me desahogo contigo, hasta el punto de burlarme de mí mismo.

—No me burlaré yo de un delito que tambien he cometido. ¿Tu estás enamorado de la princesa?

—¡Yo! No por cierto.

—Pero lo has estado.

—Jamás, que yo sepa. ¡Enamorado de esa reina de Saba! Cuando yo tenia doce años, me asustaba de verla, y ahora me fastidia con sus negocios de estado, sus palabras científicas y su latín. Despues de todo, es hermosa y bien hubiera querido ser su favorito; pero siempre me ha tratado como un niño, y tal vez por desprecio, se obstina perpétuamente en rebajarse cinco ó seis años de edad. En cambio, yo me vengo, añadiéndoselos á la suya cuando un extranjero me lo pregunta.

—Ya ves,—dijo San Julian,—cómo se puede vivir sin intimidad con ella meses y años, sin ser tan feliz como suponias.

—¿Hermosa prueba! ¿Me tomas por un necio?... Vamos, te creo: no eres su amante; pero quieres serlo.

—Y renunciais si me dijeseis lo que sabes.

—¿El resto de la historia de Máx?

—¿Qué es el resto de esa historia?

—Un rumor misterioso, como todo lo que sé; una sospecha vaga, pero nada más.

—¿Todavía? ¿Es que eso tiene relacion con las ideas de muerte que me han pasado por la imaginacion escuchándote?

—Sí; dícese que fué una desgracia: más seria que la de Lucioli. Pero permite que deje esto para mañana, y una vez que nos hemos entendido, alcémonos y démonos la mano.

—¿Contra quién?

—Contra la hipocresía femenil,—respondió Galeotto.—Tú estás enamorado y te desdennan; yo era pretendiente y me han olvidado: es necesario que sepamos si se nos sacrifica, y en aras de quién. Jura decirme todo lo que te suceda, yo juro decirte todo lo que descubra.

San Julian, aturdido, asombrado, juró todo lo que quiso el paje, y volvió al baile.

## X.

El jóven conde tuvo cuidado de no presentarse ante la princesa, y se contentó con vagar en torno del salon, tan pronto viéndola bailar como desliziéndose por las galerías en seguimiento de algunos grupos misteriosos, que parecian ocuparse de negocios más graves que el baile.

San Julian, transformado voluntariamente en espía, estaba triste: era la primera vez que buscaba la verdad por medios reprobados.

Sentía despecho al ver que le habian tratado como un niño, que habia vivido seis meses encerrado en un rincon del palacio, donde él solo tal vez ignoraba lo que tenia interés en saber. Y creia vengarse rechazando las convenciones que, engañándole, le habian hecho feliz.

San Julian tenia en grado creciente ese desden brutal que todos los hombres tienen respecto á las mujeres. No se las estima sino en tanto que las estima el mundo, y se mira como una vergüenza ser solos en hacerles justicia.

San Julian habia notado desde el principio del baile las asiduidades del duque de Gurck, jóven y hermoso corintio, que habia llegado la víspera, y

en honor del cual, según se decía, se había ordenado aquella soberbia fiesta.

Notó después que el furor del duque palidecía sensiblemente, que su conversacion se enfriaba, y en fin, que en el círculo brillante en que Quintilia arrastraba sus planetas, resplandecía con vivos fulgores la estrella del conde de Steinach, en tanto que la del duque se alejaba del centro de atraccion y perdía su brillo, como un mundo abandonado del germen celeste de luz y de vida.

San Julian vió al duque tocar en el hombro de Shrab, su consejero privado, y un momento después los dos se esquivaron por distintos lados, desapareciendo de la sala.

San Julian siguió con precaucion á Gurck, que había salido el último, le vió reunirse á su compañero cerca de un estanque, y protegido por los sombríos bosquecillos del parque, oyó la conversacion de los dos austriacos.

—Y bien,—decía Shrab,—creo que nuestra mision está terminada, y que Steinach ha alcanzado ventaja.

—Desesperaría como vos,—respondió el duque,—si no tuviese en este negocio otro interés que el de nuestro señor; pero se trata por mi parte de una ambicion más personal. La princesa es encantadora, y quiero sostener este papel por mi cuenta.

—Entiendo,—dijo Shrab;—pero ¿y si se burla de Steinach y de vos?

—Siempre nos quedará el recurso de reclamar el *hombre perdido*.

—Dirá que no tiene que daros cuentas, y que ignora lo que ha pasado.

—La intimaré, en nombre de mi soberano; que presente á Máx, ó las pruebas de su muerte...

—Esa es una exigencia absurda é injusta; responderá que...

Al llegar á este punto, los dos interlocutores se alejaron, y San Julian no pudo oír más. No quiso seguirlos y se volvió al baile.

Cuando subía la escalera encontró á Galeotto, que le buscaba.

Llévome el paje á una galería y le dijo:

—Acabo de descubrir un secreto de Estado.

—Y yo,—dijo San Julian,—acabo de entrever un misterio de iniquidad.

—¡Oh! Tu historia parece más importante que la mía. Cuenta, pues.

San Julian refirió lo que había oído.

—Eso nada nos enseña,—dijo Galeotto,—sabemos de ese asunto tanto como esas gentes. En cuanto á los proyectos del duque de Gurck, voy á explicarte lo que son. El encantador principado en que vivimos, ha tenido el honor de atraer las poderosas miradas de un vecino que, queriendo recom-

pensar con él á uno de sus favoritos, ha entrado aquí al conde de Steinach para que subyugue á la princesa, se case con ella y alcance este señorío.

Por otro lado, un segundo vecino, no ménos poderoso, quiere hacer entrar á nuestra soberana en cierta alianza, y con el objeto de destruir los proyectos del conde de Steinach, que le son perjudiciales, se ha sabido del duque de Gurck y de su secretario Shrab, que con su belleza el uno, y con su elocuencia el otro, deben intentar que Quintilia se aparte de cualquiera alianza que no sea la de su señor. Tenemos, pues, á la princesa, colocada entre el duque y el conde, que aspiran á la dicha de ser sus amigos íntimos, lo que prueba que has sido un torpe en hacer tu declaracion, despues de perder seis meses, precisamente cuando Quintilia tiraba su pluma al rio y se disfrazaba de gusano de luz para ir á bailar con esos dos personajes magníficamente bordados é impertinentes hasta la exageracion.

—¿Y cómo has hecho para descubrir todo eso?

—He sido seducido.

—¿Cómo!

—Me he vendido.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que he fingido venderme. Me he pegado al paje del conde de Steniach, le he inspirado confianza y le he hecho decir lo que me faltaba saber para adivinar el resto. Me he mostrado admirador entusiasta del conde, he expresado mis ardientes deseos de tenerle por señor; y el paje, encantado de verme tan bien dispuesto y creyéndome más influyente con la persona de lo que soy verdaderamente, se ha comprometido á presentarme al conde mañana mismo y hacer que agradezca mis servicios. Voy, pues, á llevar cumplidamente mi papel de paje; trata tú de hacerte auxiliar del duque y nos reíremos de unos y de otros hasta reventar de risa.

—Yo no tengo talento para eso. Por otra parte, dices que te has vendido.....

—¡Bah! el paje me ha prometido montes y montañas de su amo, y he fingido aceptar. Mañana mismo debo recibir un precioso caballo, que devolveré al conde cuando vea por tierra sus proyectos, pero en tanto me servirá de él tan perfectamente que cuando se lo vuelva puede que no tenga fuerzas para ir con él desde la caballeriza á casa del veterinario.

—Pero, ¿esa historia de Max?..—dijo San Julian preocupado.

—¡Bah! no tienes más que ideas lúgubres en la cabeza. Divirtámonos hoy, aunque, como á él, nos lleve el diablo mañana mismo.

## XI.

Cuando San Julian volvió á entrar en el baile; reparó en un personaje, al cual no habia visto todavía.

Era un bonito escarabajo, llamado por los naturalistas piojillo de la azucena, de un color rojo brillante, y con una fisonomía muy espiritual.

Este escarabajo producía en el baile una gran sensacion, no solo por la perfeccion de su traje, sino por lo bien imitado de su cabeza.

Llevaba una careta tan semejante á la natural, que el profesor de entomología de la corte se frotó el ojo izquierdo, y se preguntó si no tenia ante la pupila el vidrio de su excelente microscopio, provisto de un verdadero insecto. Estaba tan convencido de que aquel gigantesco escarabajo era real y verdadero, que cayó en una especie de delirio, y levantándose del sillón, exclamó con voz suplicante:

—¡Perdóname, perdóname, sublime Creador, la muerte de tantos insectos inofensivos! ¡Sí, lo confieso! ¡he sacrificado las más inocentes mariposas! ¡he atravesado con un alfiler los más irreprochables coleópteros! pero lo he hecho por odio, lo juro, lo juro por la luna que...

—¡Por amor de Dios, contenedos, mi querido doctor Cantárida!—exclamó la princesa mordiendo un pañuelo para no soltar la carcajada.

Pero habiéndose acercado el piojillo, como todos los demás, para saber la causa del desfallecimiento del doctor Cantárida, el infortunado sábio, al ver cerca de sí aquel escarabajillo tan bien imitado, exclamó con frenesí:

—¡Oh! ¡espectro espantable! ¡fitófago gigantesco! ¡perdóname, aléjate!... ¡Es cierto que la noche pasada te traspasé con un alfiler, te despedacé miembro por miembro, víscera por víscera! ¡Perdónemelo Dios! ¡Yo no tenia derecho á tratarte tan cruelmente!... Pero, apártate, aléjate... ¿Qué seria de mí si todos los insectos que han muerto á mis manos se presentasen ante mi vista, amenazándome con sus agujijones?...

La princesa no pudo mantener su gravedad al oír este discurso extraordinario, y rompió á reír á carcajadas.

Acto contínuo todos los cortesanos, aun los que no habian oído una palabra, se entregaron á la hilaridad más descompuesta, y hubo algunos que trataron de llamar su atencion, arrojandose por el suelo.

El pobre Cantárida creyó llegada su última hora, y, trémulo de espanto, huyó gritando con voz ahogada:

—¡Escarabajo! ¡Escarabajillo!...

La princesa, temiendo que le diese un accidente, impuso silencio con un gesto, y alcanzando al pobre Cantárida, le dijo:

—Mi querido doctor, calmaos; estais soñando. Vamos, venid á admirar el magnífico traje de ese piojillo.

—Señora,—murmuró Cantárida,—si en algo me apreciáis, haced que ese espantable insecto no se presente jamás ante mis ojos. No; ese es un verdadero escarabajo... Yo no hubiera podido imitarle con tanta perfeccion, y solo hay un hombre en el mundo que sea superior á mí en esta clase de conocimientos: es un j6ven que he conocido en París y que se llama...

En aquel momento el escarabajo, que estaba detrás del doctor Cantárida, se inclinó hácia él y le dijo un nombre que le hizo estremecerse.

—¡Justo cielo!—exclamó;—¿es cierto eso?

Y lanzándose á los brazos del escarabajo, lo estrechó contra su pecho con tanta fuerza, que se rompió un ala y tres patas.

La princesa dijo que el escarabajo hablase amistosamente con el doctor, y al volver al baile encontró al abate Scipion, que estaba encargado de las funciones de maestro de ceremonias, y que la pidió el favor de algunos momentos de atencion.

Quintilia le llevó á un balcon volado; y San Julian, saliendo por otra vidriera, se encontró detrás de ella, oculto tras una maceta de rosas y clematidas.

—Vuestra alteza,—dijo el abate,—me dió por consigna que ninguna persona enmascarada entrara en el baile, advirtiéndome que sólo podrian llevar narices postizas, ojos de vidrio...

—¿Y bien?

—Ese escarabajo, á quien el doctor Cantárida llama piojillo de la azucena, lleva una careta que no deja ver su semblante.

Quintilia hizo un gesto de impaciencia.

—He creído de mi deber poner esta infraccion en conocimiento de vuestra alteza; pero si vuestra alteza aprueba...

—No por cierto,—respondió la princesa;—¿quién se ha permitido faltar así á mis órdenes! ¿Cómo se llama?...

—Lo ignoro, señora...

—¿Cómo, abate! ¿Hay aquí, en mis salones, una persona cuyo nombre no sabéis? ¿Y á eso llamáis cumplir vuestro deber?

—Señora...

—Id, id á saber el nombre de ese atrevido, y si no ha sido invitado, hacédle arrojar al momento. Id; aquí espero vuestra respuesta.

El pobre abate, pálido é inundado de sudor, se lanzó al salon.

—Caballero,—dijo al escarabajo con gran arrogancia,—¿quién sois? Su alteza quiere saberlo.

El insecto se inclinó al oído del pobre abate, y le dijo su nombre; pero no hizo en él tanto efecto como en el doctor Cantárida.

—No os conozco,—dijo el abate,—y como no habeis sido invitado, vais á salir al momento.

—Decid antes mi nombre á la princesa, y si ella me manda marchar...

El abate iba á contestar, cuando se interpuso el doctor Cantárida.

—¡Cómo!—exclamó;—¡hacer salir á un hombre como él, al primer entomólogo del mundo!... Permaneced aquí, amigo mio: yo me encargo de esto, y voy con el abate á decir quién sois á la princesa.

—Es inútil,—replicó el escarabajo;—la princesa me conoce, y bastará que el señor le diga mi nombre.

El abate cedió y volvió al lado de la princesa, que le esperaba junto al balcón... Apenas tuvo fuerzas para murmurar á su oído el nombre del escarabajo.

—¡Rosenhain!—exclamó la princesa tras un grito de alegría.

Y tras un momento de silencio, arrojó en torno suyo una mirada investigadora, y añadió volviéndose al abate:

—¡Sobre todo, sed mudo como si estuviérais muerto!

—¡Me parece,—murmuró San Julian,—que voy descubriendo algo!

La princesa permaneció un momento inmóvil, alzó luego los ojos al cielo, y por fin se dirigió al salon del baile.

San Julian buscó con la mirada al desconocido; pero no lo encontró.

La princesa se retiró poco despues.

San Julian no pudo descubrir nada en el resto de la noche; y al retirarse encontró á Galeotto, que subía con aire preocupado:

—¿A dónde vas?—le preguntó.

—Busco al escarabajo,—respondió el paje;—pero debe haber volado como un verdadero mosquito, porque no le encuentro.

—Creo que hoy no descubriremos más,—dijo San Julian;—estoy muerto de fatiga, y voy á acostarme.

—Pues yo he jurado no descansar hasta saber quién es ese extranjero.

—¿Sabeis quién es Rosenhain?

—No por cierto.

—En ese caso no sabemos nada,—repuso San Julian.

Y se dirigió á su cuarto.

## XII.

—¡Cómo, mi querido Cantárida!—decía al día siguiente Quintilia á su sábio bibliotecario,—¿toda aquella escena trágica no era más que una farsa?

—Como he tenido el honor de decirlo, ilustre princesa.

—¿Y si yo la encontrase impertinente?

—Confieso que ha podido ser de mal gusto; pero vuestra alteza debe excusarme comprendiendo mi adhesion.

—Sin duda, amigo mio; pero guárdate de que no se trasluzca que no ha sido una broma...

—Más de treinta personas,—respondió el sábio,—han venido esta mañana á informarse del estado de mi salud, y para no hacerme traicion, he afectado evitar cuidadosamente toda conversacion acerca de los insectos.

—Perfectamente. Pero explícame una circunstancia que no comprendo. Nuestro amigo me ha referido que, queriendo sorprenderme, te habia avisado su llegada, que te ocultaste en el pabellon, que la disfrazaste de escarabajo, y que, queriendo llamar mi atencion, pronunciaste aquel grotesco discurso; pero dime, ¿por qué, apenas el escarabajo te dijo su nombre, diste un grito de alegría y te arrojaste en sus brazos?

—Era, ilustre señora, para fijar completamente vuestra atencion. Toda esta escena estaba concertada entre él y yo: él debia, pasando entre vuestra alteza y yo, pronunciar su nombre bastante alto para que fuese oido de dos personas; pero, por desgracia, vuestra alteza fué importunada en aquel momento por el duque de Gurck, y nuestro amigo, que queria evitar las miradas de ese señor, me llevó un poco más lejos, dejando para un momento más propicio...

—¿No os parece,—interrumpió Quintilia,—que alguien acaba de pasar por detrás de esa ventana? He creido ver una sombra en el muro.

—Pues seamos prudentes, y cerremos los vidrios y la puerta.

Y diciendo esto, el profesor cerró la ventana, tras la cual el pequeño Galeotto, acurrucado entre los jazmines, habia escuchado la conversacion precedente. No pudo oir más, y volvió al palacio despechado por haber sido prevenido cuando esperaba descubrir un gran secreto.

Aquel día y aquella noche pasaron sin que el paje ni San Julian pudiesen acercarse á la princesa, nada más que en público. El primero demostraba tanta actividad y travesura en sus pesquisas, que habia animado un poco á San Julian, el cual seguia desempeñando su oficio de espía.



Sin embargo, al cabo de cuarenta y ocho horas, el papel que desempeñaba, se le hizo insoportable. Sentíase dominado por la tristeza, y cuando los primeros acordes del concierto de palacio dieron la señal de abrirse los salones, el jóven se envolvió en su capa, atravesó el parque, traspuso la

verja y ganó una de las colinas que rodeaban la capital, vagando por el campo durante una hora.

Cuando se cansó de andar, se detuvo, se tendió sobre la yerba, y contempló en la penumbra de la noche el paisaje muerto que se desplegaba ante sus ojos. Al mismo tiempo escuchaba las armonías del concierto, cuyos acordes llegaban hasta él debilitados por la distancia.

Un *rinforzando* de todos los instrumentos le anunció el final de la fiesta, y al fin, no llegando á sus oídos otro rumor que el de un arroyo que por allí cerca corría, se levantó para marcharse.

Entonces reparó en un hombre de figura elegante que estaba de pie á algunos pasos de él, y que parecía participar de su éxtasis.

Cuando San Julian pasó á su lado, el desconocido le saludó cortesmente, y le siguió á poca distancia; pero á los pocos minutos se dirigió á él, y le rogó que le esperase un poco.

—¿Qué deseais, caballero?—preguntó San Julian.

El desconocido reconoció en estas palabras el acento francés de San Julian, y expresándose en este idioma, aunque con acento alemán, le pidió permiso para volver con él á la ciudad.

—Con mucho gusto,—respondió San Julian, á quien gustaron el acento y las maneras del desconocido;—acortaré el paso, y estoy seguro de que vuestra conversacion me impedirá apreciar este retardo.

En efecto, los dos jóvenes hablaron de todo, en términos generales, como hablan dos personas que no se conocen, y esta conversacion les fué tan agradable que estableció entre ellos cierta simpatía.

El desconocido propuso á San Julian entrar en una botillería; aceptó el conde, y habiendo pedido cerveza y tabaco, pasaron todavía una hora juntos.

—Soy de Munich,—dijo el extranjero,—me llamo Spark y tengo treinta años. Soy estudiante, y pobre; pero me contento con mi suerte, y no hallo mala la vida. Hace algun tiempo que viajo para instruirme, y he encontrado tan agradable esta poblacion, que aún permaneceré en ella algunas semanas. Si en ello no veis inconveniente, yo tendré mucho gusto en que nos veamos y demos algunos paseos juntos.

San Julian aceptó con alegría, y se dieron cita para el dia siguiente, á la misma hora y en el mismo sitio.

Cuando San Julian entró en el palacio la fiesta habia terminado por completo, y la princesa, fatigada de la velada, se retiraba á su habitacion.

Apenas el secretario particular habia entrado en la suya, cuando llama-

ron suavemente á la puerta, y la voz de Ginetta le dijo que su alteza le llamaba.

## XIII.

Quintilia estaba sentada cerca de la ventana, sumergida en una especie de ensueño. Apenas entró San Julian, le hizo seña de que se sentase á su lado; Ginetta salió, y la princesa, tendiendo al jóven su mano, le dijo con voz dulce:

—Seamos amigos.

San Julian, turbado y trémulo, apenas tocó la mano que le tendían.

—He sido severa con vos,—dijo Quintilia,—y vos habeis sido injusto conmigo. Habeis querido tratarme como á una mujer vulgar, y os habeis engañado. Yo sé que en mi conducta y en mi carácter, se vé algo extraño; pero ni la desconfianza, ni la envidia, ni las consideraciones sociales, podrán hacerme desviar un ápice de mi camino. Soy la misma que era cuando me hice independiente, y solo tengo que dar cuenta de mí á Dios y á la tumba.

La última palabra de la princesa hizo estremecer al jóven.

Quintilia continuó:

—Absolutamente insensible á las pequeñas ambiciones de las almas vulgares, tengo una ambicion extraña y superior. Amo la casa, la fatiga, la ciencia, el arte; sueño con una amistad noble y sincera, y reservo aparte un lugar para el amor. La amistad me ha engañado con mucha frecuencia; y sin embargo, aun creo en ella. Mi alma está acostumbrada á esperar; pero si esta esperanza se hiciese al fin irrealizable, sabria vivir sin ella. Con todo, mi vida seria más bella, mi corazon más estoico, mi conducta más firme, mi conciencia más feliz, si la amistad me conviene. Por eso, conde, he hecho por vos lo que no habia hecho por nadie... Si teneis el alma digna y el corazon puro, comprendereis qué gran prueba de amistad os doy al hablaros así.

San Julian, subyugado, se inclinó profundamente.

—Permanecer fiel á un juramento, á un recuerdo, á un nombre,—continuó la princesa,—no es siempre fácil para una mujer rica y adulada. Yo guardo mi secreto tan religiosamente como mi corazon, y rechazando todo alarde de sentimiento, marchó con la frente alta, la mano abierta y el corazon tranquilo por un camino oculto, sin decir cuál es mi objeto. ¿Habeis visto mucho malo en torno mio?

—No, señora,—respondió el jóven.

—En un principio sentí un sufrimiento amargo,—continuó Quintilia;—pero Dios hizo un milagro, y vuelvo á ser feliz. Este es un secreto que no puedo revelaros hoy; pero que os revelaré algun dia. Me habeis juzgado por las apariencias, como haceis con todo; pero de ese modo se defrauda la amistad: y defraudar una amistad es tener una gran pérdida, pues el que encontrase en su vida una sola amistad sincera, casi podria pasar sin amor. Pues bien, yo he buscado un amigo, y he expuesto por encontrarlo más que mi vida; he expuesto mi reputacion, y Dios sabe si he debido ser burlada é insultada por los que, no comprendiéndome, me han tomado por objeto de sus viles ambiciones. ¿Habeis creido, tal vez, viéndome seguir mi camino, que no oia los gritos que me perseguian? ¿Pensais que acojo imprudentemente á un hombre como amigo ó como servidor, sin saber que le harán pasar por mi amante, y que tal vez él mismo equivocará mi afecto? Yo sé ó preveo todos los peligros; pero los desprecio y sigo mi marcha, protegida por mi lealtad. Tal vez un dia el mundo me comprenda; pero si ese dia no llega, nó importa: habré abierto el camino á otras mujeres. Otras alcanzarán esto; otras se atreverán á ser francas, y sin despojarse de la dulzura de su sexo, adquirirán la firmeza del vuestro; otras podrán confiar en su propia fuerza, arrojar lejos de sí la hipócrita prudencia, máscara del vicio, y sin que su amante las cele ó las espíe, decirle: "Este es mi amigo."

—¡Sueño dorado!—exclamó San Julian,—¡esperanza de un alma entusiasta!

—No, yo no soy entusiasta; no soy tampoco una mujer virtuosa: no sé lo que es la virtud; pero creo en ella, como se cree en Dios; sin definirla, sin comprenderla. Yo no sé lo que es combatir conmigo misma; jamás me he impuesto trabas y he seguido ciegamente mis inspiraciones. Una mujer que no ama el vicio, no debe temerle y puede atravesar por sus fangales sin miedo de manchar la blancura de su túnica; puede tocar las heridas de las almas laceradas, como la hermana de la caridad toca la lepra de los apestados, y tiene el derecho de tolerancia y de perdon. Nunca he creido que esto fuese difícil para las almas bien dirigidas; pero ¡qué pocas lo son! Yo deploro que haya almas débiles; pero no las ultrajo... y esa es la gran falta que se me reprocha. Yo sé la ironía con que se han acogido mis esfuerzos cuando he querido sostener y consolar á los que la multitud insultaba; pero entonces he hecho uso de la fuerza que Dios me ha otorgado y he permitido á mi frente alzarse contra la injusticia. Por eso me he entregado á los ultrajes de los judíos, como el Redentor divino, y he cubierto mi corazon con

una coraza de desden para proteger la piedad: los que se han refugiado bajo mi égida, no por eso se han librado de los insultos, y en cambio, el populacho ha gritado y se ha burlado también en pos de mí.

—Lo sé, señora,—dijo San Julian;—dos ó tres días hace que vino en torno mio, y sé que la multitud, viéndose acoger mujeres descarriadas y proteger hombres perseguidos, os acusa de participar de sus faltas. Y, por mi parte, admiraría el valor con que los perdonais, con que los elevais, si no comprendiese que otra vez tendreis que arrojarlos y abatirlos...

—¿Creeis acaso, San Julian, que no hay cura completa para mis enfermos? Yo no desconfío de nadie, y puede que los dos tengamos razon: vos, si me dais un consejo de prudencia; yo, si me impongo un deber de misericordia. Toda la cuestion está en saber si tengo bastante fuerza para aceptar las consecuencias de mis beneficios: si la tengo, ¿quién puede reprocharme? ¿No tengo el derecho de perjudicarme?

—¿Que extraño carácter!—dijo San Julian.

—Decís lo que me han dicho con mucha frecuencia. Yo, en cambio, me sorprendo de parecer excéntrica. Cuando empecé mi obra, esperaba encontrar auxiliares y amigos... ¡cuál fué mi sorpresa al hacerme comprender que estaba loca! ¡Loca!... ¡Sois vosotros, vosotros todos, los que estais locos!

—Pero, señora, ¿qué beneficio haceis á los malvados protegiendo su insolencia?

—Yo no protejo la insolencia; yo no acojo más que el dolor y el arrepentimiento.

—O la hipocresía que toma su máscara.

—Es verdad que he sido engañada; pero esas son las espinas del camino. ¿Y hemos de volver atrás, porque encontremos espinas, cuando oimos más lejos gritos que nos llaman? El temor de ser engañado es el pretexto de los egoistas. No se puede dar limosnas sin hacer gastos.

—¡Ah! ¡Señora, habeis nacido para reinar sobre un gran pueblo y hacer grandes cosas!

—O tal vez para ser hermana de la Caridad: era mi verdadero papel, y no lo he comprendido.

—Pero, señora, para mejorar la suerte de esos miserables, ¿habeis ennoblecido sus almas? ¿habeis dulcificado sus sentimientos? Muchas veces hemos hablado de esto, y me habeis confesado que nuestros votos en este punto nunca se vieron cumplidos. Bien acá tenemos un ejemplo: Luciola pasaba por un ambicioso y un embustero; vuestra tolerancia os cerró los ojos por

mucho tiempo, le levántasteis hasta vuestra confianza, y poco despues tuvisteis que ver claro y rechazarle.

—Una espina que me pinchó en el pié, y nada más. El dia que ese humilde servidor se hizo insolente, le rechacé, es verdad; pero si me hubiera aprovechado de la leccion no os hubiera traído consigo ni os hubiera concedido mi confianza, temiendo que fuérais un segundo Lucioli. Ya veis que los locos tenemos vuestra sabiduría, que vale tanto como otra cualquiera.

Esta respuesta aturdió al jóven.

—Sois grande y noble,—dijo,—y no soy digno de ser vuestro amigo.

—Esperad, conde; todavía no nos hemos reconciliado. Os he explicado mi carácter y mis ideas, y me habeis comprendido. Falta que me creais y no os he dado prueba alguna de mi sinceridad.

San Julian se estremeció de alegría.

—¡Oh! ¡Sí, sí!—exclamó,—¡dadme una prueba de que sois verdadera, y permaneceré toda mi vida á vuestro servicio, y ahogaré mi amor en mi pecho antes que importunaros jamás!...

Detúvose por que vió la mirada de Quintilia detenerse en él con frialdad y desden.

La princesa recobró su expresion tranquila, y señalando un cofrecillo de sándalo incrustado de nácar, dijo:

—Podria abrir ese cofrecillo y daros pruebas irrecusables de la lealtad de toda mi vida; pero ¿vale ese precio vuestra amistad, San Julian?

El jóven palideció y guardó silencio.

—Hace algun tiempo teniais confianza en mí,—dijo la princesa;—¿por qué la habeis perdido?

—No me condeneis á decíroslo, señora: apariencias, rumores ridículos, vuestras maneras, vuestras escentricidades, vuestros gustos... Pero, ¿para qué quereis mi estimacion?

—Sois brutal,—exclamó la princesa,—y ningun hombre de vuestra edad se ha atrevido á hablarme como vos lo haceis. Eso es lo que hace que os estime y que quiera ser estimada por vos. Y ved lo que es la confianza: yo podria pensar en este momento que sois el más astuto y el más hábil de los ambiciosos, oculto bajo una máscara de ruda franqueza... y no lo pienso: sé que no me engañaís y que hablais con el corazon. Quereis que me justifique... sea. Hé aquí la llave de ese cofrecillo.

Y la arrojó con cólera á los piés del jóven:

—No la recogeré,—repuso el jóven con despecho,—me mirais como á un insolente; lo he merecido, y me alejo.

—Adios, pues,—dijo Quintilia tendiéndole la mano;—es doloroso que no podamos ser amigos como lo fuimos hasta ayer.

Aproximóse el jóven para tomar su mano, y vió que Quintilia lloraba.

Toda su cólera desapareció, y deteniéndose ante ella con el aire de un niño que no se atreve á pedir perdon, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Ah! exclamó la princesa,—¿es posible que mis amigos me hagan sufrir tanto? ¿Por qué no son como yo? ¿Por qué no creen en mí como yo creo en ellos? ¿Por qué soy despreciada por los unos y desconfiada por los otros? ¿Cuando toda mi vida ha sido un eterno sacrificio á la amistad, es necesario que compre la confianza de aquellos á quien doy la mia! Cuando os recogí en un camino, herido, hambriento, cubierto de barro, ¿porqué no os tomé por un vagabundo de baja estofa? ¿Por qué creí en el candor de vuestra mirada y en la nobleza de vuestras palabras?... ¡Ah! ¡Preguntais á otro lo que debeis pensar de mí y no os lo dice el corazon! ¿Que me importará vuestro aprecio cuando se obligatorio. Me darán entónces lo que es debido y nada absolutamente os deberé...

—Teneis razon,—exclamó el jóven arrojándose á sus piés;—guardad vuestras pruebas, guardad vuestro amor para quien le merezca. En cuanto á mi amistad, á mi respeto, á mi adhesion, ponedlos á prueba y no os faltarán, No, no os faltarán amigos, y si os faltan, yo haré que mi amistad valga por todas.

Quintilia se arrojó á su cuello derramando lágrimas y le abrazó con la efusion de una hermana.

En aquel momento llamaron suavemente á la puerta, y la princesa fué á abrir.

Era Ginetta, que estaba encargada de una comision urgente.

La princesa salió con ella al balcon, haciendo á San Julian seña de que la esperase. La conversacion le pareció larga, y cediendo á la emocion deliciosa que llenaba su corazon, deseaba vivamente que volviese Quintilia para oir de sus lábios una palabra amistosa antes de retirarse.

Maquinalmente puso su mano sobre el reloj de la princesa y le abrió como para contar los minutos que Ginetta le robaba. Dirigiendo la mirada al interior de la tapa, un frio mortal pasó por sus venas, oprimióle un recuerdo confuso, é inclinándose hácia una bugía, leyó distintamente el nombre de Cárlos Dostan.

—¡Infame!—dijo con cólera arrojando violentamente el reloj sobre la mesa.

Pero, queriendo convencerse de que sus ojos no le habían engañado, le cogió de nuevo, observó la caja de platino con incrustaciones de oro y vió que era exactamente igual al reloj que el viajero pálido le había enseñado en Aviñon.

Al adquirir la prueba irrecusable de la veracidad de la historia que le refirió Carlos Dostan, una indignacion profunda se apoderó del jóven. Aquella mujer, que tan elocuentemente esponia la franqueza de su alma, no le pareció más que una cómica despreciable que representaba todos los papeles y despreciaba todas las virtudes.

Quintilia entró en aquel momento y San Julian trató de ocultar el estado en que se hallaba; pero se tomó un trabajo inútil; la princesa pensaba en otra cosa.

—¡Vivo, vivo!—dijo á Ginetta,—¡mi abrigo de capucha y la linternilla sorda!

Apercibióse de pronto de la presencia de San Julian, y pareció un poco contrariada. Sin embargo, se acercó á él con mucho aplomo y le tendió la mano deseándole buena noche.

San Julian besó aquella mano tratando de tomar la insolencia afectada de un cortesano y se despidió con la frase más impertinente que pudo encontrar. Quintilia no le entendió y se contentó con contestarle.

—Sí, sí, hasta mañana. Buenas noches, mi querido hijo.

#### XIV.

El pobre secretario entró lleno de cólera en el cuarto de Galeotto, que se habia dormido leyendo una novela.

—¡Ah! ¡eres tú!—dijo el paje con voz soñolienta;—¿de dónde vienes?

—Del cuarto de la Cavalcanti,—respondió San Julian.

—¡Oh! ¿Qué es eso?—dijo el paje incorporándose.—O acabais de ser arrojado, señor secretario particular, ó sois el más feliz de los hombres. En ese caso, permitid que me quite mi gorro de dormir para saludar á vuestra alteza. ¡Príncipe por treinta y seis horas á lo ménos!

—Jamás descenderé tanto,—respondió San Julian.

—¿Qué te ha sucedido?

—Nada, Galeotto, sino que ya sé á qué atenerme respecto á esa mujer. La haciais demasiado honor cuando la tratabais de pedante, cuando deciais que tal vez no tenia sensibilidad suficiente para cometer una falta. No, no es eso. Es una farsante sin pudor que se entrega á todos los vicios y que tie-

re la pretension de ser un modelo de castidad; es una cortesana despreciable, con toda la burlona hipocresía de una marquesa de la regencia; es lo que hay más odioso en el mundo: el vicio bajo la máscara de la virtud.

Y despues de este prefacio San Julian refirió su entrevista con Quintilia.

—Cansado estoy de saber eso,—respondió Galeotto con aire pensativo,— y cada dia me sorprende más. Esa mujer es muy hábil, y ha habido dias en que ha llegado á engañarme ¿Estais seguro de no equivocaros?

—Seguro estoy, Galeotto, y me encuentro más consternado que vos.

—¡Es que yo no lo estoy, diablo! ¡Todo al contrario! Creo que, despues de saber todo eso, soy capaz de enamorarme de esa mujer.

—¡Cómo! ¡Cuando debíais despreciarla!

—¡Despreciarla! ¡ni mucho menos! Me burlaba de ella cuando la creia pedante y ridícula; pero me parece admirable ahora que comprendo su talento. ¿Sabeis que es una mujer superior, una verdadera mujer de corazon, capaz de revolver el mundo si estuviera á la cabeza de un vasto imperio? No, no me avergüenzo de ser su paje: á su lado puedo aprender mucho, y para aprovechar mejor sus lecciones quiero ser su amante, por más que la cosa me parezca difícil.

—No, no es difícil,—repuso San Julian;—basta que os vea en la calle y que le guste vuestra figura para que os abra su cócha y os introduzca en sus habitaciones.

—Pues bien; razon de más. Mujeres que tienen semejantes deseos y que los satisfacen de esa manera, no son abordables para todo el mundo. Se puede vivir con ellas bajo el mismo techo durante diez años sin obtener el más pequeño favor; resisten al seductor más hábil y audaz, y no se las toma más que por sorpresa. Ahora apuesto á que Lucioli no ha sido jamás su amante: ese pobre hombre es demasiado torpe. Tal vez le habria abierto la puerta de la alcoba si él hubiera ocultado su intencion de entrar en la sala del consejo. En cuanto á mí, no trato de ser príncipe: trataré de merecer su confianza, y la haré que me enseñe á reinar sobre los hombres por medio de la mentira.

—¿Es decir que lo que hace que yo la desprecie os reconcilia con ella?

—Precisamente; pero no dejaré por eso de espiar é inquirir como lo venimos haciendo; todo al contrario, espiaré con más celo que nunca. No tengáis miedo; suceda lo que quiera, no os haré traición.

—Podeis hacérmela si os conviene, porque no he de estar aquí mucho tiempo. Pero hacedme un favor: referidme la historia de Max.

—Pues no será larga. Max era el amante de su alteza, y cuando la muerte del duque, su esposo, se encontró soberana, libre y absoluta, Max gozaba de tal favor que todos creían le haría su esposo. Tratábanle todos con un profundo respeto, por más que fuere un bastardo; pero una noche, después de cenar, cuando el monarquino de Hungría se había subido á la cabeza, el favorito quiso echárselas de amo en presencia de su alteza, que frunció levemente el entrecejo y no dijo una palabra. A la mañana siguiente los servidores de Max no le encontraron en su cuarto, ni en el palacio, ni en la ciudad, ni en la provincia. Se le buscó y todo fué en vano. No volvió á parecer, no se ha vuelto á oír hablar de él, y es de creer que hubo un asesinato muy bien ejecutado.

—¿Y nadie ha pedido venganza de ese atentado?

—Max era un bastardo del cual nadie se cuidaba, y la cosa quedó en tal estado. Pero sucede que hay ahora quien quiere servirse de su nombre como de un espantajo para obligar á su alteza á adherirse á cierta política, y el duque de Gurck imagina una bonita reclamación de la persona de Max para el caso de que sus homenajes sean rechazados.

—¡Es la justicia del cielo que cae sobre el crimen impune!

—¡Bah! Yo creo que fué un golpe magnífico para una princesa de diez y seis años.

—¡Horror!

—¡Bah! Hacer eso y no sentir remordimiento, y no tener ni un recuerdo amargo, es ser un gran míope, es tener una gran fuerza de voluntad, y hay muchos hombres que no la tienen.

—Yo espero que vos no la tendreis,—dijo San Julian, volviéndole la espalda.

—Esperad un momento,—exclamó Galeotto,—¿habeis descubierto algo sobre Rosenhaim?

—Nada absolutamente.

—¿Qué habrá sido de él? El doctor Cantárida está en el secreto: había atravesado al escarabajo con un alfiler y le tenía clavado en un carton.

—¿Y á qué inquietarse por lo que sucede á un hombre en una corte don de un importuno se evapora como una gota de agua?—exclamó San Julian.

—Creo que tratas de burlarte de mis metáforas; pero te perdono si te encargas de penetrar en el pabellon del parque.

—¿En el pabellon en que hace sus esperiencias el profesor de historia natural?

—Precisamente.

—¿Acaso se oculta allí el amante misterioso que hoy domina, M. de Rosenhaim?

—Tal vez; pero ese amante puede ser más que un amante... La Rosenhaim me hace el efecto de un antídoto opuesto á los filtros de Gurn y de Steinach. Pero, en fin, solo hace tres días que está aquí, y hace tres años que veo á la princesa frecuentar el pabellon. ¿Sabes un cuento que me ha contado Ginetta?

—Veamos.

—Hablabamos un día de si la princesa amaba ó no amaba á Max, y Ginetta dijo que la prueba de que á pesar de todo le amaba, es que todos los días va á encerrarse en el subterráneo del pabellon, cerca de un sepulcro de mármol que ha hecho construir secretamente.

—¿Y es verdad eso?

—No sé; las mujeres son tan romancescas... ¡Bah! En este mundo es necesario creerlo todo ó no creer nada; sobre todo ver y creer.

—Pero, en fin, ese sepulcro de mármol...

—Contiene una caja de oro, segun dice Ginetta.

—¿Y qué contiene esa caja de oro?

—No lo sé, y Ginetta dice que tampoco lo sabe; pero añade que esta caja tiene la forma y el volúmen de las que sirven para conservar corazones humanos.

—¡Esa historia es horrible! ¡esa mujer es una fiera!—exclamó San Julian.—¡Bien dice que tiene enterrado su corazón! Afortunadamente no ha dicho que hubiese enterrado su cuerpo, y ha dicho bien, porque se le podría desmentir... ¡Ah! Levantaos y venid á la ventana. ¿Veis esa lucecilla pálida que va por las alamedas del parque? Es la linterna sorda que por orden de Quintilia ha encendido Ginetta para ir á la cita.

—¿De veras?—exclamó el paje vistiéndose precipitadamente.

—Como lo oís: fué una distraccion que tuvo delante de mí. Pero, ¿qué haceis?

—¡Pardiez! Vestirme y hechar á correr. ¡Se puede espiar una cita y no me lo dice, y me dejais estar charlando cuando debiera estar sobre la pista de la loba!

Y escapó medio desnudo, desbocándose como un gato en la sombra de los corredores.

Julian se metió en el lecho, pero tuvo un sueño espantoso. Soñó que algunos asesinos se arrojaban sobre él, le abrian el pecho, le arrancaban el

corazon, palpitante aun, y que Quintilia, vestida en una larga túnica roja, lo recibia en una caja de oro cincelado, toda llena de sangre.

## XV.

San Julian pasó el dia encerrado en su cuarto, resuelto á fingirse enfermo si la princesa le llamaba; pero no le llamó, y cansado de sufrir solo, salió á la caída de la tarde para distraerse un poco. Entonces se acordó del estudiante á quien habia conocido el dia anterior, y con el cual tenia una cita en la taberna del Sol de Oro.



Encontróle sentado á la mesa, fumando y acompañado de una botella de cerveza, tapada aun, y de dos vasos puestos boca abajo.

Saludáronse cordialmente; pero San Julian estaba preocupado en demasía, y el estudiante tuvo que hacer el gasto de la conversacion. Mostróse aun más amable que la víspera, y permanecieron juntos hasta las once de la noche.

A esta hora Spank se levantó, diciendo que era esclavo de sus costumbres regulares, y que nunca se acostaba más tarde, pero propuso que diesen juntos un paseo á la mañana siguiente.

Nada deseaba San Julian tanto como alejarse de la corte: hizo preguntar á Quintilia si tenia que darle algunas órdenes para el dia, y habiéndole contestado que quedaba en libertad para el resto de la semana, no paró en el palacio, durante muchos dias, más que las horas consagradas al sueño, y emuló el resto de su tiempo en pasear por las montañas, ya solo, ya acompañado del estudiante aleman, á quien le unia una simpatía cada vez mayor.

Spark era uno de esos hombres de naturaleza tan recta y armoniosa, que se los juzga en seguida, sin que haya luego que modificar el buen juicio que inspiran desde el primer momento. Hablaba con elegancia; pero no llegaba hasta esa coquetería de lenguaje propia de los espíritus frios. Tenia en la Providencia una confianza romancesca, mas no pueril, que parecia ser la consecuencia de una vida honrada y de un corazon generoso. Su sensibilidad no era fogosa é irreflexiva como la de San Julian, y el jóven sentia más á cada momento la necesidad de apoyarse en la dulzura y la tranquilidad de aquel alma más fuerte y más serena que la suya.

Oprimido por el despecho, devorado por la incertidumbre, no sabiendo qué resolver respecto de la princesa y respecto de sí mismo, se decidió á confiarse á aquel hombre tan inteligente y tan bueno, y á pedirle un consejo.

Galeotto habia sorprendido sus secretos y no los comprendia: por otra parte, el carácter de este jóven cortesano era demasiado opuesto al suyo para que pudiese encontrar alguna ventaja en su sociedad. Por el contrario, parecia que el paje tenia el privilegio de exasperar sus dolores y envenenar sus heridas.

Tomó, pues, el partido de consultar á Spark, y una mañana que estaban sentados sobre la yerba, cerca del sitio donde se habian conocido, San Julian rogó al estudiante suspender su curso de observaciones botánicas para hacer uno de psicología.

—¿Sobre quién?—preguntó Spark sonriendo;—¿sobre vos ó sobre mí?

—Sobre mí, querido Spark. Tengo un secreto que me ahoga, y que solo puedo confiar á vos.

—Hablad,—respondió el estudiante;—no rehusaré oiros afectando una modestia hipócrita. Los que temen escuchar una confidencia es porque tienen miedo de guardar un secreto ó de hacer un favor.

—Necesito, en efecto, que me hagais un gran favor; pero no es vuestro brazo lo que reclamo para salir del mal paso en que me encuentro. Es á vuestro corazon á quien llamo en socorro del mio; es á vuestra razon á quien quiero interrogar; es un buen consejo lo que os pido.

—Mucho pedir es, y no sé si podré satisfaceros. Haré lo que me sea posible, buscaremos los dos, y Dios nos ayudará.

—Estais en una posicion desinteresada respecto al asunto de que voy á hablaros; no conoceis á la persona de quien se trata, y la juzgareis sencillamente por los hechos que os voy á referir.

—Tened cuidado, mi querido amigo; eso es serio. Si desnaturalizais los hechos ó ignorais alguno, no podremos juzgar con verdadera rectitud.

—Juzgareis solamente lo que sé y lo que os diga; y como no estais bajo el encanto de la serpiente, podreis ver más claro que yo.

—Se trata de un asunto de amor, de una mujer, á lo que veo.

—Se trata de una mujer, sí. ¿Conoceis á la princesa Quintilia?

—¿Cómo quereis que la conozca, si solo hace ocho dias que estoy aquí?

—¿No os han hablado de ella?

—Sí; los infelices á quienes ha favorecido, los pobres á quienes ha socorrido me han hablado de ella como de una mujer bienhechora.

—Todas esas mujeres lo son,—dijo San Julian.

—¿Qué mujeres?—preguntó ingenuamente Spark.

—¡Ah! Ya veo que no la conoceis, pues de otro modo no me preguntaríais lo que es.

—Me parece que teneis ya vuestra opinion formada; y en ese caso, ¿para qué me consultais?

—Para saber si debo huir de ella y olvidarla, ó perseguirla y arrancarla el antifaz. Voy á contaros lo que me ha sucedido en el espacio de siete meses que llevo á su lado.

Spark escuchó la historia de San Julian con gran atencion, pero con tanta frialdad, que el narrador no pudo en manera alguna presentir el juicio que formaba su auditor. La tranquila fisonomía del estudiante no dejó ver ninguna expresion, y de sus lábios se escapaba el humo de su pipa en

nubes tan regulares, como si estuviera escuchando la lectura de un periódico.

Cuando San Julian hubo terminado, Spark hizo esa especie de gesto que se reduce á alargar un poco el lábio inferior, y que generalmente se traduce por estas palabras: "Todo eso no vale nada."

Después de un momento de silencio dejó la pipa sobre la yerba, y dijo:

—Amigo mío, antes de deciros lo que pienso de la princesa Quintilia, permitidme que os manifieste lo que pienso de vos. Sois muy noble, pero muy altivo; muy virtuoso, pero muy intolerante; muy severo, pero muy desconfiado. ¿De qué proviene eso? ¿Acaso habeis sido educado por algun cura católico?

—Sí,—respondió San Julian;—fué mi mejor amigo.

—Comprendo entonces vuestro carácter, y aun reconociéndole por muy bello, quisiera que tratáseis de modificarle, quitándole esa corteza ruda y nudosa. No creo que el paje os haya dado buenos consejos, y me parece un mal corazon y un intrigante peligroso. Lejos de burlarme, como él, de la austeridad de vuestros principios, los apruebo, y declaro que si la princesa Quintilia fuera tal como la habeis pintado, hariais bien en alejaros de ella; pero...

Spark se debuvo un momento, y luego continuó:

—Pero creo que estais equivocado y que es una excelente mujer.

—¡Cómo! ¿A pesar del asesinato de Max?

—No creo en ese asesinato. La muerte de un hombre no está suficientemente probada con su ausencia, ni lo está tampoco la de un amante por un fruncimiento de cejas.

—¿No creéis en ese crimen? Demostradme que es falso y os daré las gracias. Pero, ¿y el vicio? ¿Y la crápula?

—La galantería, debéis decir. Una mujer puede ser galante y honrada. Yo no soy aficionado á las mujeres galantes; pero tampoco las condeno y las miro con indiferencia. Si la princesa es así, alejaos de ella y no la denigreis.

—Todo eso os parece fácil, Spark; pero la amo con delirio y...

—Haced mal.

—Pero, en fin, lo que os he referido prueba que esa mujer...

—Todo eso no prueba nada, sino que habeis contraido la costumbre de verlo todo negro. Quitad, quitad eso de vuestro carácter: es una mala yerba.

—Pero, amigo mío, una mujer que de tal manera habla del candor y del

sentimiento y que tiene por amante á un Lucioli que se jacta de sus favores...

—¡Bah! Ese Lucioli me parece un fátuo, á quien daría una paliza si yo fuese amigo de la princesa.

—Si se ha jactado, ella tiene la culpa; ¿por qué se lo ha hecho creer!

—Porque es buena, y confiada. Todo lo que os ha dicho me parece sincero, y lo creo; su carácter me gusta, y apruebo esas ideas. Es una mujer digna de ser amada por un hombre de corazón.

—Verdaderamente, Spark, vuestra confianza me confunde, y no sé si abrazaros como el mejor de los hombres ó dejaros como un loco.

—Como queráis, amigo mio; me habeis pedido mi opinion, y os la digo.

—Pero ese reloj, ese Cárlos de Dostau...

—Ese Dostau es un imbécil á quien ella habia puesto á la puerta en lo mejor de la broma.

—Y una mujer que se respeta, ¿tiene semejantes bromas? ¿Comprende la princesa el peligro que corre esponiéndose á la venganza de ese hombre? En lugar de Dostau, yo la seguiria á todas partes y la afrentaria ó la obligaria á cumplir sus promesas.

Enrojose la frente de Spark, como si la idea de tal violencia hubiese sublevado su alma honrada; pero recobrando luego su calma acostumbrada, dijo con acento de profunda emocion:

—La historia es falsa; ese Cárlos de Dostau será algun relojero que ha vendido un reloj á la princesa, y que ha inventado toda esa aventura para burlarse de vos, ó porque hay necios muy imprudentes, ó porque ese hombre está loco.

—Todo lo arreglais á vuestro gusto. Pero, ¿no he visto la alegría con que supo la llegada de aquel enmascarado?

—¿Y eso qué prueba? ¿No se sabe con alegría la llegada de un hermano ó de un amigo? Las mujeres son más demostrativas que nosotros, y las italianas lo son entre todas.

—Pero ese Rosenhaim está oculto en el pabellon. ¿Oculta uno á sus amigos?

—Algunas veces, sobre todo cuando se trata de política. Por otra parte, puede Rosenhaim estar en el pabellon lo mismo que Max en la tumba.

—¿No creéis, pues, en la muerte de Max?

—No por cierto.

—Pero la misma princesa le hace pasar por muerto.

—En ese caso, es que lo está; pero todo el mundo puede morirse sin que le asesinen.

Y Spark, tomando su pipa, se puso á cargarla, y añadió:

—Los agravios que os quedan contra ella son, pues, su aire varonil, su alegría, su latín, su afición á las mariposas, sus trabajos políticos, su doncella Ginetta, y su confianza con vosotros, á quienes trata como amigos, siendo demasiado buena, en tanto que vosotros no la comprendéis... ¡Oh! En vuestro lugar, yo la amaría de todo corazón y pasaría toda mi vida sirviéndola.

—Pero si creo lo que me decís, si me haceis creer en su inocencia, voy á enamorarme como un loco, y á desesperarme...

—No; os consolareis y os curareis. Ella os ama, y lo que ha hecho por vos lo prueba muy claramente.

—¡Oh! ¡He sufrido demasiado con esa tranquila amistad, y tengo miedo de volver á empezar.

—Sois un ingrato. Me habeis dicho que esos seis primeros meses habian sido los más bellos de vuestra vida. Creedme, San Julian; todo eso es claro y fácil; ¿me prometeis hacer lo que voy á deciros?

—Os prometo intentarlo.

—Encerráos en vos mismo, vivid con Dios y con vuestro corazón, que es bueno; huid de la corte, de los envidiosos, de los necios, de los malvados, y sobre todo del pajecillo; permaneced cerca de la princesa, y estad seguro de que no os engaña. Yo la ví á caballo el otro día, y me gustan su rostro y sus modales. Servidla fielmente y no creais lo que os digan de ella. Si vuestro amor persiste y os hace sufrir, decídselo, habladle de él...

—¿Y me escuchará?

—Sí, puesto que ya os ha escuchado; os consolará y os amará como una buena amiga.

—¿Eso creéis?

—Sí; pero no importa: habladle de vuestro amor, y su amistad os servirá de consuelo. Con esto, con el amor al trabajo, con tranquilidad de vuestra conciencia y con un poco de confianza en Dios, no sereis desgraciado, os lo aseguro.

—¿Y si con todo eso me viese burlado? ¿Y si al cabo de diez años viese que habia mecido en mi corazón una quimera?

—Habríais tenido diez años de felicidad, y tendríais derecho para decir á Dios al comparecer ante él: «Señor, me han engañado, y no he aborrecido; me han hecho sufrir, y no me he vengado.» Y vereis lo que Dios os respon-

de. Id, y no os arrepintais de ser bueno: cuando nos arrepentimos de ser buenos es porque hemos dejado de serlo.

—¡Excelente amigo!—exclamó el conde estrechando la mano de Spark; —seguiré vuestros consejos, y vendré con frecuencia á buscar en vuestras palabras el bálsamo celeste que cura las heridas del alma.

El jóven volvió al palacio muy consolado de sus penas, y por la primera vez, en mucho tiempo, se acordó de rogar á Dios.

## XVI.

Quintilia le hizo llamar por la mañana temprano. La princesa tenia una expresion tan feliz y tan buena, que San Julian se sintió dispuesto á seguir los consejos de Spark.

—Tengo que dictarte algunas cartas,—le dijo Quintilia con aire familiar;—siéntate y toma la pluma.

El jóven se sentó. El reloj fatal estaba todavia sobre la mesa; San Julian sintió un movimiento de rabia al ver aquel acusador, y fingiendo empujarle con el codo, lo arrojó á tierra.

La princesa apenas reparó en ello, y cuando él lo recogió, escusándose por haberlo roto, demostró la mayor indiferencia.

—Ginetta,—dijo,—llévate ese reloj, que parece que tiene desgracia. Hádlo componer y guárdalo para tí.

El jóven miró atentamente á la princesa y la vió tan tranquila como el dia en que se vió frente á M. de Dostau sin dar muestras de reconocerle. En cambio, Ginetta se enrojeció un poco; ¿era de placer por tener el reloj ó de turbacion ante tanta audacia?

San Julian sintió que la suya aumentaba, y mirando alternativamente á la princesa y á su doncella, dijo:

—La señorita Gina conocerá tal vez en París un relojero hábil que pueda componer el reloj.

—¿Por qué en París?—dijo la princesa;—tambien en Venecia tenemos excelentes relojeros.

No habia cambiado de expresion, y Ginetta se habia vuelto impenetrable.

San Julian insistia:

—Si la señorita Gina lo permite, yo, que he causado el daño, seré quien se encargue de la reparacion.

—Ese es asunto que no me incumbe: el reloj pertenece á Gina.

—Le enviaré,—dijo San Julian,—á uno de mis amigos que habita en París y que se llama Cárlos de Dostau.

Gina se turbó visiblemente; pero la princesa permaneció impassible.

—Por casualidad,—repuso el jóven,—le encontré en Avinon precisamente el dia...

—¿No se acuerda vuestra alteza de aquel hombre que deseaba hablarla? —exclamó Gina.

—¡Ah! Sí; ¿qué queria?

—Presentar á vuestra alteza un reloj de música de muy mal gusto.

—¡Bah! —exclamó Quintília con indiferencia;—ponte á escribir, San Julian, y tú déjanos Gina.

Gina salió.

—Hay algo aquí,—pensó San Julian;—el mismo Spark habria sospechado al ver la turbacion de Ginetta.

Y tomando la pluma, escribió lo siguiente, bajo el dictado de la princesa:

“Señor duque:

„Vuestra persona es encantadora, vuestro talento superior, y vuestro empleo magnífico. Me propongo escribir directamente á vuestro augusto soberano, dándole gracias por haberos escogido para llenar esta agradable misión. Me es imposible recibirlos hoy, y, por otra parte, tengo necesidad de gran calma para responder á vuestras proposiciones, pues temeria sufrir la influencia de vuestro talento tratando de viva voz un asunto tan grave. Despues de madura reflexion, me creo autorizada á rehusar positivamente la alianza que me proponéis: mis opiniones en este punto son invariables, y ya las conocéis. La libertad establecida de hecho por mí, soberana, abeoluta, en virtud de poderes, etc., etc.“

Terminada la parte política de la carta, la princesa continuó:

“En cuanto á la demanda que teneis reservada para el caso de que rehusase vuestras proposiciones, deseo que me la espongaís al momento, pues interesantísimas ocupaciones me obligan á hacer un pequeño viaje por Italia. Siento que tengáis que abreviar vuestra permanencia en mis Estados, y hubiera deseado que me fuese posible gozar más tiempo de vuestra presencia.“

—Añadid las fórmulas de costumbre,—dijo,—y dadme vuestra pluma.

Cuando hubo firmado y sellado, y San Julian escrito el nombre del duque de Gurck en el sobre, la princesa llamó y se presentó el paje.

—Llevad esta carta al duque de Gurck,—le dijo,—si pide verme, decidle que es imposible.

La expresion fria y absoluta de la princesa turbó á Galeotto, que quiso daria á entender que tenia para ella un mensaje secreto.

—No tengo secretos en que vos podais entrar,—repuso Quintilia,—hablad delante del conde.

Galeotto balbuceó una explicacion, y luego sacó de su pecho una carta, puso una rodilla en tierra y la presentó á Quintilia.

—Leedla,—dijo esta.

Galeotto rompió la venia y leyó la carta con acento burlon. Era una declaracion de amor del conde de Steinach, redactada en términos apasionados.

—¡Esto es lastimoso!—dijo en son de burla la princesa cuando el paje terminó.

Y arrancándole la carta, la arrojó al cesto de los papeles inútiles.

—Por despreciable que sea ese italiano,—añadió,—el conde Steinach, que no sabe ningun idioma, ni aun el propio, no es capaz de escribir esta carta. Esta la habeis escrito vos, Galeotto.

Y sin esperar la respuesta del paje, se volvió á San Julian y le dijo:

—Escribid otra carta. Galeotto, espera y llevarás las dos.

Y le dictó una fórmula de despedida burlona é impertinente como la destinada á Gurck; la firmó y selló y la entregó en silencio á Galeotto, que salió.

En tanto que el paje volvia, Quintilia charló amigablemente con San Julian, mostrándose tan parca y tan buena, que el jóven cedió al movimiento de su corazon y se sintió dominado por ella más que nunca.

Al cabo de una hora volvió Galeotto, recibéndole la princesa tan mal como le habia despedido. Quintilia tomó la respuesta de Gurck y la pasó á San Julian, diciendo:

—Leed alto. Y vos, Sr. Galeotto, esperad.

San Julian leyó:

«Señora:

«La respuesta de vuestra alteza es de tal manera decisiva, que creeria ser irrespetuoso insistiendo. Obedezco la orden que me dá, sometiéndola textualmente la reclamacion de mi soberano.

«Un enviado de nuestro gobierno, el caballero Max, encargado de representar hace quince años al príncipe de Montengale en el matrimonio de vuestra alteza, se estableció en vuestros Estados con el permiso de sus protectores. Pero habiendo sido llamado al cabo de cuatro años, no ha contestado á las órdenes de su gobierno ni ha vuelto á parecer. Se ordena hoy que se presente ante mí, duque de Gurck, para dar cuenta de su conducta, y á

falta de este acto de sumision, se requiere á vuestra alteza á que presente las pruebas de su fallecimiento ó designe el lugar de su retiro, con la advertencia de que en caso de negativa, se la considerará en estado de hostilidad contra nuestro soberano, etc."

—Está bien,—dijo Quintilia;—escribid, San Julian.

Y dictó:

"No reconozco á ningun soberano el derecho de hacerme una petición arbitraria y una pregunta absurda. No tengo que dar cuenta de las acciones de otro, porque ningun príncipe ha sido guardian de los extranjeros residentes en sus Estados. Todo lo que puedo hacer para secundar vuestros deseos es permitir os fijar y publicar en mi territorio una orden dirigida al caballero Max de parte de su soberano, y si la obedece, tendré un placer en que cesen vuestras inquietudes respecto á él."

Quintilia firmó y selló la carta, y preguntó al paje:

—¿Qué os ha dicho el conde?

—Está desesperado y...

—Suprimid las tonterías; ¿á qué se decide?

—Se somete á vuestras órdenes.

—¿Qué órdenes? Le dí á escoger entre callar ó marcharse.

—Se calla.

—En hora buena; llevad esa carta y volved.

Mientras Galeotto iba á cumplir su encargo, Quintilia se puso á charlar con su secretario, demostrando tanta tranquilidad, que San Julian declaró absurdas sus sospechas.

Galeotto volvió, pidiendo de parte del duque de Gurck el favor de una entrevista.

—Ya veremos,—respondió Quintilia;—ahora voy á ocuparme de vos, señor de Shatigopoli. Hé aquí una carta-orden que llevareis á mi tesorero, quien os entregará una suma que os permita viajar durante algunos años. Tengo entendido que esos son vuestros deseos. Para facilitar vuestra partida he pedido ya caballos de posta, que os conducirán hasta la frontera; conservad el carruaje para seguir vuestro camino, y sabed que hago votos por vuestra dicha. Adios.

Galeotto, aterrado, palideció y balbuceó; pero vió en los ojos de la princesa una resolucion irrevocable, é inclinándose profundamente despues de tomar la carta-orden, salió de la cámara.

San Julian quiso interceder en su favor; pero la princesa le impuso silencio, y le permitió ir á despedirse del paje.

Encontróle en la escalera, y le expresó su sentimiento con tal serenidad, que el paje exclamó:

—Si ahora no decís verdad, sois el primero de los traidores y el último de los hombres. Despues de todo, creo que estoy soñando y no sé lo que me sucede ni lo que debo hacer.

—Debeis obedecer,—respondió San Julian,—y esperar en la frontera que se os levante el destierro. Es imposible que la princesa tenga agravios serios contra vos; habrá sabido vuestras relaciones con Steinach y querrá asustaros; pero yo os justificaré, Gina pedirá tambien, vos la escribireis y se dejará ablandar.

—No sé, no sé,—respondió el paje;—no sé si vos me haceis traicion; no sé si Gina me dará esta noche por sucesor al paje de Steinach ó al cazador del duque de Gurck, en tanto que la princesa recibe en el pabellon misterioso á Rosemhaim, á quien la otra noche abrazaba llamándole su solo amor, ó bien al duque de Gurck, que se habrá hecho temer, ó al conde de Steinach, á quien parece desterrar, ó al tierno San Julian, que habia sabido hacerse tolerante... Venid, venid conmigo en casa del tesorero; os permito repetir á la princesa todo lo que me veais hacer y decir.

Y entraron juntos en la tesorería, presentando Galeotto la carta-orden de que era portador.

En el momento en que el tesorero le presentó la mitad de su fortuna en oro y la otra mitad en letras sobre distintos Bancos extranjeros que él mismo habia designado de antemano, Galeotto pidió un papel para estender el recibo, escribió una declaracion de amor á la princesa y la anunció que nada necesitaba, puesto que iba á morir de desesperacion; luego pidió la carta-orden, la hizo pedazos, metiéndolos en la carta, encargó al tesorero la hiciese llegar á la princesa, arrojó desdofiosamente el oro y los billetes sobre la mesa, y salió.

San Julian, tomando esta conducta por un acto de altivez, la aprobó, y puso todo lo que poseia á la disposicion del paje.

—Gracias,—contestó este,—no tengo necesidad de nada; no voy lejos, pues la frontera está á tres leguas, y pronto oireis hablar de mí. Adios.

Y subió al coche, mientras San Julian volvía á las habitaciones de la princesa, á quien refirió la conducta magnánima del paje, suplicándola le llamase.

Pero Quintilia, que ya habia recibido la carta de Galeotto por medio de su tesorero, no hizo caso de sus súplicas, y dijo:

—No puedo tenerle consideracion; cesa, pues, de hablarme de él, pues

solo conseguirás disgustarme. Te acusa de haberte unido á él en contra mia, mi pobre amigo... Acepta esa injusticia en castigo de las que tú has cometido, y aprende, hijo mio, cuán cruel es ser acusado no siendo culpable.

## XVII.

San Julian, obligado á abandonar la causa de Galeotto, fué á pasar la velada con Spark en la taberna del Sol de Oro. Refirióle lo que habia sucedido, y Spark, con su optimismo habitual, declaró que el destierro del paje era una medida muy sabia de parte de la princesa, y un acontecimiento feliz para San Julian, á quien trató de consolar de las injustas sospechas de Galeotto, diciéndole que la estimacion de semejante hombre era casi una deshonra.

En tanto que Spark hablaba de este modo, San Julian creyó ver detrás de la cortina de lienzo de la tienda bajo que estaban sentados la sombra de un hombre de pequeña estatura, que parecia escucharlos. Hablaron en voz baja y la sombra desapareció.

Pero cuando, habiendo sonado las once, los dos amigos se separaron y San Julian llegaba á la esquina de la calle, para volver al palacio, sintió que le tocaban en el hombro, y volviéndose vivamente, vió un hombrecillo en una capa, que le dijo en voz baja:

—Cállate; soy Galeotto.

Tomaron por una calle solitaria y hablaron en voz baja.

—¡Ya estás de vuelta,—dijo San Julian,—y no hace seis horas que te v partir!

—No se necesitan más en un imperio tan vasto, donde no se pueden correr liebres sin arriesgarse á matar la caza del vecino. Me apeé en la frontera, tomé una taza de chocolate en la posada, y dirigiéndome por las montañas, volví á la capital sin encontrar á nadie. Afortunadamente, Mme. Quintilia no tiene una Siberia á su disposicion. Pero escucha, Julian, sin querer me has hecho traicion y te la has hecho á tí mismo: te perdono, porque no tardarás en ser arrojado como yo lo he sido.

—¿Qué quieres decir?

—He oido tu conversacion con ese estudiante, que el diablo lleve, y cuyo nombre no sé.

—Se llama Spark, y es el mejor de los hombres.

—Tanto mejor para la Quintilia, pues es su amante, y parece que nos recomienda con eficacia. ¡Pobre hombre!

—Galeotto, sin duda estais loco. Spark no conoce á la princesa; hace ocho dias que ha llegado de Munich y no la ha visto más que una vez al pasar.

—¡Valientes razones! Vuestro estudiante aleman es un buen mozo; ella



le habrá visto tambien, le habrá hecho una seña, ó más bien, Gineta le habrá llevado un billete.

—¡Galeotto, llevais la sospecha hasta la monomanía!

—Señor cándido, ¿conoceis la escritura de la princesa?

—Yo lo creo.

—Pues bien, acerquémonos á ese farol y leed ese billete, que el señor Sparco ó Sparchi, ha dejado caer de su bolsillo, dándose con vos los aires de un profundo tunante.

San Julian reconoció la escritura de Quintilia, y leyó con estupor estas palabras:

“Ya que no puedo ver á Rosenhaim esta noche en el pabellon, espérame, querido Spark, y deja abierta la puerta de tu casa que da sobre el rio.”

—Ya ves,—exclamó Galeoto,—que M. Sparchi es un buen diablo, muy acomodaticio, nada celoso, y verdaderamente filósofo. Pero, ¿á qué vienen esos gestos de cólera? Marchemos.

—¿A dónde?

—A la orilla del rio para ver pasar á la princesa.

—Galeoto,—dijo San Julian con angustia,—eres mi diablo tentador.

Dirigiéronse á la casa de Spark, y pasaron algun tiempo buscando en torno de ella un escondite conveniente, y ocultándose al fin en unos bosquecillos de sauces.

Poco despues de la media noche vieron deslizarse ante ellos una pequeña barca ocupada por dos hombres.

—Conozco el golpe de los remos,—dijo Galeoto;—Gina es hija de un gondolero de Venecia.

La barca abordó, y uno de los hombres se inclinó para sujetarla á los árboles de la orilla, en tanto que el otro saltaba ligeramente en tierra y decia á media voz:

—Espérame aquí.

—Muy bien, señora,—respondió el barquero.

Y en tanto que la incógnita ganaba la puerta de la casa, el pretendido gondolero se envolvió en su capa y se acostó en el fondo de la barca.

—Gina,—dijo el paje, disfrazando la voz.

El barquero se estremeció, se levantó y miró en torno suyo con inquietud; pero no vió á nadie, y creyendo haberse engañado, volvió á echarse.

Galeoto tomó el brazo de San Julian, y se le llevó á cierta distancia de la orilla.

—¿Dirás ahora que soy el diablo?—exclamó.

—No,—respondió Julian;—si alguno hace aquí el papel de Satanás es esa maldita mujer que tiene en los labios tan castas palabras al servicio de sus impúdicos vicios. Pero, ¿por qué es tan altiva con nosotros? ¿Por qué trata de imponernos respeto y temor?

—Porque tiene necesidad de servidores que la respeten y de tontos que la admiren. La confianza de un hombre como vos halaga en sociedad, y es una buena distraccion mientras se espera la hora del amante acomodaticio. ¿Por qué os inquietais si teneis el mejor papel?

—¡Un papel abyecto y estúpido!—exclamó indignado San Julian.

Galeoto se echó á reir.

—Buenas noches,—dijo—voy á pedir asilo á una dama á quien conozco. Tú vuelve á palacio y prepara un soneto pastoril para presentarlo mañana á su alteza.

San Julian, en lugar de retirarse, esperó bajo los sáuces hasta el momento en que salió Quintilia.

Spark la daba el brazo y la acompañó hasta la barca, junto á la cual se despidió de ella con un beso, que hizo latir violentamente el corazon de San Julian.

Gena despertó sobresaltada cuando su señora entraba en la barca.

Spark se volvió á su casa, y permaneció á la ventana hasta que la barca se perdió entre la oscuridad.

San Julian, oculto bajo los sáuces, la seguia con los ojos.

La princesa se habia quitado el sombrero, el viento agitaba sus cabellos, y de pié, sobre la barca, estaba hermosa como un ángel bajo su traje de hombre.

## XVIII.

San Julian volvió á palacio combatido por dolorosos pensamientos, y vió amanecer sin haber podido cerrar los ojos.

Pasó el dia vagando por los campos; distinguió á Spark en un sendero y se alejó precipitadamente. No sabia qué pensar de él.

Era ya de noche cuando volvió á palacio, rendido de fatiga, dudando entre acostarse ó hacerse servir la cena.

Encontró cerrada la puerta de su cuarto, y una voz de máscara le deslizó por la cerradura estas dos palabras:

—¿Quién es?

—¡Pardiez! ¿Quién sois vos?—exclamó;—soy el dueño de mi cuarto y quiero entrar en él.

Abrióse la puerta, y San Julian retrocedió con sorpresa al ver á Galeotto.

—¡Silencio!—dijo el ex-paje,—me ha parecido divertido ocultarme en el

palacio, y gracias á la oscuridad he llegado hasta aquí por la escalera pequeña. Te maldigo por haberme hecho esperar tanto; no he cenado, y me muero de hambre. Tú, que puedes andar por los corredores, vé á buscar alguna perdiz fiambre, con dos ó tres botellas de buen vino y unos helados ó unas pastas para postres, porque un paje italiano no puede alimentarse como un groom inglés, y desde que he cambiado de régimen no me encuentro á mi gusto.

San Julian se deslizó hasta la repostería y volvió con un faisán, dos botellas de vino de Chypre y una torta de grosellas.

Cerraron las ventanas, bajaron las cortinas y pasaron los cerrojos, y luego se pusieron á cenar.

Las burlas de Galeotto y el calor del vino hicieron caer á San Julian en un estado de exaltacion febril y báquico que divertia singularmente al maligno paje.

Despues de una hora de charla se calmó de pronto, y se puso tan sombrío, que Galeotto, no pudiendo sacarlo una palabra, tomó el partido de tenderse en la cama.

—¡No, no!—murmuraba San Julian con voz sorda;—¡yo no permitiré que se burlen de mí! ¡Yo no dejaré comentar el episodio del secretario íntimo en los anales galantes de la córte, ó en las Memorias secretas de la princesa! ¡Si Spark ú otro cualquiera redacta el capítulo, yo quiero preparar la conclusion. Veamos: Galeotto no duermas como una marmota, y dime qué palabra es la primera que se dirige á una princesa cuando se sale de su lado.

—¡Ah! Eso es segun,—contestó Galeotto;—unas veces hay que ponerse de rodillas y pedir perdon con voz ahogada; pero lo mejor es callar y pedir perdon más tarde.

—Y si grita, ¿qué se hace?

—¡Acaso gritan las mujeres!

—¿Y si se encoleriza?

—¡Bah! ¡No hay que ser tonto!

—Bueno; pero si el temor de ser sorprendida ó la inoportunidad del momento la dieran virtud...

—Cuando se emprenden semejantes cosas no se duda, sean los que quieran los primeros obstáculos. Ser insolente á medias es hacer el tonto; vale más serlo del todo. En estos asuntos, cuando se tiene audacia, se cuenta con noventa y nueve probabilidades, al paso que la mujer no tiene más que una.

—Sea. Buenas noches, Galeotto: dentro de media hora habré desapareci-

do como Max el bastardo, ó me habré vengado como conviene á un hombre.

—¡Diablo! ¿Te has vuelto loco?

—¡Loco! ¿De qué estamos hablando?

—A fé mia que no lo sé; pero creo que vas á hacerte asesinar.

—Necesito ese peligro para darme valor. Si no fuera un acto de temeridad, seria una villanía. Yo no tendria nunca el valor de abrazar á esa mujer si no arriesgase una puñalada.

—Y sino hubieses bebido una buena dosis de vino de Chipre. Vamos, estás loco, Julian. Mírame de frente; ¿no me ves doble?

Julian se detuvo y le miró.

—A fé mia que me das miedo,—repuso el paje,—tienes cara de espectro. Pero no estás más que medio borracho... aun hay vino; acaba la botella.

—Yo no estoy borracho,—respondió el jóven;—estoy ofendido y quiero vengarme.

—Pues bien, tienes razon. Si estuviera en la misma situacion que tú, ya me hubiera atrevido. Vamos, muchacho, y que Dios te proteja; pero toma mi puñal y déjame acompañarte hasta la puerta.

—No,—dijo Julian,—no hay necesidad de que te vean. En cuanto al puñal... puede que si lo llevara me dieran tentaciones de asesinarla.

—Ten cuidado; no seas impertinente para empezar. Suspira y ruega, y que las palabras humildes sirvan para dar paso á las acciones audaces. Déjala creer hasta el fin que se burla de tí, y cuando crea que estás trasportado de reconocimiento, dile todo lo que quieras. La cólera habla siempre bien; pero escribe mejor. Escribe Julian, y sálvate.

—Sí, mañana,—respondió San Julian.

—Y esta noche solloza y suplica.

—Déjame hacer; adios.

Y cogiendo la luz, salió de la estancia, dejando á Galeotto á oscuras.

El paje, temiendo que San Julian fracasase en su empresa y que encontrándole en su cuarto le tomasen por su cómplice, tomó la resolucion de huir; pero vió con terror que San Julian, en su distraccion, habia cerrado la puerta, llevándose la llave, y por más esfuerzos que hizo, no pudo forzarla. Resignóse, pues, á esperar, y se tranquilizó un poco pensando que San Julian era capaz de volver más enamorado que nunca despues de haberse postado á los piés de la princesa, y que esta no se mostraria muy cruel con aquel loco que la hacia el favor de amarla de veras.

## XIX.

San Julian se deslizó por corredores ocultos hasta el tocador de la princesa; le abrió sin hacer ruido, atravesó en la oscuridad el dormitorio y se acercó al gabinete de estudio, cuya puerta entreabierta dejaba pasar un rayo de luz. Aplicando su rostro á aquella rendija, pudo ver y oír lo que pasaba en el gabinete.

Quintilia estaba tendida en una hamaca de seda, con los cabellos tendidos por sus espaldas desnudas, y ligeramente vestida con una amplia y ligera túnica.

Ginetta, sentada sobre un tapiz, balanceaba la hamaca, cuyos cordones tenia en la mano; una lámpara de alabastro iluminaba la habitacion, y perfumes exquisitos se escapan de un pebetero de plata encendido en medio de la cámara.

—Estoy horriblemente cansada,—dijo la princesa;—háblame, Ginetta, é impídeme dormir.

—Haceis una vida demasiado ruda,—respondió Ginetta;—todo el día á los negocios y toda la noche al amor. Apenas dormís cuatro horas por la mañana, y eso no es bastante.

—Hablas por tí, mi pobre niña, y tienes razon. Toda la noche te tengo ocupada; pero, ¿no puedes dormir durante el día, ya que no tienes que gobernar á nadie?

—¡Ay, señora! ¿Quién no tiene cuidados?

—¿Los tienes tú? Te veo ya consolada de la pérdida de Galeotto...

—¿Y cómo no he de estarlo? ¡Un tuno que nos calumniaba á las dos!

—Gina, Gina, eres una veleta, y haces bien si eso te evita disgustos. Yo no me mezclo en tus sentimientos; no quiero ver en tí más que lo bueno; tu discrecion y tu fidelidad.

—Y mi reconocimiento, porque os debo mucho. Pero, señora, os estais durmiendo.

—En verdad que no puedo dominarme. ¿Qué hora es, Ginetta?

—La media noche.

—Pues bien, ya que no partimos hasta la una, déjame dormir esta hora. Despiértame cuan lo sea preciso.

—En ese caso me voy á mi cuarto y me ocupare en algo, pues si contínuo aqui me voy á dormir tambien.

—Ve, hija mia, y sé siempre buena y fiel.

San Julian oyó á Ginetta salir por la puerta opuesta y cerrarla detrás de sí. Esperó tres minutos, y cuando estuvo seguro de que la princesa comenzaba á dormirse, entró andando de puntillas y se aproximó á ella.

Ahora que no la amaba y que la miraba como una cortesana, estaba más bien asustado que embriagado por la voluptuosidad que parecía flotar en torno á ella, y al mismo tiempo que una turbacion penosa oprimia su pecho, un sentimiento de curiosidad ávida le escitaba á la insolencia, dejándose llevar de sus impresiones naturales, entre una mezcla de respeto y de temor; pero cuando se acordaba del amor insensato que habia sentido por aquella mujer, no le animaba otro deseo que el de la venganza.

Sin embargo, contemplando aquel semblante noble, embellecido por la tranquilidad del sueño, llegó á dudar de la infamia que en aquella mujer suponian. Mirábala atentamente, tratando de sorprender en el secreto de sus ensueños la revelacion inmediata de un carácter envilecido ó de unas costumbres depravadas. Una sílaba furtiva, un suspiro lascivo hubiera bastado para darle la resolucion que le faltaba; pero un sueño tranquilo se parece tanto á la inocencia, que San Julian estuvo á punto de retirarse sin ruido, renunciando á su empresa.

Pero el recuerdo de Galeotto, que le esperaba y que se burlaria de él, le hizo avergonzarse de su timidez, y comprendiendo que los momentos eran preciosos, se inclinó y depositó un beso en la mano de Quintilia.

—¿Quién es?—exclamó esta, despertando sin sorpresa y sin el menor susto.

—El que os ama, el que muere por vos,—respondió el jóven.

—¿Julian!—exclamó Quintilia, incorporándose sobre un brazo;—¿qué es esto? ¿Qué hora es? ¿En dónde estamos? ¿Qué quieress? ¿Qué dices?

—Es preciso que tengais piedad de mí ó que yo muera,—exclamó el jóven arrojándose á sus piés y tratando de coger su mano.

Pero Quintilia se la tendió con dulzura, y exclamó:

—¡Dios mio! ¿Qué te sucede, pobre hijo mio? ¿Por qué has entrado aquí? ¿Qué desgracia te amenaza? ¿Qué puedo hacer por tí?

—¿No lo sabeis?

—No; ¿qué te pasa? ¿Qué te han hecho?

—¡Ah!—exclamó Julian, dominado por la indignacion,—¡sois muy hábil! Fingis ignorar las cosas más ocultas, y sin embargo...

—¿Qué?—exclamó Quintilia, sentándose en la hamaca.

Y acordándose que tenia las espaldas desnudas, añadió:

—Hijo mio, haz el favor de darme un chal, y luego me explicarás lo que te aflige.

San Julian creyó que le pedía el chal con el objeto de hacerle reparar en sus hombros, y rodeándola con sus brazos, exclamó:

—Estad así, estad así; escuchadme.

—Julian, estás loco,—repuso Quintilia, rechazándole con dureza;—es imposible que no os pase algo extraordinario: decidme lo que es, porque me asustais.

—¡Bueno!—pensó Julian;—parece que se olvida del chal, y finge no comprenderme para darme audacia. Sin duda quiere dejarse sorprender: ha llegado el momento.

Y exclamó con acento apasionado:

—¡Oh, Quintilia! ¿No sabes que te adoro y que mi razon se turba cuando trato de dominar mi amor? ¿No sabes que es superior á mi voluntad y que necesito satisfacerle ó morir?

Y al mismo tiempo la estrechaba entre sus brazos y sentía arder su sangre con los fuegos del deseo, olvidando su odio y sus remordimientos. Suplicaba, cubria de besos sus hermosos brazos desnudos, y como ella le rechazase sin cólera y tratase de volverle á la razon con palabras afectuosas y compasivas, creyó que podia atreverse á todo, y empezó la fuerza para besar su seno, medio velado por su cabellos flotantes.

Pero la princesa se irguió de pronto, y rechazándole vigorosamente, le dijo con acento de cólera:

—¿Es que vuestro respeto y vuestra amistad eran fingidas? ¿Habíais acaso resuelto obrar así?

—He resuelto que seais mia, aunque deba espiar mi crimen con mil muertes,—respondió el jóven con frenesí.

Y siguiendo el consejo de Galeotto, redobló su atrevimiento y la rodeó de nuevo con sus brazos.

Pero Quintilia era más fuerte que él, y asiéndole por la garganta, se la apretó con mano tan firme, que le derribó, pálido y sofocado, á [sus pies; luego le puso una rodilla en el pecho, y mientras con una mano agitaba violentamente el cordon de la campanilla, con la otra le hizo sentir en el cuello la punta de su puñal.

—Si haces un movimiento, te mato,—le dijo.

San Julian trató de desprenderse de ella; pero sintió el acero penetrar en su carne, y Quintilia le dijo con acento de desprecio:

—Guarda tu vida, infame perro, y evítame el disgusto de arrancártela por mi mano.

Oyéronse pasos precipitados, producidos por los criados que acudían. Oyendo llegar aquellos testigos de su vergonzosa falta, San Julian hizo un violento esfuerzo, y no sin alcanzar una cortadura poco profunda, se desasó de Quintilia, ganó la puerta interior y huyó precipitadamente.

## XX.

Pero el jóven no sabía que la princesa, conociendo la presencia de Galeotto en el palacio, había hecho cerrar todas las puertas y guardar todas las salidas, mandando que se le prendiese cuando quisiera salir de su escondite.

San Julian, viendo en todas las puertas alabardas cruzadas y rostros amenazadores, tomó el partido de ir á encerrarse en su cuarto y esperar allí que se resolviese su suerte.

Viéndole entrar pálido, asustado y con el pecho manchado de sangre, Galeotto se aterró, y gritó como delirando:

—¡Monaldeschi! Monaldeschi!

Esperaba verle caer muerto; pero San Julian, habiendo enjugado su pecho y recobrado las fuerzas, le refirió con voz entrecortada lo que había pasado.

Aquella vez no se rió Galeotto. Aquellas precauciones para guardar las puertas y aquel furor de Quintilia contra San Julian no le presagiaban nada bueno.

—Mi opinion,—dijo,—es que escapemos como podamos. Saltemos por la ventana: más vale romperse una pierna que caer en manos de esa furia.

San Julian abrió la ventana, pero vió cuatro soldados junto á ella.

—No hay remedio,—dijo,—todo es inútil. Esperemos; puede que se calme la tempestad.

—Quintilia se enfurece pocas veces; pero es más vengativa de lo que pensais. ¡Lléveos el diablo! ¡en bonita situacion me habeis puesto! ¡hé aquí que me van á tomar por vuestro cómplice y que nos degollarán juntos en alguna cueva del palacio! ¡Y todo por culpa vuestra! ¡Habeis querido hacer el vencedor y os habeis condenado como un estúpido!

—El estúpido lo sois vos,—repuso San Julian;—¿por qué habeis venido á ocultaros en mi cuarto? ¿Os he llamado yo?

Esta querrela se habria hecho más viva si no se hubiera oido rumor de pasos. Los dos pobres muchachos se miraron consternados.

Galeotto, pálido y medio desmayado, se dejó caer sobre el lecho.

San Julian, más animoso, esperó á los soldados á pié firme. Entraron éstos, y su jefe rogó cortesmente á las dos víctimas que se dejasen vendar los ojos y atar las manos.

San Julian quiso revelarse contra este tratamiento humillante; pero el jefe replicó con dulzura:

—Caballero, si haceis la menor señal de resistencia, emplearé la fuerza, lo que os hará el tratamiento más penoso todavía.

No habia que replicar á este argumento, y San Julian se sometió.

Galeotto estaba de tal manera helado por el terror que fué necesario llevarle.

Cuando les dejaron libres las manos y los ojos, se vieron en un estrecho calabozo, y los soldados se retiraron, dejándolos á oscuras.

—¡Maldicion!—exclamó el paje;—¡hé aquí nuestro último dia!

—¡Quiera el cielo que no os engañeis y que no me hagan morir lentamente!—respondió San Julian.

Sentáronse los dos sobre la paja, y demasiado consternados para comunicarse su terror, permanecieron en silencio.

Pasaron el dia siguiente sin ver á nadie, exceptuando un carcelero que les llevó una pobre comida, y ya muy entrada la noche oyeron el ruido de las llaves y los cerrojos. La luz rojiza de una antorcha penetró en el calabozo, y les dejó ver cuatro hombres enmascarados.

Galeotto lanzó un grito de espanto, y Julian creyó llegada su última hora. Armándose entonces de toda su firmeza, adelantó hácia los verdugos y dijo:

—Ya sé lo que quereis de mí.

No le respondieron, y le ataron las manos como la víspera. Iban á vendarle los ojos, y preguntó si se le iba á separar de su compañero de infortunio.

—Podeis despediros de él,—respondió uno de los enmascarados.

Abrazáronse los dos jóvenes, salió Julian, y Galeotto quedó solo en la prision.

San Julian, despues de haber caminado durante algun tiempo, bajó unas escaleras, y de pronto se encontró con las manos libres.

Su primer movimiento fué arrancar la venda que cubria sus ojos, y se encontró solo en una cueva de mármol, magníficamente esculpida, según el gusto sarraceno. Cuatro lámparas de bronce ardian en los ángulos de un sepulcro de mármol negro, sobre el cual yacia una estatua de alabastro en la actitud del sueño.

San Julian leyó en el frente principal del cenotafio el nombre de Max, con letras de plata. Inclínose sobre la estatua, y encontró en ella, aunque representaba un jóven casi niño, una gran semejanza con las facciones de Spark.

Un ligero ruido le sacó de su contemplacion. Volvióse y vió un hombre vestido de negro y armado de un instrumento semejante á una espada.

—¡Ejecutor de muertes infames! ¡Espectro de la venganza!—exclamó el jóven;—¡puesto que debo ser tu víctima....

—Mi querido señor de San Julian,—respondió políticamente el sombrío personaje;—os engaÑais de un modo deplorable. Yo no soy ejecutor de muertes infames ni espectro de la venganza; soy un profesor de historia natural muy pacífico é incapaz de ningun mal designio.

Y esto diciendo, el doctor Cantárida, pues él era, levantó su gran espada y la dirigió hácia San Julian, rogándole tomase una de las estremidades del instrumento y le ayudase á levantar la losa del sepulcro.

Esta proposicion pareció tan horrible á San Julian que retrocedió pali-deciendo.

—No os asusteis,—le dijo el profesor;—no correis peligro alguno, á ménos que trateis de huir ó de maltratarme, y no os creo capaz de eso. Pres-táos á ayudarme: es la voluntad de su alteza, nuestra muy graciosa soberana, Quintilia, princesa,

San Julian, siempre desconfiado, pero resuelto á demostrar valor, ayu-dó al doctor Cantárida á levantar la cubierta del sarcófago.

El profesor apartó un gran crespon negro, y rogó á San Julian que to-mase la caja de oro, en forma de corazon, que estaba debajo.

San Julian se estremeció; pero pareciendo que se le queria asustar con el espectáculo del castigo impuesto á otro, tomó la cajita y la presentó al profesor, que la abrió y se la devolvió, diciendo:

—Mirad lo que hay dentro.

Una especie de nube pasó por los ojos del jóven, y durante algunos se-gundos parecióle ver un objeto repugnante en el fondo del cofrecillo. Más tranquilo luego, vió que solo contenia un paquete de cartas atado con una cinta negra.

—Leed esos papeles, señor conde,—dijo el profesor;—yo estaré aquí para solventar las dudas que os puedan ocurrir.

San Julian se sentó en el pedestal del sepulcro, y el doctor puso á un lado una de las lámparas.



El jóven desdobló el primer papel: era el acta de un matrimonio secretamente contraído entre la princesa Quintilia y el caballero Max, y tenia diez años de fecha.

El segundo era un billete que decia:

„He tenido la desgracia de disgustaros y lo merezco. El orgullo ha lle-

nado mi corazón un momento, y me habeis castigado con rigor. Sin embargo, habeis sido demasiado severa. Era muy dulce y muy noble mi orgullo: la alegría de ser amado por vos, la esperanza de poseer la más noble de las mujeres han podido embriagarme y hacerme olvidar la prudencia en un momento de exaltación. Me habeis tomado por un cortesano ambicioso y os habeis engañado, Quintilia. Habeis sido cruel, y en vez de maldeciros, voy á morir lejos de vos. ¡Ojalá mi conducta pueda probaros que os amaba por vos misma! ¡Ojalá podais sentirme, perdonarme, llorar un poco por mí y encontrar en otro corazón el amor que anima al mío y que no habeis comprendido.—MAX.”

—¿No conocéis esa letra, señor conde?—preguntó el profesor.

—Sí por cierto; es la de un joven que ha llegado hace poco á la ciudad y que se llama Spárk.

—Mirad la fecha de la carta. Corresponde al día de la pretendida muerte del caballero Max. Conozco ya, según creo, los motivos del disgusto que tuvo la princesa con su joven prometido. Max y Quintilia eran entonces dos niños, y su querrela tuvo la importancia que en tal edad se concede á las pequeñeces. Su alteza declaró á Max que nunca sería suya, y le ordenó no volver á presentarse ante ella. Enamorado y altivo, el joven se ofendió de que le atribuyeran tan baja ambición, y partiendo misteriosamente fué á establecerse en París, bajo el nombre de Rosachaim. La princesa, después de haber llorado su ausencia, recobró su animación, suponiendo que volvería, y resuelta á perdonarle, esperó su primera tentativa de reconciliación. Al cabo de algún tiempo, no teniendo noticias de él, creyó que se habría consolado, y aunque devorada por el despecho, afectó no pensar en él; pero aunque la pretendieron muchos personajes, no hizo nueva elección. Se ha dudado mucho de la conducta de Quintilia; pero tendreis pruebas irrecusables de que lo que os digo....

—¡Oh! caballero; ¿es que la princesa desea justificarse á mis ojos? Es hacerme demasiado honor.

—No estoy autorizado para discutir con vos: debo solamente hablar y os ruego que me escuchéis.

San Julian escuchó con aire sombrío, que afectaba ser indiferente.

El profesor continuó:

—Durante un año, la princesa hizo practicar las más minuciosas pesquisas sin que fuese posible encontrar las huellas del infortunado Max. Entonces, convencida de que había muerto de dolor, una pasión sublime se encendió en su alma, y alimentó su dolor con toda la exaltación de su edad, pero

en secreto y léjos de todas las miradas. Con tal objeto hizo construir este sepulcro, donde venia á llorar todos los dias.

Así pasaron tres años más. Habiendo ido la princesa á París, me permitió acompañarla, y partí con alegría, porque deseaba examinar las preciosas colecciones científicas que París poseé.

Explorando los gabinetes de historia natural, conocí por casualidad al pretendido Rosachain, y el amor á la ciencia nos hizo grandes amigos. No tardé en conocer su historia, y supe que un amor desgraciado le habia hecho romper con la sociedad; que se habia fijado en París con la condicion más oscura, renunciando á todo, y que no encontraba placer más que en la ciencia y las artes que cultivaba con entusiasmo.

Le visité en una bohardilla, que era muy pobre, pero que estaba llena de flores, pájaros é insectos, y como examinara con delicia una aerido de Africa, le dije:

--¡Qué feliz sois con poseer una planta tan rara! Muchas veces la he descrito á su alteza la princesa Quintilia, y nunca he podido....

Pero me detuve, asustado bajo la impresion que este nombre le habia causado. Púsose pálido, me hizo una porcion de preguntas, y cuando supo que la princesa estaba en París, exhaló un grito y cayó desvanecido.

Me apresuré á socorrerle; pero al volver en sí se rodeó de reserva, y no pude sacarle explicaciones claras, si bien me suplicó á que no hablase de él á la princesa, y que le proporcionase el medio de verla sin ser visto. Efectivamente, al otro dia la vió en casa de un profesor de botánica; pero estaba tan bien oculto que no pudo hablarla.

Yo sabia entonces muy vagamente la historia de Max, y estaba muy lejos de establecer ninguna relacion entre él y Rosachain; pero de tal manera me extrañó la impresion que causaba á mi amigo el nombre de Quintilia, que hablé de ello á la señorita Ginetta. Esta jóven, tan adicta á su señora, lanzó grandes exclamaciones de alegría al escucharme, y quiso participar lo que pasaba á la princesa; pero se detuvo temiendo engañarse, y convenimos en que los dos jóvenes se encontrasen en presencia uno de otro, como por casualidad, asegurándome Ginetta, que si en efecto era Max, la princesa se arrojaría en sus brazos.

Nos pusimos de acuerdo, y al dia siguiente invité á Rosachain á ver una coleccion de monedas antiguas que acababa de comprar para el gabinete de la princesa. Le aseguré que su alteza no iba jamás á mi casa; Rosachain se dejó llevar, y por su parte Ginetta tuvo el talento de hacer que la princesa fuese á mi casa para ver las monedas. Necesitaria mucha elocuen-

cia para describiros la escena que allí tuvo lugar: la reconciliacion fué completa, y á poco la siguió un matrimonio, cuya acta acabais de leer.

La princesa quiso declarar su casamiento y volver con su esposo á Montergale; pero Max se opuso terminantemente á compartir su rango. Podeis leer la segunda carta que teneis en lá mano.

San Julian leyó lo siguiente:

## XXI.

«No, amada mia, jamás. La naturaleza humana es frág'l y llena de miserables pasiones. Una sola es grande y noble: el amor. Pero éste es una llama divina que debemos guardar como en otro tiempo se guardaba el fuego sagrado en urnas cerradas sobre altares de oro. Vivamos, pues, el uno para el otro, y que el mundo no sepa nada. Yo no puedo olvidar cuántos años de desesperacion me ha costado un instante de aturdimiento. Si fuésemos pobres artesanos, podria hacerlos sonreir, Quintilia mia, con mi cándida alegría; pero soy un aventurero, un bastardo, vos sois una princesa, y nuestro himeneo debe permanecer en el misterio. No, no aceptaré vuestra generosidad. Amaros y gozar de vuestro amor, veros entre el misterio, poder entregarme á los trasportes de mi pasion sin que se sospeche en mí un motivo de interés, estar á los piés de mi amada, de mi esposa, sin ver en su frente la diadema de mi soberana, ¿no es una felicidad más segura y más verdadera? Dejádme en mi oscuridad: en ella he encontrado una amiga que me ha alejado del suicidio, conservándome para vuestro amor: esta amiga es la ciencia, y seria ingrato si la abandonase ahora que he encontrado el objeto de mis deseos....»

El profesor continuó su relato, diciendo que despues de varias tentativas para arrancar á Max de su retiro, la princesa concluyó por consentir en volver sin él á sus Estados; pero desde entonces habia ido todos los inviernos á pasar una temporada en París, y todos los veranos Max habia venido á habitar algunas semanas el pabellon del parque.

San Julian, á invitacion del profesor, abrió al azar muchas cartas de Max y de la princesa y en todas ellas encontró la expresion de una gran ternura, unida á la confianza más absoluta y á la amistad más santa.

Hé aquí algunos fragmentos:

«...Tenia un hermoso sueño, mi querido Max: creia que bastaba ser inocente para ser sanamente juzgada, y que la boca que no miente debía ser

escuchada con confianza: me engañaba, pues cien veces he experimentado la perfidia de los traidores.

.....

«Estoy decidida á dejar decir. No me bajaré para mirar si han puesto lodo en el camino que he de seguir. Pasaré, limpiaré mis piés en el umbral de tu casa, y tú me recibirás en tus brazos, pues sabes que soy pura.»

La respuesta de Max decia, entre otras cosas, lo siguiente:

«Deja hablar y cree en mí. Aunque el universo en masa se levantara para manchar tu frente, yo sabria defenderte y hacerte un escudo con mi cuerpo. Deja decir; pero no demuestres jamás que conoces lo que dicen. Lee los libelos de los talentos de tu córte, si eso te divierte; pero no demuestres que los has leído, pues es un honor que no merecen. Obra siempre como si contases con la justicia de la opinion: es la sola prudencia que te aconsejo. Por lo demás, haz lo que quieras y no creas jamás que tengas que darme explicaciones. ¿Qué puede el mundo contra nuestra dicha? ¿Pensas que entre sus palabras y la tuya puedo vacilar un instante? ¿Qué necesidad tengo de saber cómo obras con los demás? En los veinte años que hace que nos conocemos, ¿me has dicho una sola palabra que se aparte de la verdad? ¿Me has hecho alguna promesa que no hayas cumplido religiosamente?»

«¡Oh! ¡Qué bello es el mundo que nosotros dos habitamos! Las flechas que nos lanzan nuestros impotentes enemigos vienen á morir á nuestros piés, y tú las miras caer sonriendo. La tempestad ruge bajo nuestros piés, y nosotros, colocados por el amor cerca del cielo, vemos á los ángeles llamarnos, á través de un velo azul, y oimos sus divinos conciertos, á los cuales mezclan nuestras almas sus piadosas inspiraciones, etc.»

## XXII.

La lectura de estas cartas hizo experimentar á San Julian un sentimiento doloroso.

—He leído bastante, caballero,—dijo al profesor;—si la princesa quiere humillarme por la comparacion de mi carácter con el de M. Max....

—Supongo que la princesa,—interrumpió el profesor,—no hace comparacion alguna entre vosotros dos. Pero escuchad el resto de la historia.

El día del baile entomológico, el caballero Max llegó disfrazado por mí, y la princesa, sorprendida en medio de los cuidados de la diplomacia, que en vano trataba de ocultar con el ruido de las fiestas, no recibió nunca á su esposo con tanta alegría. Pero cuando hubo comprendido las amenazas y

los ruegos del duque de Gurk, pensó que en vez de ocultar á Max, seria muy pronto necesario hacerle parecer. No es que la princesa tenga que justificarse de las horribles sospechas que los gobiernos vecinos afectan haber concebido respecto á este punto, pues demasiado sabe lo que son esas venerables astucias; y en cuanto á la opinion pública, á su costa han aprendido la importancia que merece para plegarse ahora ante ella. Pero el temor de una invasion la impide desafiar demasiado abiertamente el rencor de un soberano más poderoso que ella, y no quiere tampoco comprometer la libertad de sus súbditos por una cuestion de orgullo personal.

Se decidió, pues, que Max dejase de ocultarse, y viviese tranquilamente en la capital bajo un nombre supuesto, á fin de dejarse reconocer en caso necesario. Nadie, hasta ahora, ha hecho atencion en él. Quince años de ausencia le han cambiado de tal modo que seria difícil reconocerle si no presentase pruebas de su identidad: esto es lo que hará con el duque de Gurk. Y ahora que estáis al corriente, caballero, leed las últimas cartas que Max escribió á su alteza hace pocos dias.

San Julian leyó:

«¿Sabeis, querida mia, que se habla mucho de tí, y que grandes señores, humildes en tu presencia á la luz del sol, tienen conversaciones impertinentes en las sombrías alamedas del jardin? Como el pabellon no les inspira desconfianza, vienen frecuentemente á sentarse en la oscuridad sobre los bancos que le rodean, y separado de ellos por las persianas, oigo sus miserables confidencias. Dios me guarde de repetírtelas y de nombrarte los imbéciles que las inventan. Si creyéndolos tus amigos, te confiasas á ellos, te advertiría; pero sé demasiado el caso que haces de todos ellos y sigo tu ejemplo.

«Es preciso, sin embargo, que te dé parte de una observacion que he hecho. Se dice que tus secretarios íntimos, tus escuderos y tus pajes, son tus amantes. Pues bien, sobre este punto tengo algo que reprocharte, y es que no los tratas como hombres. Los eliges hermosos, y no pondrias más cuidado en comprar un caballo que en escoger un servidor. Les das facciones y ropas de hombre; pero les obligas á hacer un papel de perro; comen ante tí ó duermen á tus piés como verdaderos falderos, y sueles conceder atencion, como si pertenecieran á una especie distinta de la nuestra.

«Eso no está bien, querida mia. Si esos hombres, con la esperanza de alcanzar una pension más elevada, soportan el ridículo de su condicion presente, los envileces ó ayudas á su envilecimiento. Si es por afecto por lo que se someten á todos tus caprichos, debes pagar su afecto con el tuyo ó

pasar por ingrata. Eres buena con ellos, ya lo sé; no los humillas, los colmas de presentes y deben adorarte; pero eso no es bastante para hacerles felices si te quieren como deben. Son jóvenes y expones su corazón á mil peligros. Les admities á tu intimidad, les muestras sencillamente todo ese carácter exterior de frivolidad, de alegría y de locura, y cuando los pobres locos creen, por lo ménos, poseer tu confianza, comprenden que solo conocen tu vestido, y se espantan de conocer el misterio de tu destino. Entonces esos hombres, si son perversos, se hacen tus enemigos, y si son buenos, llegan á ser desgraciados. Es lo que ha sucedido á San Julian. Te ama, y sufre al verse tan bien tratados y tan poco amado, pues es un hombre de delicadeza y de talento. Explicáte con él, y no le dejes concebir esperanzas funestas, porque tu corazón es mío, y mi piedad para lo otros no llega hasta el punto de darles parte en mi dicha.»

Respuesta de Quintilia:

«No tuve tiempo ayer de explicarme respecto á San Julian, y voy á sacarte de inquietud respecto á él, á fin que esta noche no habiemos más que de tí.

«Empiezo por confesar que soy aturdida, y con frecuencia egoista; pero eso nace de que vivo siempre sola en medio de todos, no amando más que un recuerdo, no contemplando más que una forma ausente, no pudiendo participar de las impresiones de los que me rodean. Se me acusa de ser fantástica, y yo sé lo que es. Tengo mil caprichos que se desvanecen ántes de ser satisfechos. En los esfuerzos que hago para ocultar mi tristeza ó mi alegría interiores, parezco brusca y fría á los que poco antes me encontraban expansiva y dulce; pero te prometo corregirme, aunque comprendo que me costará mucho trabajo

«Creo que, por el momento, si hay mal, no es de importancia. Los que podrian ser mis enemigos se han alejado, y no conservo á mi lado más que á Ginetta, á quien amo, y á quien lo merece, á Galeotto y á San Julian. Galeotto, para empezar, es de la verdadera especie de los perros sábios, y no soy injusta ni le injurio al tratarle como tal. Es un niño sin corazón y sin cabeza, lleno de petulancia, y con ocurrencias divertidas, que equivalen á los equilibrios de los perrillos educados. No ama á nadie, ni á mí, ni á Ginetta, que la ama un poco más de lo que le permite su confesor, y prefiere los dulces, las cintas, las plumas, los cabellos rizados, los perfumes, las sortijas de pedrería y los cumplimientos. Le he tomado por su belleza, es verdad; pero ¿seria conveniente que la cola de mi manto ducal fuese sostenida por un enano deforme ó por un negro horrible? Tengo horror á los móns-

truos y quiero rodearme de belleza. Amo el lujo en todo: me gustan las habitaciones bien decoradas, los pajes bien vestidos, las flores, los perfumes, el buen tiempo... el lujo del arte y el de la naturaleza. Por eso tengo á Galeotto. Nada debo temer de él, y en tanto que yo quiera, vivirá de petulancia y de tontería.

«En cuanto á San Julian, es otra cosa. Tambien á éste le he escogido por su buena figura; pero como se vé en él más bien la expresion de un alma noble que el reflejo de una belleza de aparato, le he hecho mi secretario particular; es decir, mi agradable compañero de estudios, un amigo sincero y una especie de confidente de mis proyectos políticos y económicos.

«Yo amo y estimo á San Julian, y no juego con su reposo. Sé que me ama más de lo que yo quisiera, y no sé como ha sido eso, pues creo no haberle mostrado de mi carácter más que lo que debia establecer entre él y yo una amistad viril. El mal está hecho y trataré de repararlo, haciéndole comprender lo que debe esperar de mí. Desgraciadamente á su amor se mezclan sospechas superiores que no puedo combatir por mí misma, y será necesario que tú me ayudes. Amame, Max; ámame tal como soy, ama mis defectos, mis caprichos: si tu los tuvieras, yo tambien los amaría.»

El siguiente billete, de fecha más reciente que los anteriores, era el último de la coleccion.

«Mi querida esposa; puesto que no puedo verte antes de la noche, voy á escribirte dos palabras ahora mismo. San Julian me ha abierto su corazon; te ama apasionadamente; pero han turbado su imaginacion con mil cuentos, tan odiosos como absurdos. Le he aconsejado que permanezca á tu lado y que traté de cambiar su amor hácia tí en una dulce y bondadosa amistad. Secunda, pues, sus esfuerzos, y trata de ser buena é indulgente para con él. No te enfades si al principio su lenguaje se parece más al de la pasion que al del sentimiento. Es un niño, pero un niño excelente, cuyo espíritu es preciso fortificar y cuya alma es necesario tranquilizar. Deseo, pues, que le conserves y que sea para tí un amigo fiel. Tú, que tienes tanto talento como bondad; podrás de seguro curarle y convencerle. Pero escucha, arroja de tu casa inmediatamente al paje Galeotto, como el áspid más venenoso que nunca se haya abrigado entre las flores. Arrójale en seguida; esta noche te diré la razon de esto. Temo que la Ginetta no sea tambien culpable de alguna ligereza hácia tí. Hay una necia historia de un reloj y un relojero, de la que nada comprendo, y de la cual no quiero decirte una palabra antes de tomar sobre ella los necesarios antecedentes. Las palabras de San Julian me prueban que la Gina te quiere profundamente, y que su discrecion, sobre todo lo

que nos concierne, está sólidamente asegurada. Pero la coquetería de esa muchacha puede tener sus inconvenientes, y harás bien, si mis presunciones se confirman, en reñirle fuertemente... y perdonarla. Hasta la noche.

SPARK."

—Ahora hemos acabado,—dijo el profesor;—servíos, pues, seguirme.

—¿A dónde debo seguiros, caballero?—dijo San Julian.—Después de todo lo que acabo de leer, veo que por más de un concepto he sido eludido por las más necias mentiras, por las prevenciones más absurdas. No puedo, pues, seguir creyendo en una venganza indigna por parte de Quintilia. Llevadme, pues, á su presencia, ó mejor dicho, dejadme salir de aquí. Correré á echarme á sus piés, obtendré mi perdon...

—Caballero,—respondió maese Cantárida,—dentro de una hora estareis libre; la princesa debe venir aquí con el duque de Gurek antes de los fuegos artificiales; podreis verla cuando salga. Mientras tanto, venid conmigo, y espero que no me dareis el disgusto de desobedecerme.

San Julian siguió al profesor, esperando librarse de él en el jardín; pero al atravesarlo, reparó que le seguían los cuatro hombres que le habían antes conducido, y tuvo que someterse á la merced del profesor.

Se le hizo subir al palacio por una escalera escusada. Imaginóse entonces que le iban á llevar á su habitación, donde le tendrían preso hasta que hubiera de tener su explicación con Quintilia, pero con gran sorpresa suya le hicieron entrar en las habitaciones de la princesa, y el profesor, después de acompañarle hasta el gabinete de labor, le entregó una llavecita, diciéndole:

—Abrid el cofre de sándalo, y servíos ver los papeles que contiene.

Después le saludó profundamente, y salió, dejándole encerrado bajo llave en aquel gabinete.

San Julian, despechado, arrojó la llavecita al suelo.

—¿Qué me importa eso ahora?—exclamó.—¿Qué necesidad tengo de respetaros, si solo pensais con respecto á mí en haceros temer? ¡Oh Quintilia! vuestro orgullo me ha perdido. ¿Por qué me habeis tratado como á un antiguo amigo, á mí que no os conocia? Max, merece por su confianza, todo vuestro amor; pero ¿á quién más habeis dado el derecho de confiar así en vos, sin ser ridículo? ¡Ay de mí! ¡para eso era preciso ser adivino!... Habeis sido en verdad exigente en demasia; pero debiais sospechar el afecto que, á despecho de mis sospechas, vivía siempre en el fondo de mi corazón. Este ódio, esta sed de venganza, esta locura que me ha conducido al crimen, ¿no

eran la consecuencia de una pasión violenta?... ¿Me hallo solo aquí? ¿No estais oculta detrás de alguna mampara, para verme y escucharme? Quintilia, ¿me oís acaso? ¡Pues bien! escuchadme, escuchadme, soy un miserable... ¡Estoy desesperado!...



San Julian no pudo seguir; se dejó caer sobre una silla, y rompió á llorar. Ningun ruido, ningun movimiento respondió á sollozos. Solo, y á favor de la pálida claridad que despedía la lámpara de alabastro, paseaba sus tristes miradas por aquel gabinete que le recordaba tan felices días. Allí era

donde habia pasado la única época dichosa de su vida. Allí era donde durante seis meses se habia abandonado á las dulzuras de una santa amistad y de una ferviente admiracion. ¡Pero cuántos sufrimientos! ¡cuantas agitaciones! ¡Qué siglo de sucesos y de penas le separaba ya de tan dulces recuerdos! ¡Cuantas injurias, iras é injusticias se habian acumulado sobre su conciencia desde hacia un mes, mes fatal, mes lleno de cuidados y equivocaciones que todo el resto de su vida!

—¿Pero qué puedo decirle para disculparme?—pensaba.—¿Como podré hacer que olvide el insulto más grosero que un hombre puede hacer á una mujer de corazon?...

En medio de su irresolucion se le ocurrió conformarse con las órdenes de Quintilia y leer los papeles encerrados en el cofre. Quizá encontrara allí una carta de la princesa para él, y esta idea le hizó estremecer de impaciencia. Corrió al cofre, y devoró con rápida vista todas las cartas que contenia, pero no halló ni una sola línea para él.

### XXIII.

El biógrafo de la princesa Quintilia que nos ha trasmitido los documentos referentes al caballero Max, no ha podido nunca suministrarnos datos precisos sobre los papeles que aquella guardaba en su secreter.

San Julian no ha sido tampoco muy explícito sobre este punto, pues únicamente ha dicho la impresion que su lectura le produjo. Todo nos hace creer por lo tanto que era una coleccion de cartas autógrafas, dirigidas á la princesa.

San Julian reconoció en varias cartas la letra de Lucioii.

Cuando hubo vuelto á cerrar el secreter, ocultó su rostro entre las manos, quedando absorto en sus reflexiones. Despues volvió á abrirlo, y escribió á la princesa lo siguiente:

«Un testimonio falta á los que hay aquí, y quiero dársle espontáneamente. De rodillas en vuestro gabinete, solo, el corazon destrozado por los remordimientos, declaro que he obrado como un infame con respecto á vos, y que he pagado vuestros beneficios con la más negra ingratitud. Fácil me sería, como á todos los demás que han escrito las cartas que obran aquí, someterme á un rigor merecido, y consolarme diciéndole al oido á todo el mundo que habia sido vuestro amante. Todos los demás lo han dicho así, sin inquietarse en lo más mínimo por las pruebas de lo contrario que en vuestras manos dejaban. Demasiado sabian que os repugnaria servirlos de

ellas, porque estábais muy por encima de toda sospecha en el ánimo de unos, y no os dignaríais conceder á los otros bastante valer para considerar necesario justificaros ante ellos. De este modo os han calumniado impúneamente, y la gente los ha creído, los ha felicitado ó los ha compadecido; todo esto á costa de vuestro honor. Yo he sido más criminal que todos ellos juntos pero no quiero ser un villano. Yo no responderé con cobarde sonrisa á los que me pregunten lo que entre los dos ha sucedido en los seis meses que á vuestro lado he pasado. Solo les diré: «Id á pedir á Quintilia el testimonio de mi gloria, que obra en su poder.» Recibid este testimonio, señora, como una expiacion de mi crimen, como el grito de una desgarrada conciencia. Me habíais concedido la casta proteccion de una hermana, y yo os he recompensado con el insulto y el ultraje. Merezco, pues, todos los castigos que querais imponerme, si bien creo que no existe otro tan humillante y atroz que el que yo mismo me impongo al firmar esta carta.—Luis de San Julian.»

Luis, despues de colocar esta carta sobre las otras, cerró el cofre de sándalo y se paseó agitadamente por el gabinete.

La hamaca suspendida, la pálida y triste lámpara, el abanico de plumas de pavo real, tirado en el suelo, al lado de una chinela bordada de plata, un resto de perfume, esparcido por el aire, la media noche que acababa de dar en el reloj de palacio, todo recordada á San Julian aquel momento fatal en que su error le habia impulsado á una tentativa odiosa. Con su remordimiento y su desesperacion, su amor se reanimaba más grave y más profundo. Se arrodilló ante la hamaca, y besó la chinela como una reliquia; despues principió á exclamar con vehemencia:

—¿No hay nadie aquí para compadecerme? Es que yo soy más desgraciado que culpable. ¡Oh! mirad, mirad mis lágrimas. ¿Creereis acaso que no son sinceras? ¡Quintilia, si es que me ois, tened piedad de mí! Gina, Gina, ¿no os hallais por aquí? ¿No quereis interceder por mí, vos que sois tan buena? ¡Y vos, Max! Vos que sois tan dichoso, ¿no sereis generoso conmigo; no me perdonareis para que ella tambien me perdone, ella, vuestra Quintilia, vuestra esposa? ¡Ah! ¡yo la amo! sí, la amo con pasion; pero tambien os amo á vos, y no soy celoso; sufro y lloro, hé aquí todo.... ¡Vos no podeis quererme mal, pues que sabeis que estaba loco; ya habeis visto cuánto sufría, porque entonces erais mi amigo! ¿Seguís siendolo aún? Spark, ¿dónde estais? ¡En vos confío! ¡Qué me digan donde está Spark, ese hombre tan franco y tan bueno! que me dejen verlo: ¡Spark! ¡Spark!

Cansado de sacudir la inflexible puerta, y de invocar aquellas silencio-

sas paredes, San Julian se dejó caer abatido, cerca de la ventana entreabierta. Esta noche tambien habia baile. Habiendo tenido lugar una reconciliacion aparente entre la princesa y M. de Gurck, esta fiesta debia cerrar el mes consagrado á los placeres.

San Julian vió todo el cuerpo del edificio que daba sobre el Celina, resplandeciente de luz; los ecos de la orquesta llegaban hasta él, y de la ala oscura donde se hallaba, podia ver, á través de los grandes balcones del salon del baile, los deslumbradores vestidos y las adornadas cabezas. Dos ó tres veces le pareció reconocer el traje griego que la princesa solia usar. La vista de aquella fiesta agrió de tal modo su dolor, que resolvió salir de allí aunque tuviera que romper las puertas.

Pero la consigna acababa, por lo visto de levantarse, porque la primera puerta á que se dirigió no ofreció ya resistencia, y se encontró solo en los corredores, débilmente alumbrados. Corrió al azar, y trató de penetrar en el baile, pero fué rechazado á causa de su traje.

Entonces bajó precipitadamente por la escalera principal, en cuyo último escalon vió á la Ginetta, vestida con un traje deslumbrador, y graciosamente apoyada sobre un gran vaso de jaspe, lleno de amarillos lirios, en cuya postura jugaba con su abanico, al par que escuchaba las insulsas alabanzas de media docena de caballeros.

San Julian, pálido, los cabellos y vestido en desórden, se lanzó en medio de este grupo, y dirigiéndose á la Ginetta, la dijo con agitacion:

—Señorita, tened la bondad de concederme un momento...

Pero la Gina, dirigiéndole una mirada fria y desdénosa, tomó el brazo de uno de los caballeros que la rodeaban y se alejó sin responderle, murmurando á media voz algunas palabras, entre las cuales creyó él percibir la de *matto*, unida á su nombre. Los jóvenes que iban con ella, volvieron varias veces la cabeza para mirar á San Julian.

Indignado con tan insultante proceder, no se atrevía, sin embargo, á pedir cuenta de él, porque la idea de que su locura era el tema de todas las conversaciones y que no podia dar un paso sin ser tratado con ironía ó con desprecio, le anonadaba de vergüenza y temor. Sentíase desfallecer, pero reuniendo todas sus fuerzas, se puso á correr por el jardin, esperando hallar alguno que se compadeciese de él. El jardin le pareció entonces casi desierto.

Pero bien pronto notó que grupos inquietos y curiosos se esparcian por los parajes más oscuros, y particularmente hácia el lugar donde estaba situado el pabellon. Entonces recordó que la princesa debia conducir al duque

de Gurck, para ponerle frente á frente de Max, y se decidió á preguntar al primero que encontrase si la princesa estaba aún en el salon del baile.

La persona á quien se dirigió no era otra que el gracioso Lucioli. Al reconocerlo San Julian, que le habia aborrecido siempre, estuvo á punto de volverle las espaldas sin aguardar su respuesta. Pero en lugar de aquel aire insolente que Lucioli acostumbraba á usar con San Julian, le tendió la mano y le preguntó por su salud con muchísima política.

—La signora Gina nos ha dicho que desde hace tres dias estabais en cama con calentura, y al ver vuestra palidez, me parece que aún no estais curado.

—¿Quiere V. hacerme representar la escena de Basilio en casa de Bartolito?—dijo San Julian con aspereza.—¿No vaya V. á creere que aun tengo la fiebre! Decidme, por favor, si la princesa está en el baile.

—Acaba de abandonarme, y ya supondreis con quién.

—¿No, en verdad!

—¿Con quién sino con el favorito del dia, el duque de Gurck?

—¿Verdaderamente!—dijo San Julian, con tono burlon y despreciativo. que Lucioli no se aplicó á sí.

—¿Qué quereis, mi querido conde!—repuso bajando la voz;—el favor de los príncipes, y más aún el de las princesas, es un meteoro brillante que no hace más que brillar y morir en seguida. Nuestros ojos han visto ese brillo y su eclipse, ¿no es verdad? Vos y yo, dichosos ayer, desgraciados hoy, podríamos predecir á Gurck lo que le pasará mañana: pero ¿qué importa? ¿No es preciso que todos admiren los rayos solares? Pero vos tomais las cosas en sério, mi querido conde; estais tan deteriorado como un espectro. ¡Eh, qué diablo! Vedme á mí y comprendereis que no se muere uno por eso.

San Julian acababa sin duda de ver en los papeles de la princesa documentos muy contrarios á las pretensiones de Lucioli, porque su imprudencia le indignó y estuvo tentado de darle de bofetones. Pero al recordar su propia conducta, le ocurrió la idea de que él era más culpable aún, y se contentó con volverle las espaldas.

Algunos pasos más allá vió un grupo de austriacos, á los cuales se mezcló, gracias á la oscuridad que allí reinaba.

—Os aseguro que hemos llegado al desenlace,—decia uno de ellos, en mal francés;—la princesa se humaniza con nosotros, y á fe que ya era tiempo, pues la opinion se pronunciaba en contra de ella, hasta en su propia córte. M. de Lharbb habia tomado sus medidas para que no se hablara de

otra cosa en una semana; el escándalo rugía sordamente, y le hubiera hecho estallar si la princesa no hubiera vuelto á la razon, prometiendo una completa satisfaccion al duque.

—Pero,—repuso otro interlocutor,—¿hará que aparezca Max. por medio



de algun espejo májico? El profesor Cantárida tendrá el poder de decir á Lázaro: "Levantaos."

—Y si el muerto no resucita,—dijo un tercero,—¿en qué consistirá la satisfaccion prometida á M. de Gurck?

Una carcajada mal contenida acogió esta pregunta y resumió todas las respuestas.

San Julian, lleno de disgusto, pero agobiado por el remordimiento, se dirigió hácia el gran salon campestre, donde se preparaban los fuegos artificiales y donde se hallaba ya reunida casi toda la córte.

Una agitacion poco comun reinaba en todos los espíritus.

San Julian comprendió, por algunas palabras cogidas acá y allá, que se esperaba con ansiedad el resultado de la conferencia del pabellon, y que nadie creia en la existencia de Max. Los más insolentes en sus comentarios, eran aquellos, cuyo valer en el ánimo de la princesa, acababa San Julian de apreciar, leyendo los documentos del cofre de sándalo.

De repente un nuevo personaje, extraño á la córte, pero que San Julian recordaba confusamente haber visto en otra parte, vino á él y le pidió con afan un momento de conversacion.

—¿Quién sois?—le dijo San Julian con viveza, y siguiéndole á un paraje escusado.—¿Os he visto... sí, sois vos! ¡Sois Cárlos de Dostan!

—¡Silencio!—le dijo el viajero, pálido, con aire misterioso.—Si la princesa escuchase mi nombre, tal vez me hiciera arrojar de aquí.

—¿Qué queréis, pues, hacer aquí?

—Hablemos en voz baja, os lo ruego. Cuando os encontré en Avignon, yo tambien iba á Italia. Hallándome en Venecia, y oyendo celebrar en todas partes la belleza y el talento de la princesa Cavalcanti, el amor, el despecho, la esperanza, ¡qué sé yo!... en fin, he venido aquí y á favor de un traje brillante y de un nombre falso, me he impuesto al maestro de ceremonias. He llegado hasta aquí, pero no me hallo bien, pues á nadie conozco. Temo que mi aislamiento, en medio de esta multitud, no dé que sospechar. Tened, pues, la bondad de acompañarme hasta que aparezca la princesa, que entonces jugaré mi albur.

—Cualquiera que sea vuestro proyecto,—respondió friamente San Julian, —le creo absurdo, máxime que vos no conocéis á la princesa y que vuestra aventura con ella es un sueño de novela.

—¿Qué significa ese tono que usais?—dijo Dostan con ira;—en vez de hacerme un favor, ¿queréis insultarme?

—No sois más que un relojero,—dijo San Julian, alzando los hombros.

—¿Yo un relojero!—exclamó Dostan estupefacto.—Acabo de oir á un caballero que tenáis fiebre, pero veo que estais delirando.

—¡Delirando! ¡No, pardiez!—dijo San Julian.—Véamos, ¿quién sois?

¿De dónde conocéis á la princesa? Dadme vuestra palabra de honor... Sí, teneis razon, creo que he perdido la cabeza.

Se sentaron en un banco. Allí, San Julian, despues de un momento de silencio, en que reflexionó sobre tan singular encüentros, fué acometido de una extraña idea.

Fatigado del penoso papel que venia desempeñando, trató de persuadirse á sí mismo de que no era tan culpable; que Quintilia queria burlarse nuevamente de él, y que la llegada de Dostan, era una circunstancia fatal, una prevision del destino para retirarle del abismo en que iba á caer. Su desconfianza se despertó, pues la historia del reloj no le habia sido explicada. Podia suceder que la princesa amase más á su marido que á sus amantes, pero tambien podia permitirse, de vez en cuando, alguna distraccion.

Estas ideas le obligaron á hacer mil preguntas á Dostan, pero sus respuestas tenian tal carácter de verdad, que San Julian no sabia qué pensar.

—Pero en fin,—le dijo á Dostan,—¿por qué no la hablásteis en Avignon, cuando la visteis subir al coche?

—Porque ví que me miraba con un aire tal de admiracion y como si nunca me hubiera visto, que por temor de hacer una necedad me callé.

De repente Dostan lanzó un grito, y agarrando de un brazo á San Julian exclamó:

—¡Mirad, mirad, allí la teneis!

—¿Dónde?—exclamó San Julian mirando por do quier con ansiedad.

—¡Cómo! ¿No la veis?—respondió Dostan.—¿No veis esa hermosa reina con traje de seda de Pérsia?

—¡Ah, esa es vuestra conquista, vuestra princesa Quintilia!

—¡Sin duda alguna, os lo juro!

—¡Ah, querido,—dijo San Julian,—esa es Ginetta, su criada, su confidenta, su doncella...

—¿Es posible?—exclamó Dostan;—¿no me engañais?

—Id y preguntádselo vos mismo. Es una conquista ménos gloriosa, pero más segura, creedme.

Y San Julian se separó del relojero, dando gracias á Dios de ver disiparse su última sospecha, y dirigiéndose al pabellon iba dispuesto á obtener su perdon en gracia de su ferviente arrepentimiento.

## XXIV.

Llegó al pabellon sin obstáculo, pero al querer entrar fué rechazado vi-

vamente por los centinelas. Tuvo, pues, que contentarse con ver de lejos á la princesa, separando tambien en que Dostan habia sido muy bien recibido por Gínotta.

En esto un astrólogo fué introducido en el pabellon y ofreció decir la



buena ventura, cuya oferta fué aceptada, siendo la princesa la primera que tendió su mano al nigromántico.

A pesar del disfraz, San Julian reconoció perfectamente á Max, que se divertía á expensas de toda la corte, especialmente del duque de Gurek.

Por último la princesa dió la señal y todos pasaron al palacio para cenar.

Al querer pasar San Julian, el abate Escipion le detuvo diciéndole: «Caballero, me veo obligado á deciros que vuestro traje no os permite entrar en el salon de baile. Su alteza nos ha hecho presente vuestro mal estado de salud, cosa que sentimos, pero esto no os autoriza á infringir la etiqueta.»

San Julian se retiró á su cuarto á esperar el fin del baile, augurando bien de la explicacion que de su ausencia daba á todo el mundo la princesa.

Cuando terminó el baile solicitó una entrevista por un criado de servicio, pero recibió por respuesta que la princesa no daba audiencia á tales horas.

Ocurriósele entonces el ir á ver á Spark, y al atravesar el jardín en su busca oyó anunciar la marcha de Gurck y de Sharabb para la mañana siguiente. Deslizóse entre los grupos, y sorprendió diversos comentarios.

—¡Oh!— decian unos,—vamos á tener guerra!

—No,—decian otros.—Se ha oido decir á M. Gurck que estaba plenamente satisfecho y que no tenia nada que hacer aquí.

—Eso es un rasgo propio de un Lovelace como Gurck.

—¿Y por qué? Pues parece que Max ha sido encontrado y que Gurck le ha visto y hablado....

—Vamos, vamos, id á contar esas tonterias á las viejas del arrabal! Pues qué, ¿así se encuentra un hombre perdido despues de quince años?.

—Se puede encontrar un impostor que por dinero, á favor de cierto parecido y de papeles falsos...

—¡Bah! no es preciso tanto trabajo—dijo en voz baja el marqués de Luciolli, mirando á San Julian con aire de inteligencia.—Se abre la puerta del pabellon al duque de Gurck y se tiene con él una explicacion. ¿Y quién no se da por satisfecho? ¿Vos conocéis el pabellon, señor conde?

—No le conozco, como no le conocéis vos tampoco, señor marqués,—respondió San Juliian secamente.

San Julian corrió á casa de Spark, pero la halló vacía; esperó la venida del día.

Spark no regresó.

Agobiado de fatiga, fué á tomar un cuarto en una hospedería. Cuando descansó un poco, corrió al palacio y entró en su habitacion. Halló allí al abate Escipion, que le recibió con política, y le dijo: «Estoy como veis mandando empacar vuestros efectos para dirigirlos á donde designeis. Su Alteza nos ha prevenido que asuntos de familia os obligan á dejarnos. Yo me instalo aquí, porque la voluntad de nuestra muy graciosa soberana es

que vuelva á tomar las funciones de secretario íntimo que desempeñé antes que V. E.

San Julian, ocultando su dolor, indicó la hospedería en que se habia instalado, y preguntó por Ginetta; pero ésta respondió que estaba enferma. Pidió una audiencia á la princesa; ésta le respondió que no tenia tiempo, acompañando su respuesta de una frase política pero glacial.

San Julian volvió á casa de Spark, y supo que éste habia partido y no regresaría hasta pasados algunos meses.

San Julian resolvió esperar algunos dias y entró tristemente en su hospedería. Luego volvió al fin al palacio. Todos los que encontró le saludaron políticamente, pero le manifestaron su sorpresa por verle por allí aún. Durante tres dias quiso ver á la princesa, pero en vano.

Al cuarto dia fué á ver á Maese Cantárida, y se humilló ante él pidiéndole intercediese en favor suyo.

—Ignoro,—le respondió aquél,— las razones de la conducta de S. A., pero escuchad un consejo de amigo. No espereis conmoverla ni que revoque sus órdenes; partid, pues, cuanto antes, pues nada conseguireis aquí más que ser blanco del ridículo.

San Julian comprendió que el profesor tenia razon, pues la conducta de Quintilia implicaba un desprecio más irrevocable que lo hubiera sido cualquier acto de cólera.

Al dia siguiente un carruaje de la córte se detuvo á la puerta de la hospedería de San Julian, y el abate Escipion bajó de él, subiendo á la habitacion de aquél.

—Caballero,—le dijo,—ahí está el coche que habeis pedido á S. A. para marchar á Milan.

Antes que San Julian respondiese, los criados tomaron sus efectos y los colocaron en el carruaje, y él, sin saber lo que hacia, subió al mismo, tomando el galope en seguida los caballos.

A la salida de la ciudad paró el coche, é introdujeron en él un hombre envuelto en una capa: era Galeotto.

—¡Bendito sea Dios!—dijo el paje.—¿Pues no has muerto?

—Hubiera preferido la muerte, al pesar que me devora. ¿Pero tú de dónde sales?

—De la prision donde me dejaste y de donde me acaban de sacar despues de leerme una sentencia de destierro perpétuo acompañado de promesa de pena de muerte si vuelvo por aquí, de lo que me guardaré muy bien.

San Julian refirió luego su aventura á Galeotto, que éste oyó, no sin sorpresa.

Al llegar á Milan, Galeotto abrió su cartera, que le habian devuelto, y halló en billetes de Banco la suma que habia rehusado antes. Esta vez la guardó y se despidió de San Julian. Este cayó enfermo, y así estuvo varios dias despues; perdida ya toda la esperanza, regresó á Francia.

Halló á su padre moribundo, y tuvo el consuelo, á la par que el dolor, de cerrarle los ojos. Su madre estuvo admirable á la cabecera del moribundo. Su dolor fué tan grande y sincero, que San Julian se arrepintió de no haber comprendido todo lo que valía aquel corazon.

San Julian habia despreciado á su madre por faltas que su padre perdonó, y habia despreciado á su padre por una indulgencia que su madre supo recomendar.

Dedicóse de todo corazon á reparar sus faltas hácia su madre, y llegó á vivir perfectamente con ella. La buena señora se hizo devota, y lejos de criticar la austeridad de su hijo como antes, se mostró con él mucho más humilde, que éste nunca hubiera exigido en sus arranques de orgullo.

Un año habia trascurrido así, cuando San Julian, habiendo ido á pasar algunos dias á París, vió una noche, al salir de la Opera una mujer cubierta de pedrerías, y cuyo traje de terciopelo le hizo estremecerse. Corrió tras ella y reconoció á la princesa.

Al ir á subir al carruaje, se lanzó hácia ella gritando, pero la princesa, despues de mirarle con aire abónito, dió la orden al cochero y partió á todo galope.

Esta fué la última vez que San Julian vió á Quintilia.

A la mañana siguiente vió á Max entrar en su habitacion.

El marido de la princesa, tan noble y bondadoso como siempre, le dijo: «He pedido vuestro perdon, y se me encarga os diga se hacen votos por vuestra prosperidad: pero no he podido conseguir se os conceda una entrevista. Ignoro la razon de esto, y no quiero saberla; pero nunca olvidaré que tuvisteis confianza en mí y os estimaré siempre. Os he buscado en vano, y si anoche no os hubiera hecho seguir, no nos habiéramos visto. Aquí teneis mis señas, venid á buscarme siempre que me necesiteis. No puedo detenerme más, pues Quintilia sale hoy para Italia y tengo prisa de volver junto á ella. Necesito hoy, como hace quince años, luchar contra mi propio corazon para no consentir en seguirla. Hasta la vista, y ya sabeis donde encontrarme. ¡Ah! esperad, añadió. Quintilia me ha encargado os entregue este papel, cuyo contenido ignoro. Ella dice que no necesita eso para estar segura de

vuestro honor, y que no quiere guardar armas contra vos. Son sus palabras textuales, que vos comprendereis sin duda.»

Una vez solo San Julian, abrió el papel y reconoció la carta que colocó en el cofre de sándalo. No se decidió á ir á ver á Spark, y regresó á casa de su madre, donde el estudio de las ciencias completó su curacion.

Poco tiempo despues se enamoró de una jóven hermosa y prudente, y se casó con ella y fué ménos celoso de lo que de él podia esperarse.

San Julian fué siempre melancólico y poco expansivo, sosteniendo á menudo luchas interiores que á nadie comunicaba; pero su vida fué irreprochable, y aunque poco bondadoso por naturaleza, practicó la tolerancia y la caridad, sin agrado en verdad, pero tambien sin limitacion.

FIN.